
3 1761 09545160 5

POESÍAS

DE

DON BERNARDO LOPEZ GARCIA.

JAEN, 1867.

Est. Tip. de D. F. Lopez Vizcaino,

IMPRESOR DE LA REAL CASA.

Calle Obispo Arquellada, núm. 2.

Á MI QUERIDA HERMANA

LA SEÑORITA

Doña Valentina Lopez y García.

Nuestros padres al darme educacion á costa del sacrificio, depositaron en mí el gérmen de esta obra, como en tí y en nuestros hermanos los fundamentos de virtud é ilustracion que tan alto edificio sustentan; si nuestros padres vivieran, sus nombres serian corona y amparo de este libro; muertos, tú sola lo debes coronar y amparar.

Tu hermano,

Bernardo.

PRÓLOGO.

La coleccion de las poesías líricas que forman este volúmen, es un acontecimiento hace tiempo esperado, y realizado al fin para gloria de las letras nacionales.

Varias veces la prensa periódica, barómetro del movimiento intelectual en las sociedades modernas, anunció con aplauso la aparicion del libro que hoy vé la luz de la publicidad, y varias fueron las plumas, todas mas autorizadas que la mia, que aceptaron gustosas el honroso encargo de escribir el proemio de la obra, de apreciar las bellezas literarias que encierra, de seguir los atrevidos vuelos de una fantasía vigorosa, jóven y lozana y de analizar el género de literatura en que mejor campean las brillantes dotes del poeta.

Circunstancias poco favorables para el Sr. Lopez García, ó propósitos nacidos al calor de una amistad síncera, bajo el hermoso cielo que cobija la cuna de ambos, lo han llevado á confiar á mi juicio inseguro un exámen digno de más elevados criteríos; un análisis, que como el de las canciones de Herrera, reclamaba la profunda observacion de Rioja; como los versos líricos de Zorrilla, la crítica amena del autor de *Villa Hermosa á la China;* como las primeras armonías de Monroy, el prudente y erudito consejo del autor de *Vida por honra.*

Hecha esta declaracion franca y esplícita, dicho se está que no

ha de ser mi propósito, fatigar la benevolencia que el lector se sirva dispensarme, con minuciosos comentarios, que aun hechos con acierto, siempre me recordarian los versos de Esquilache.

Un doctor comentador
es el peor enemigo
que tener pudo el autor.

Breves indicaciones sobre la vida breve aun del poeta; ligeras consideraciones sobre el género literario en que mas se distingue; sobre los móviles de su inspiracion osada, sobre el carácter y las exigencias literarias del siglo en que escribe, y sobre las analogías por último que puedan existir, entre sus obras y las de los poetas que recorrieron antes con gloria la brillante y difícil senda en que el Sr. Lopez García, con tan noble resolucion avanza; tal es el asunto de este prefacio, tal el propósito á que habré de ceñirme, dejando á mas ilustradas y correctas plumas la mas árdua empresa de aquilatar todos los riquísimos detalles, todas las bellezas derramadas con fastuosa profusion en este libro. Tarea difícil, tárea á que solo pueden dar cima inteligencias privilegiadas con el auxilio de una docta crítica.

II.

D. Bernardo Lopez García nació en Jaen á 11 de Noviembre de 1840, tres años despues del nacimiento en Cartagena de D. José Martinez Monroy, poeta señaladísimo cuyos versos repite la fama y cuya temprana muerte lamentan todos los amantes de las letras españolas.

Fueron sus padres D. Fernando Lopez Martinez, natural de Velez-Málaga, y D.ª María Presentacion García, natural del Burgo de Osma, á los cuales me será permitido tributar aquí el homenage de respeto y consideracion que á su memoria tributan cuantos tuvieron ocasion de apreciar sus nobles prendas, cuantos los vieron con una modesta fortuna atender al porvenir de sus hijos y hacer de D. Bernardo un literato distinguido; de D. Luis, su hermano cuya vida fué tan breve como vasta su erudicion y grande su inteligencia, un filósofo modelo de virtudes cristianas, un jurisconsulto aventajado, y un notable maestro, honra y orgullo del profesorado español; de D. Fernando un médico de reconocida

ilustracion; y finalmente de D. Ramon, el mas jóven de todos, muerto á la temprana edad de diez y seis años, con un premio extraordinario conseguido en público certámen, una bellísima esperanza para las letras y la legislacion.

Además de estos cuatro hijos, tuvieron dos hijas; D.ª María, que casó en Julio de 1863 con su primo D. Manuel de Miguel Garcia, y murió en Diciembre de 1865, y D.ª Valentina, á quien está dedicada la presente obra.

Hizo D. Bernardo sus primeros estudios en el Instituto provincial de Jaen, dirigido por el eminente escritor católico D. Manuel Muñoz y Garnica: los continuó en Granada en el Colegio de Santiago, y despues en la Universidad central.

Hasta los quince años nada habia revelado al poeta. En 1855 con motivo de la muerte de su madre acaecida el 23 de Abril, escribió sus primeros versos; flores que las lágrimas hicieron brotar al borde de un sepulcro; manifestacion de los mas íntimos sentimientos de ternura filial; ecos de las dulzuras del hogar, en el mismo hogar apagados.

Rara vez lo bien sentido deja de estar bien expresado, y si esto acontece, de lamentar es la pérdida de esta poesía en la que el sentimiento, sin el auxilio del arte, seria elocuente á la manera que lo es la naturaleza en sus mas espontáneas manifestaciones.

La primer poesía del Sr. Lopez que vió la luz pública, y que por cierto no forma parte de este volúmen, fué una cancion *al Guadalquivir*, rio celebrado por Herrera y Rioja, por Arguijo, por Góngora, y por casi todos los poetas andaluces.

La segunda y la que reveló al poeta, fué la oda *á Ásia*, publicada en *La Discusion* en 1859, cuando Monroy levantaba mas alto su nombre. Á esta siguió la série de odas y canciones de que he de ocuparme en otro lugar, que han despertado los ecos líricos apagados en la tumba del poeta cartagenero como en el arpa de Zorrilla despertaron los de Espronceda, y han conquistado al Sr. Lopez García la envidiable reputacion literaria de que hoy goza.

El periodismo que como la milicia ó el claustro en otros tiempos, llama hoy á sí, al mayor número de nuestros jóvenes poetas; esa literatura febril y militante, que nace y muere entre el calor de las pasiones, tambien hizo tributario al talento del autor, y *El Eco del Pais*, ilustrado periódico dirigido por el bien reputado escri

tor D. Eduardo Gassét y Artimé, recogió en sus columnas durante un año sus arrebatadas inspiraciones.

Las desgracias de su familia; la pérdida de sus padres, y del mayor número de sus hermanos, le trageron de nuevo á Jaen, en donde contrajo matrimonio en Febrero de 1864, con la jóven y simpática Srta. D.ª María del Patrocinio Padilla, hija de D. Manuel Padilla y Muñoz, y D.ª Cármen Ortega.

No entraré en nuevos detalles biográficos del jóven poeta; tampoco tiene muchos que añadir á los ya citados; y esta falta de vida material al lado de la prodigiosa de su espíritu, lejos de ser un vacío, es una recomendacion.

Basta además con las indicaciones hechas, para conocer que el dolor despertó su génio en 1855, y ese mismo sentimiento, reanimado por desgracias posteriores, ha podido imprimir carácter en sus obras, como la pérdida de su madre lo imprimió en las de Chateaubriand, y la de un hermano querido, ilustrado y virtuoso, en las del marqués de Valdegamas.

Acaso en esto estriba el tono de sus meditaciones, sobre todo el de la sentida *ante la tumba de Espronceda;* acaso están en los sepulcros de sus padres y de sus hermanos muchas de las raices de su fé.

III.

El espíritu humano en su agitacion constante, en su actividad eterna, en sus aspiraciones inmortales, vá señalando con sus creaciones su paso por la tierra. Monumentos atrevidos de riquísimos detalles; moles sombrias de exterior severo; mármoles ó lienzos que el buril ó el pincel animan, revelan en los perfiles de sus calados, en la gravedad de sus contornos, en sus rasgos y en sus tintas, las tendencias de los siglos y las nacionalidades que representan. Obras gigantes otras veces en que el génio del filósofo y del poeta abraza y sintetíza civilizaciones enteras, aparecen en la forma del libro para que en sus páginas, nuevas generaciones y razas nuevas tal vez, encuentren animadas las creencias, las costumbres, la vida de las sociedades, cuya existencia publican la pintura, la estatuaria y las ruinas monumentales, hasta en los toscos caracteres de sus grietas. Por eso el *Parthenon* y la *Iliada* revelan á la antigua Grecia; el *Colosseo* y la *Eneida*, la *Farsalia* y el Capitolio á la Roma

pagana; la catedrál y el Dante á la Edad Media, la *Mesiada* y el *Fausto* las dos fases del idealismo, del sentimiento del espíritu que lucha en las sociedades modernas, y el Vaticano á cuya sombra se levantan magníficas las sublimes creaciones del génio católico, la religion divina que sale de las catacumbas para arrollar legiones, ídolos y escuelas con su milicia de mártires.

Es un hecho pues que lo mismo para las artes que para las letras cada siglo, cada civilizacion tiene sus caracteres marcados, sus tendencias definidas, sus aspiraciones manifiestas; y siendo así, el poeta y el artista han de sujetarse á ellas, si sienten la noble ambicion de ser los intérpretes vigorosos de la sociedad en que viven, si quieren que en sus obras encuentre la posteridad la síntesis grandilocuente de su época.

Las pirámides egipcias colocadas al lado de los pórticos de Libia y Pompeya no habrian estado en su puesto en la Roma de Ovidio; el D. Juan de Byron seria un absurdo entre los héroes de Tasso ó los personajes de Petrarca; el ángel rebelde de Milton no cabe en la tienda del Aquiles de Homero; los templos de Vesta y de Júpiter habrian rechazado las creaciones de Sanzio y de Murillo, y el Cipriano del *Mágico prodigioso* no puede confundirse con el Doctor Fausto, por mas que se busque parecido entre la fábula del drama místico de Calderon, y la del poema escéptico de Goëthe.

El mundo mitológico, aquellas gerarquías de dioses ascendientes de los héroes de la *Iliada* viven con el ciego de Smirna y acaban con él; apenas logra el cisne de Mántua reanimarlos, y el romanticismo de la Edad Media los sustituye al fin por sus devotos y enamorados caballeros; bellísimas creaciones populares llamadas tambien á ser sustituidas por otras creaciones mas simbólicas, mas abstractas, mas en armonía con los personajes de Hugo, de Schiller, de Byron y de Klópstock.

Y es que á la belleza material y sensualista del arte pagano, sustituye la belleza espiritual y casta del cristianismo. Es que al espíritu caballeresco ridiculizado por Cervantes, sucede otro espíritu retrospectivo mas culto, mas severo, que bien pronto se cambia en un exámen libre, analizador, exigente en el propósito de arrancar todos sus secretos al mundo material en que se agita. Es por último, que la forma se subordina á la idea, y la estética viene en cierto modo á reemplazar el viejo código de los preceptistas helénicos.

De aquí que al trovador de los siglos medios no le sea ya permitido recordar en sus canciones las luchas de las divinidades del paganismo, ni al poeta moderno buscar como los provenzales en la *gaya ciencia*, todos los encantos, todos los atractivos, toda la belleza de sus obras.

El arte moderno es mas exigente: no se funda en las proporciones, en la perfeccion de las figuras; no se contenta con ajustarse á los preceptos que hombres de un talento teórico y especulativo formularon sobre las obras de Homero y de Sófocles, y que se conocieron mas tarde con el nombre de *Arte poética*. No está hoy la belleza en *tornear cláusulas*, como dice el P. Sarmiento; está en la *manifestacion de lo infinito en lo finito*, como afirma Schlegel, sin que por esto se entienda que el moderno ideal artístico ha de ser el que los discípulos de Spinoza buscan en su divinizada naturaleza.

Dadas pues las condiciones y las exigencias presentes del arte, es natural, que tanto la dominacion libre y espansiva de los trovadores, momentáneamente reanimada á principios del siglo actual, como el reinado de los retóricos á quienes la conquista de Grecia esparció por los pueblos occidentales, predicando el culto á la antigüedad, hayan tocado á su término.

Acaso estas teorías parezcan peligrosamente libres á la severidad clásica, pero si asi fuese, séame permitido recordar el ejemplo elocuentísimo de nuestros poetas del siglo XVII, censurados por Moratin con tanta dureza como injusticia. *Encerrando los preceptos con seis llaves, y haciéndose mas sordo á las voces de Horacio que á las del llamado vulgo*, escribió el inmortal Lope de Vega, segun propia confesion, sus famosas aunque desarregladas comedias, y trazó el camino que recorrieron Calderon y Tellez, Alarcon y Moreto.

Buscando tambien su inspiracion en las fuentes de nuestros romanceros populares, menos puras para el clásicismo que la Castalia y la Hipocrene, escribieron Quevedo, Góngora, y otros ingénios españoles, los bellísimos romances que aun recita el pueblo en sus veladas. Si las dos opuestas corrientes del mal gusto de la época, los llevaron en ocasiones á ser *cultos ó conceptistas*, no es de tal hecho ciertamente de donde pueden sacarse argumentos en apoyo de la severidad clásica. *No se deben medir con escala mezquina las obras de la imaginacion*, há dicho Martinez de la Rosa despues de escribir su *Arte poética, no se las puede condenar livianamente*

porque no quepan en los moldes de Aristóteles ó de Horacio, ni decir al génio del hombre como Dios á las olas del mar ¡NO TRASPASARÁS ESTE LÍMITE!...

Forzoso es convenir en que el viejo formulario del filósofo de Estagira no puede aplicarse con exigente severidad, ni á las nacionalidades formadas durante la revolucion no interrumpida que se llama Edad media, ni á los estados modernos. Aquellos siglos, creadores de las gerarquías religiosa y civil que combatió la filosofía del siglo XVIII; aquellas sociedades con sus feudos y sus municipios, sus cruzados y sus teólogos, sus motes y sus enseñas, sus comunidades y sus torneos, sus trovadores y sus juglares: aquellos pueblos en fin, girones arrancados del manto de la reina del Tiber, y gérmenes de nuevas nacionalidades esparcidos por Europa y América, no vivirian en el arte su vida propia encerrando su espíritu en la *Carta á los Pisónes.*

Y lo que no es aplicable á aquellos siglos mas cercanos á la edad de la fábula, menos lo puede ser á las centurías y á las sociedades que arrancan del punto en que las gerarquías creadas por la Edad media, principian á descomponerse y á modificarse; en que el espíritu de Bacón y Descartes se dibuja en los horizontes de la inteligencia humana, en que el poeta de Quedlimburgo se alza á cantar la fé en medio de los delirios de la duda, en que el siglo XVI con sus protestas, avanza á la vez que retrocede el poder del islamismo; porque estos pueblos y estas nacionalidades, invadidas é invasoras, con su centralizacion progresiva, sus milicias permanentes, sus tratados, sus descubrimientos, sus cortesanos, sus aventureros, sus tapadas, sus rufianes, sus dueñas, sus rondas, sus filósofos, se amoldan menos aun que los siglos medios, al lecho de Procústo de los preceptistas.

Puede estudiarse el arte en su historia, en las fases de su desenvolvimiento; puede esta enseñanza formar el gusto que dificulta presuntuosos estravios; pero no es posible modelar por los caracteres de un siglo todos los demás; no es conveniente coartar el libre vuelo de la fantasía con las rígidas ligaduras de envejecidos reglamentos.

Cuando la forma por sí constituía la obra del arte, las reglas encaminadas á armonizar sus proporciones serian de útil aplicacion para el poeta y para el artista, pero cuando la espresion se subordina á la idea, el génio ha menester que se le conceda la libertad

necesaria para disponer la forma del modo que mas convenga á la manifestacion del ideal de sus concepciones. Tal vez el culto exagerado á la antigüedad y la imitacion forzada de los modelos presentados por doctos preceptistas, han hecho que nuestra epopéya no pase de la *Araucana* y del *Bernardo.*

Es por lo tanto evidente que la mision del poeta en el presente siglo no puede ser ni la de ataviar con anticuadas vestiduras, ideas, sentimientos y aspiraciones modernas; ni la de revestir con nuevas formas, tendencias, caracteres y acontecimientos pasados que ya han tenido en la historia del arte sus inmortales intérpretes. Los asuntos para sus obras, están sin duda en la sociedad en que vive, en su espíritu, en sus luchas, en sus controversias, en sus descubrimientos; por mas que á las exigencias de su fantasía, se puedan subordinar como á la inteligencia humana todos los siglos y todas las sociedades: sus personajes reales ó simbólicos no puedan ser los descendientes de las divinidades paganas, ni los interlocutores de una egloga, ni los justadores de un palenque; sino las creaciones fundadas en aquellos cuya actividad, cuyos sentimientos, cuyo espíritu, palpita en esas llanuras cruzadas por humeantes locomotoras, iluminadas por corrientes impalpables, y cubiertas por esa red de nervios metálicos que trasmite las sensaciones de los pueblos.

Para condensar, para sintetizar este espíritu de las sociedades modernas en la esfera del arte, para hacer segun la frase del señor Lopez Garcia que

en el taller de la idea
se funda la humanidad

se necesitan condiciones que el cielo no concede á todos; mas no porque la empresa aparezca difícil, ha de escribir el arte al frente del siglo XIX, lo que el Dante en la puerta de su infierno.

Lasciate ogni speranza.

IV.

Dado el punto de vista que á la crítica moderna le conviene adoptar para la apreciacion de las obras del arte, dicho está el criterio que ha de presidir al exámen de las poesías coleccionadas en este volúmen.

No porque sea mi propósito analizarlas minuciosamente para aquilatar su mérito, sinó por que no halla motivo de estrañeza en el aplauso que el Sr. Lopez Garcia merece, tanto por la eleccion de los asuntos, como por la forma en que los ha espresado. No busca el autor de este libro su inspiracion en las fábulas de la antigüedad; no evoca el espíritu caballeresco dormido en las ruinas del feudalismo; no sueña con delicadas pastoras, ni zagales filarmónicos, *preocupacion que* como dice Karr, *ya no es permitido tener*. Tampoco se convierte en *hortelano de facciones*, como denomina Quevedo á los poetas *naturalistas* que abusando de los símiles aderezan el rostro de las mugeres con los atractivos de la botánica; ni menos se ocupa en ataviar con las galas del ingenio, y la armonía del ritmo, argumentaciones conceptuosas como algunos modernos escolásticos, ni en lamentar en plañidero tono, en estancias monotonas como los neo-románticos, sentimientos vulgares ó aspiraciones estrechas; por último no desciende á ese *realismo* materialista que como las plantas parásitas pretende arrastrar hoy el entusiasmo artístico, y ahogar entre sus ramas estériles, la verdadera inspiracion.

A mas altas generalizaciones; á ideales mas abstractos, á sentimientos mas íntimos, mas elevados, mas grandes, remonta su fantasía el jóven poeta. La religion, la libertad, la pátria; he aquí sus musas: la historia, el arte, la filosofía; he aquí sus auxiliares.

Por esto, la inaccion asiática le inspira en su primera oda un magnífico canto de esperanza, presentimiento de un porvenir mas espansivo y mas brillante bajo la influencia cristiana, para esa cuna del mundo á quien llama Herrera,

Ásia adúltera en vicios sumergida.

Los mártires cristianos sacrificados en el Líbano hieren su fé mas tarde, y le hacen prorrumpir en los graves, sentidos é indignados tonos de su oda á *Europa y Siria*.

Polonia oprimida le arranca un elocuente y arrebatado grito de independencia, una brillante protesta contra la tiranía, al mismo tiempo que la idea liberal le lleva á recorrer la historia en busca de sus manifestaciones mas simpáticas, para ofrecerlas como precedentes de un porvenir; hermosa condensacion de nobles y generosas aspiraciones.

El Mediterráneo, considerado como mar histórico, le inspira una bellísima y levantada oda; y la batalla de Wagrén le da asun-

to para ensalzar de nuevo el heroismo polaco, y renovar las hermosas flores con que su imaginacion adorna las aras de la pátria y de la libertad.

Otra meditacion no menos levantada ni menos bella que la sentida ante el Mediterráneo, le inspira la obra gigante de Felipe II *El Escorial*, sombrío y admirable monumento que parece destinado á guardar el espíritu de aquel monarca, objeto aún de apasionadas controversias.

Nuevamente la historia le dá asunto en *Apio Herdonio*, para cantar en grandilocuentes versos el patriotismo, idea predilecta; sentimiento querido, á que vuelve á rendir culto, en las arrogantes canciones al *Callao*, al *Dos de Mayo*, y á la *Guerra de África*.

La viva fé; las religiosas creencias reveladas en las odas á *Ásia*, á *Europa y Siria*, y á la *La Libertad*, aparecen de nuevo en la parafrasis biblica el *Canto del Profeta*, en la notable cancion filosofica *La fé y la razon*, en la bellísima oda el *Dia de difuntos*, y sobre todo en el canto á *la Religion*.

Por último, el arte en sí como manifestacion de la belleza, y el arte como espresion del espíritu del siglo actual, le arrancan entusiastas canciones, que, como cuási todas las poesías mencionadas han reproducido con aplauso numerosos periódicos de España y América.

No és mi propósito, repito, examinar una por una todas las poesías de esta coleccion, previniendo el juicio público con mis desautorizadas observaciones; no lo ha sido tampoco presentar las composiciones citadas como las mejores del libro; algunas hay omitidas en la anterior reseña, que acaso esceden á las mencionadas, en elevacion, profundidad, grandeza y espresion lírica, asi como se hallarán otras menos severas y levantadas, que sin embargo responden mejor á las exigencias y al caracter de esa poesía meridional arrogante, lujosa y espansiva, por lo cual no carecen ni de mérito literario, ni de significacion artística.

Mi propósito en el ligero exámen de las poesías de que va hecha mencion, ha sido únicamente, demostrar, cuales son los móviles principales del poeta, cuales sus sentimientos favoritos, cuales sus creencias dominantes; y esto hecho, réstame solo añadir, que el Sr. Lopez Garcia, inspirándose en las inagotables fuentes en que se ha inspirado hasta aquí, es un poeta que sigue la gloriosísima senda trazada por Herrera en sus canciones á la *Victoria de Le-*

panto, y á la derrota de *Alcazarquivir*; la senda que indica Quintana á los poetas españoles diciéndoles.

Y si quereis que el universo os crea
dignos del lauro en que ceñis la frente,
que vuestro canto enérgico y valiente
digno tambien del universo sea.

La senda por último, que Monroy habria recorrido si la muerte no lo hubiese atajado en su brillante carrera.

El camino es áspero y difícil, pero es glorioso; la inteligencia cantando á la inteligencia; la fé inspirándose en sí misma; las grandezas y enseñanzas de la historia animadas; los mas elevados sentimientos enaltecidos; las modestas virtudes alzándose sobre las arrogantes miserias; el pensamiento humano en su magnífico desarrollo. Hé aquí el camino del verdadero poeta en el siglo XIX.

Y para ser este poeta, para sintetizar en sus obras las aspiraciones, los caracteres de su siglo, el Sr. Lopez García tiene como dotes reconocidas, la osadía en las imágenes, la grandilocuencia en la espresion, la brillantez en las generalizaciones, la sonoridad en las cláusulas, y como alma de todo esto, una fé viva, un grande ideal filósofico, un levantado sentimiento científico que encubrir con tan rica vestidura.

Tal vez haya quien le juzgue de otro modo; tal vez alguien le pida tonos mas templados, colores más pálidos en sus canciones para que en ellos encuentre el espíritu algun descanso á los arrebatados vuelos de su fantasía; y no será difícil por último, que Aristarcos descontentadizos, juzguen defectos las que á mí me parecen bellezas; sean sin embargo los que fuesen los juicios sobre este libro, la divergencia de opiniones si acaso existe, solo servirá para confirmar estos versos de un poeta antes citado.

En las obras y en los modos
querer contentar á todos,
es contentar.... á ninguno.

La senda está señalada por el ilustre poeta á quien llamó Pacheco *insigne patriarca de nuestra literatura;* siguiendo por ella se pueden, no solo emular las glorias de Píndaro, sino aspirar á las de Homero; nuestra epopeya que ha tenido asuntos como el descubrimiento del continente americano y la guerra de la reconquista, y heroés como Colon y el Cid, está aun en nuestros romance-

ros, como la epopeya Griega en las fábulas de los *rápsodas*, antes de la *Iliada*.

Falta un genio que la abarque, que la esprese en los levantados tonos que exige; si el profundo cantor del *Arte y el Siglo*, se siente con el valor necesario para acometer tamaña empresa, si asido á su fé cristiana se encuentra fuerte para engolfarse en el proceloso mar del moderno racionalismo sin naufragar en los escollos de la duda; si tiene la abnegacion de consagrar los mejores años de su vida á tan gigante obra; hágalo, pues con solo intentarlo, merecerá bien de la patria literatura. Antes de escribir su poema escribió sus odas y sus baladas el solitario de Weimar, y apesar del indisputable mérito de sus líricas, sin el *Fausto* no habria llegado á ser el poeta admirado y controvertido por la Europa moderna.

JUAN A. DE VIEDMA.

LIBERTAD.

ODA.

Sagrada libertad; á tus altares
llega el cantor; su fatigada frente
tímida no ambiciona
el sagrado laurel resplandeciente
que del génio feliz la sien corona:
á tí van mis cantares
siguiendo su destino
como rueda el torrente hácia los mares;
pues fiel á tí, sin que el poder me asombre
bendigo á Dios al bendecir tu nombre.
Sagrada libertad, tuyo es mi canto;
feliz mi pensamiento, te adoraba
aun antes de nacer; que el alma mia
libre ya se llamaba
cuando del cielo al mundo descendia:
llegué á la tierra, al borde de mi cuna
tronó el cañon; la sangre de tus hijos
desde la guerra salpicó mi frente;

vì al despotismo fiero
levantarse hácia tí, como la nube
se levanta hácia Dios, y arrebatado
lloré, porque aprendí trémulo al verte
en medio de la guerra,
que tu amor en la tierra
se paga con sepulcros á la muerte.
Hombre despues, los anhelantes ojos
volví al pasado, y te miré dormida
de la nada en el seno,
esperando el momento de la vida.
Te ví elevarte al *sea,*
padre de la creacion, te ví con brío
revolverte en la idea
que llenaba de mundos el vacío;
te ví con raudo vuelo
cruzar los montes, agitar los mares,
cabalgar en los soles,
que rodaban hirvientes por el cielo:
te ví sobre la ola
levantarte y flotar, besar la nube,
y en raudo torbellino
cruzar por el espacio,
do la creacion al tiempo aparecia,
dejando con amor santo y fecundo,
un beso en cada mundo
que del aliento del Creador nacia.
Despues abrí la historia; ví á los siglos
cual inmensos gigantes,
dejar sus tumbas, agitar sus mantos
y volver á la vida; ante mis ojos
libres aparecieron
las mil generaciones
que las olas del tiempo sumergieron;
ví razas y ciudades
aparecer, pasar; miré al pecado
sobre el trono del mundo, y á los hombres
sin conciencia de Dios, y escuché el grito
del ángel que lloraba,

al ver con duelo eterno
fija en la frente de la raza esclava
la sombra del infierno.
Volví á mirar, y con dolor y espanto
ví á la nube crecer, rugir al viento
al soplo de la cólera divina;
miré alzarse la ola en son de guerra
sobre el borde del mar; la ví lanzarse
con la muerte en el seno
rugiendo de furor sobre la tierra:
ví la última figura
sobre el último monte maldiciendo;
y el agua se elevaba
en remolinos rápidos hirviendo,
y al fin llegó; con cántico profundo
se estendió en el vacío;
á los ojos del sol se borró el mundo,
y aun la muerte buscaba,
y aun el terrible mar, ronco y bravío
por cima de los montes se empujaba.
Y ví despues en el espacio errante
al silencio vagar; miré á las sombras
irse estendiendo en pabellon flotante;
ví la luna cual lámpara sombría,
dejar vagos reflejos
sobre los velos de la noche umbría,
y á su rayo de luz descolorido
miré al ángel llorando,
y al supremo Jehová triste mirando
el cadáver del mundo sumergido.
Despues la luz del dia
trémula apareció; nave valiente
agitaba su vela
sobre el Ponto magnífico y rugiente;
el árbol de la vida
volaba allí llevando la esperanza
sobre el mástil tendida;
y allí te ví flotar sobre las olas,
como una aparicion de dulce nombre

que llevaba en su vuelo
la bendicion del cielo
al nuevo mundo que esperaba al hombre.
Volvió á nacer la historia; ví á los pueblos
sin conciencia de sí; razas feroces
sobre la faz del mundo se empujaban;
el grito de la guerra
ocupaba el espacio; un mar de sangre
levantaba su faz sobre la tierra;
la barca funeral del despotismo,
agobiada de crímenes, flotaba
sobre el sangriento mar; el sacerdote
con la frente sombría,
en la sangre inocente
empapaba su manto; torpe y fria,
la plebe ante sus pies se prosternaba,
sin comprender en su delirio ciego
aquella religion hija del fuego
que en sangre como el tigre se bañaba.
Ví al esclavo infeliz dejar la cuna,
y con frente serena
tender al viento las impuras manos
buscando una cadena;
lo ví sin pensamiento
agitarse y temblar al pié del trono,
del iracundo déspota al aliento,
y comprendí sin calma
ante aquel cuadro de dolor y guerra,
que el esclavo es la tumba de su alma,
y el negro despotismo
la maldicion de Dios sobre la tierra.
Y percibí tu acento
¡Hijos!... diciendo con amor doliente.....
y ví al mundo agitado
seguir en su cadena indiferente
al duro pié del despotismo atado;
y la guerra seguia;
y las razas impuras atizaban
el fuego vil que sobre el ara ara ardia;

y pueblos y naciones
rodaban entre lágrimas y llanto:
las tumbas se apiñaban;
la muerte y el espanto
sobre el mundo sangriento cabalgaban:
y nadie á tus acentos respondia,
ni escuchaba la voz de tu cariño.
porque era el mundo niño,
y á su madre infeliz no conocia....
Y vinieron mas siglos; en las tumbas
en ceniza quedaron
los míseras naciones; de tu lumbre
los rayos reflejaron
en la frente del hombre; alzó los ojos,
y con ardiente anhelo
al fin te divisó radiante y pura,
brindando al mundo con tu amor un cielo.
Y rodaron coronas
de libertad al sacrosanto grito;
y el déspota iracundo
por el Señor maldito
alzó sobre tu altar su brazo fiero,
sin comprender en su brutal violencia
que para herir tu nombre
es necesario arrebatar al hombre
en pedazos del alma la conciencia.
Mas tu nombre brilló; Grecia gigante,
lo fijó en su bandera; al Ganges frio
y al Nilo turbulento
llegó tu luz sagrada; el sacerdote
dejó el hacha terrible
sobre el impuro altar, y oyó espantado
los ayes que brotaban
al herirse los mundos que chocaban.
Y se alzaron los déspotas sombríos
otra vez contra tí; tu aliento puro
se refugió llorando
en el mundo del arte
que en las alas del genio se iba alzando,

y hasta allí el despotismo
llegó con el puñal; pero fué en vano;
que el brazo de Dios mismo
se lo arrancó sangriento de la mano.
Aquel tu mundo fué; tu lumbre pura
dió brillo á las creaciones
del artista inmortal; bañó los muros
del alto Partenón; tiñó en su lumbre
la frente del poeta
que cantaba los cielos y los mares,
osando arrebatar con mano inquieta
el fuego criminal de los altares.
A tu divino aliento
la roca endurecida
calló sobre los pórticos de Atenas,
guardando un pensamiento;
el génio alzó sus alas:
Píndaro hirió el laúd; agitó Apéles
su mágico pincel; Fidias divino
envolvió sus creaciones
en montes de laureles,
y Homero arrebatado
por el hirviente carro de la gloria
á tu carro magnífico enlazado,
cantó libre y profundo
con el arpa de Dios trovas al mundo.
Despues Grecia cayó; blanca paloma,
tu genio peregrino
llevó el alma del arte
á los muros magníficos de Roma;
tu nombre se fijó en el estandarte
del pueblo rey; al rayo de tu frente
dilató sus banderas,
imponiendo su ley á las esferas.
Y vinieron mas reyes;
y la guerra estendió su brazo impio
por montes y por mares;
creció en el trono el despotismo frio
arrancando las hojas de tus leyes;

ví grupos de tiranos
estremecer la tierra
al ronco son de guerra;
ví al pueblo rey crecer sobre las tumbas
de los pueblos vencidos; lo ví grande
soñar tras sus victorias,
mas esclavos, mas tronos y mas glorias;
y en vano te busqué: despedazada
por las ruedas veloces
del carro de los déspotas, apenas
respondiste á mis voces
con el doliente son de tus cadenas.

. . . .

¡Cuántos, sagrada libertad, murieron
víctimas de tu amor; cuántos sepulcros
á tus plantas se abrieron!....
Por tí el héroe espartano
asombra al persa al levantar su tumba
por muro entre la pátria y el tirano.
Por tí con arrogancia
en ceniza y en humo se convierten
los hijos de Numancia.
Por tí eleva Sagunto sus hogueras
hasta el t.ono del sol, dando en su gloria
orgullo á las esferas,
mártires al Señor, luz á historia.
Por tí trémulo Bruto
levanta sobre el trono del guerrero
la muerte en el puñal; por tí valiente
el indómito ibero,
en el cántabro mar sepulta impío
de Roma la gigante el poderío.
Por tí el mártir cristiano
del circo en la ancha arena
bendice á Dios, entre el rumor salvaje
del tigre y de la hiena.
Por tí ruedan los Gracos
al pié del Capitólio; por tí nacen
para eterno blason de las naciones,

Pompeyos y Espartacos
Pelayos, Viriatos y Catones;
y por tí con amor cuan grande fuerte
Jesus desciende, se trasforma en hombre,
y con sangre divina escribe un nombre
en el libro terrible de la muerte.

. . . .

¿Y ha de ser siempre así? ¿Será el martirio
la corona del libre? ¿Acaso el mundo
es el hacha terrible de la idea?
¿No es bastante la cruz, para que el rio
que entre espumas de sangre va profundo
al insondable mar, ceda en su brío?
¿Sera acaso la negra tiranía
el fruto de la tierra? ¿Será en vano
ese rojo Oceano
que devora un sepulcro cada dia?
No; lo dice Jesus; de polo á polo,
la humanidad entera
debe ser sobre el mundo un hombre solo.
¿Lo escuchásteis tiranos?...
Lo manda Dios; el cetro de la tierra
por momentos se escapa á vuestras manos.
En vano las cadenas
apretais con furor; el pensamiento
rebosa en el espacio; él está escrito
en el seno profundo de los mares;
en el sol, en el viento,
en la cruz, en la tumba, en los altares.
El ocupa la gloria
bajo el manto del mártir; reverbera
en el libro gigante de la historia:
él flota en la bandera
del libre porvenir; llena el vacío,
y se dilata con pujante vuelo,
desde el hombre hasta Dios, del mundo al cielo.
Es la nube gigante
que recibió en sus alas
el llanto funeral de las naciones,

y que al romper su seno
levantará las olas poderosas
de cien y de otras cien revoluciones;
es la luz, es el aura, es el ambiente,
es el eco de Dios, que do quier zumba,
levantando clemente,
nuevo Lázaro, el mundo de su tumba.

. . . .

Pasad, pasad; en vano
luchais sobre el sepulcro; de la arena
en breve rodará el último grano,
y llegará ese dia,
que el bueno espera, y que os arranca asombros,
en que todos los libres á porfía
al levantarse á Dios, del mundo en hombros,
dirán llorando: «A tí te lo debemos;
»bendito siempre tu poder profundo;
»libre, sin guerra ni ambicion el mundo,
»por pedestal, Señor, te lo ofrecemos.»

¡STABAT MATER!

I.

¡Pobre Madre! está llorando
al pié del santo madero;
el pueblo murmura fiero,
por la montaña girando,
Y la luz muere en la sombra;
y el nublado se agiganta,
y la creacion llora y canta
con voz que aturde y asombra.
¡Pobre Madre!... ante los sones
de sus dolientes afanes,
alzan truenos y volcanes
sus mas terribles canciones.
Y el ángel llora.... y se arredra,
rugen los mares inquietos,
y se alzan los esqueletos
sobre sus tumbas de piedra.
Porque es tan hondo el pesar
de la Madre del amor,

que llora el mismo dolor
al contemplarla llorar!...

II.

Ella vió al hijo nacer
su esperanza realizando;
ella le durmió cantando
las endechas del placer.
Ella, con ánsia divina
dejó sus plácidos lares,
cruzó de Judá los mares;
las cumbres de Palestina;
Y siempre del Hijo en pós
le siguió amante y serena,
como sigue el alma buena
la sombra santa de Dios!...
Hoy.... pobre Madre.... lo mira
sobre el Gólgota sangriento,
suspiros lanzando al viento
que en torno del árbol gira.
Lo mira triste, llorando
por el pueblo su asesino;
oye su acento divino
¡perdon!... ¡perdon!... murmurando.
Vé sus sienes desgarradas
por las espinas crueles;
vé marcados los cordeles
en sus manos veneradas:
Y si oye de su ánsia en pós,
del pueblo el acento fijo,
vé.... que le matan al Hijo
por el crímen de ser Dios!...

III.

Pura.... mística azucena
del desierto de la vida;
lámpara siempre encendida

para templar nuestra pena:
  Celeste y eterno lírio
por los ángeles cuidado;
puro clavel perfumado
con la esencia del martirio!...
  Yo vengo, Madre, á besar
las estrellas de tu manto:
vengo á regar con mi llanto
los mármoles del altar:
  Yo padezco á tu dolor;
lloro al mirar tu agonía;
yo tengo por tí, María,
rico manantial de amor.

. . . .

  Del relámpago á la luz
que la tormenta anunciaba,
yo ví á Dios que vacilaba,
bajo el peso de la cruz.
  Lo ví triste ante el desden
del pueblo vil y asesino;
lo ví con llanto divino
llorar por Jerusalen.
  Ví su cabeza sangrienta
tocar en la dura roca;
ví un insulto en cada boca,
y en cada grupo una afrenta.
  Y al verte á su lado ir
dije con llanto de amor:
¡pobre madre del dolor,
cuánto deberá sufrir...!

IV.

  Pueblo.... con llanto profundo
vé á contemplar su agonía;
hoy es la fecha, es el dia
de la redencion del mundo.
  Dó quiera se oye el concierto
de la mas honda tristeza;

hasta la naturaleza
parece que toca á muerto.
El templo, todo es dolor;
negra el ara; poca luz;
sobre el sacro altar, la Cruz
sosteniendo al Redentor.
Al pié de la Cruz.... María....
cerca, el sacerdote implora;
allá en las tinieblas, llora
el órgano una armonía.
De las campanas el són
no se mezcla en el lamento,
por no turbar en el viento
los ecos de la oracion;
Y la luz que ante el altar,
mal á la sombra resiste,
está tan triste.... tan triste,
que no se atreve á alumbrar...!
Todo es llanto, y es dolor;
mujeres, niños, ancianos,
venid, venid de las manos
á llorar al Redentor...!
Venid ante el que se inmola
por calmar vuestra alegría;
venid á ver á María
que está sollozando, y sola...!
Llegad de vuestros hogares
con ofrenda á sus dolores;
dejad los campos sin flores
para adornar sus altares,
Y no deis al corazon
hoy consuelo en su quebranto,
porque será vuestro llanto
la segunda Redencion...!

AL DIA DE DIFUNTOS.

CANTO.

I.

Silencio.... las campanas....
¡Ay del hombre mortal! ¡ay del doliente!
de la noche en el seno
sin pena dormirá sueño tirano,
y su entusiasmo ardiente,
como lienzo fecundo
que borra el tiempo con impura mano,
se borrará del mundo....
¡Ah! en el solemne dia
en que los muertos abren sus ciudades
vacila la razon: ¡sombras humanas!
¡ilusion del placer! ¡santo delirio
de un amor inmortal...! ¡glorias del arte!
volad lejos de aquí.... todo termina
al borde del sepulcro; loco empeño
formará de la vida la quimera,
por dejar una flor, una siquiera,
sobre la leve realidad de un sueño.

Mentira es el placer; mentira el fuerte
alto destino de la gloria humana;
mentira la ilusion; ¡verdad la muerte!...
. . . .
¡Torpe dolor!... ¡estéril amargura!...
¿por qué prensar al corazon que llora
del hombre la contínua desventura?
Sorda la tierra al ruego,
mata la forma; despedaza fiera
la belleza del mundo sin sosiego:
agentes de su cólera indomable
son las materias que en tropel inmundo
la cruzan por do quier; su boca impura,
las tumbas nobles, míseras ó estrañas,
que amenazando al ánima oprimida,
esperan los escombros de la vida
para nutrir con ellos sus entrañas:
el lábio delicado;
la azul pupila inquieta;
el pecho de la hermosa, altar sagrado
donde ofició el amor; la del poeta
libre cabeza que con noble anhelo
sintió latir la inspiracion gloriosa,
y se alzó poderosa,
Colon del arte á descubrir el cielo,
todo termina aquí. La madre tierra,
¡ay! es la sola madre
sin entrañas de amor; en vano un dia
la cubrirá la primavera ufana
de flores y armonía;
en vano sus verdores
dará á los prados, á las huertas frutos,
purísimos colores
al pálido rosal; en vano, en vano
dará gentil rumor á la corriente
y aroma y luz al céfiro liviano:
al pié de esa belleza,
vive la destruccion. Sordo usurero,
la tierra mata si á vivir empieza;

asienta en los despojos
su esfuerzo colosal; traga, devora,
y cuando altiva en su poder se engrie,
hipócrita y traidora,
¡con jugo de sus víctimas sonrie!...
Y la muerte tambien.... ¿Quién ha parado
su carrera triunfal? Sobre ruinas
la vé el presente y la miró el pasado;
el inútil dolor no la contiene;
atléta destructor, fiel mensajero
con porte á las orillas del profundo,
continuamente se retira ó viene,
secos sus ojos al dolor del mundo....
En lucha con la vida
trabaja sin cesár; el universo
es su circo jigante; espectadores
de sus rudas hazañas,
los que esperan morir: ¡madres! ¡hermanos!
no busqueis la piedad en sus entrañas,
ni tendais á sus huesos vuestras manos;
esqueleto fatal, forma sin vida,
no escucha vuestra mísera tarea;
y si llora la madre al hijo bueno,
arrancando el cadáver de su seno,
el charco de sus lágrimas vadea...!

II.

Mas, ¿por qué ese dolor? En otros dias,
cuando el viento oreaba
la sangre de Jesús; cuando el Calvario
recordando divinas agonías
bajo la sombra de la Crúz temblaba,
yo ví al circo romano,
arcada colosal, timbre del arte,
vacilar en su altiva pesadumbre
al peso impuro del furor pagano:
miré á la muchedumbre
ébria de sangre; percibí en la altura

bajo el arco del César, al soberbio
Pontífice y señor, símbolo vivo
del aquel pueblo sin fé; lo ví arrogante
sobre varas de líctores altivo
despreciar á las turbas, y opulento
tender el cetro que aun al orbe doma,
sobre el circo sangriento
de la materia altar, templo de Roma,
patíbulo brutal del pensamiento.
Ví á la señal terrible
la arena retemblar; miré la puerta
moverse, vacilar, girar incierta,
y percibí espantado
la bárbara armonía
que en el espacio ardiente se enlazaba,
del tigre que á las turbas saludaba,
y del pueblo que al tigre respondia.
Y.... allí, sola, en el seno
de la plebe romana;
alta la frente, el corazon sereno;
la túnica cristiana
sobre el hombro robusto, y en los brazos
la imágen de Jesús, noble y tranquila,
miré á la Fé: su santa cabellera
flotaba al aire vagarosa y pura
cual si el ala del ángel la moviera;
asidos á su blanca vestidura
los mártires cristianos,
¡Salém! gritaban en pujante coro,
esperando el dulcísimo tesoro
con la oliva de amor entre las manos:
y las turbas hirvientes
cantaban y rugian;
y Nerón, ostentando la corona
de *Pontífice* y *Dios*, la alta cabeza
levantaba en el circo; y vacilaba
la columnata ruda
del vasto coliseo
al contínuo aplaudir; y en tanto humilde,

escitando del pueblo el ánsia fiera,
la Vírgen del Señor se arrodillaba,
se enclavaba en la cruz con alma entera,
y su pecho divino,
que la fiera mordia,
palpitaba de amor, moviendo el lino
que sus formas castísimas cubria...!
¡Cuadro consolador! ¡lienzo sublime!
Deten, fantasma impío
de la duda fatal tu voz potente:
ya el espíritu gime
con tranquilo dolor, y el alma inquieta,
rompiendo la terrena vestidura,
se alza á Jesús con incansable vuelo;
desgarra la materia, al dolor doma,
y arrollando á Palmira y á Sodóma,
torna á Jerusalen, remonta el cielo.
La fé vuelve á lucir; su luz me ayuda.
¡Vírgenes del Señor...! ¡santos atletas
columnas de la Cruz...! ¡dulces cantores....
indómitos profetas
cuyos plectros de oro
templó en sus manos Dios...! ¡legisladores
que dísteis vuestras leyes,
al pueblo ungido que cruzó el desierto
nutriendo con ilótas y con Reyes
la estirpe de David...! ¡Arpas sonoras
de Daniel é Isaias...!
¡Mártires sobrehumanos
que hicísteis, agitando las enseñas
de destinos fecundos,
rodar los muros, palpitar las peñas,
temblar las aras y oscilar los mundos....
¡sustentad ya mi fé!... ¡Que yo la mire
romper en las conciencias
de la duda los bárbaros altares,
y asentar en fortísimos pilares
la santa catedral de las creéncias!
¡Que mi espíritu ciego

en claridad gloriosa se ilumine!
¡Que vacile la sombra al claro fuego,
timbre de la verdad! ¡Que monte y rio
depongan su grandeza
del amor al inmenso poderío!
¡Que la luz inmortal deje su rayo
sobre la niebla inerte!
Que la divina idea
domíne al universo! ¡Que la muerte,
Tabór glorioso de los hombres sea!

III.

¿Qué es la materia ya? Con fé y sin pena
la destruccion admiro;
pasto seré de su brutal faena,
¡y por morir suspiro...!
Ni espigas ni colores
nutrirá con mi fé; de mi amor santo,
no brotarán ni líquenes ni flores.
Altivo en mi poder, ya la contemplo
romper la forma con augusta calma,
¡el sepulcro, es el templo
de donde nace el alma...!
¿Y la muerte, qué es ya? ¡Madre amorosa,
arca de libertad; fiel peregrino
de la Canaán dichosa,
donde la vid purísima, cargada
de racimos de amor, mece su tallo
de Dios enamorada;
mensajero del bien; pórtico augusto
de la eterna region; titán sombrio
de atlético poder, que audaz vadea
el piélago insondable
que hay entre Dios y el hombre; dulce aurora
de paz y de alegría;
límite del dolor que nos devora;

mañana del saber; puerta del dia!

. . . .

Pequeño el mundo, dilatado al cielo,
infinito el amor que tras la tumba
sube al Eterno con potente vuelo,
la muerte no es verdad; en otras horas
sus fúnebres regiones
decoraba el dolor; la negra duda
cruzaba sin piedad los panteónes,
y con fatal violencia
las lágrimas del mundo
rebosando sin dique en la conciencia,
ocultaban á Dios. Mas desde el dia
en que la crúz triunfal, sobre los hombros
de la colina agreste alzó sus brazos
por montes y por mares,
trasformando en pirámides de escombros
los ídolos de Roma y sus altares,
el dolor tiene fin; la tumba es foco
de claridad divina: Dios al yugo
de la muerte cedió, sufrió su imperio,
la aceptó por verdugo;
mas al alzarse del Eterno y Fuerte
sobre el cadáver santo,
para consuelo del amor y el llanto,
¡enclavada en la Cruz murió la muerte...!

IV.

Dejad que las campanas
repitan su cancion: ¡niños, ancianos,
huérfanos sin hogar, madres dolientes,
que del dolor en las terribles sañas
con lágrimas sin fin llorais al hijo
que tuvo por altar vuestras entrañas....
¡empezad la oracion!... ¡ese sonoro
rumor triste del bronce; esa armonía,

forma sentida del mundano lloro;
ese gemido que el espacio llena
y á Dios el eco de los mundos lanza,
no es acento de duda ó de rencores,
que si llora en su voz nuestros dolores,
acompaña tambien nuestra esperanza...!

ARTE.

Arte, palabra divina
que gloria al talento augúra;
plácida luz que fulgura
sobre una santa colina;
pura fuente cristalina;
águila de eterno vuelo;
ángel que canta en el suelo
melancólicos amores,
brindando al talento flores
de los jardines del cielo.

—

Por él, titán soberano
Miguel Angel se agiganta,
y hasta los cielos levanta
la cruz del templo cristiano;
por él, arranca Ticiano
al cielo su luz hirviente;
y por él, Osian potente,
dando formas á la idea,
como Dios, al gritar *sea*,
lanza un mundo de su frente.

Por él, el gran Ciceron,
águila de la elocuencia,
sube al templo de la ciencia
escalon por escalon:
por él, con mística uncion
canta David sus creaciones;
y por ceñir sus blasones
le dán á su gloria fieles,
Cano y Van-Dik, sus pinceles;
Lope y Dánte sus canciones.

—

Por él, el génio sediento
que eternos templos se labra,
dá seres á la palabra
y á las rocas pensamiento;
ante su potente aliento,
la tierra cede sin tino;
pues el mar, el torbellino,
la luz, el monte, la aurora,
son una creacion sonora
que hizo un Artista Divino.

—

Por él, la mente se agita;
por él, vive la esperanza;
por él, la dicha se alcanza;
por él, la conciencia grita;
su luz es siempre bendita,
y su poder tan profundo,
que un rey, Felipe segundo,
porque el Orbe no le viera,
arrojó el arte de Herrera
entre su tumba y el mundo.

—

A los ecos de su nombre
que aromas de gloria lleva,
el hombre hasta Dios se eleva,
y Dios desciende hasta el hombre;
á nadie su altura asombre
teniendo fuerza y aliento,

pues á ese alcázar que el viento
arrulla sobre alto muro,
se llega con pié seguro
por la escala del talento.

—

Génio que á la altiva cumbre
te vas alzando valiente,
ansiando ceñir tu frente
con un rayo de su lumbre,
sigue.... y si en la muchedumbre
protesta algun ser artero
contra el arte que venero,
dile, con desden profundo,
que es la primer obra, el mundo,
Dios, el artista primero.

NAPOLEON

Y LOS HÉROES DEL 2 DE MAYO.

SONETO.

Ellos murieron con la frente erguida;
tambien la tumba devoró al coloso
que humilló con su brazo poderoso,
la cabeza de Europa enardecida.
Ellos cedieron con afan su vida
por el patrio blason, noble y hermoso;
él, por regir con cetro belicoso
segundo Dios la humanidad vencida.
Una corona altiva y esplendente,
del tercer Bonaparte el culto abona
régia brillando en su blason potente;
De ellos la tumba la virtud pregona;
¡héroes.... dormid en paz...! para el que siente,
vuestra tumba es mejor que su corona.....!

EL POEMA DE LA VIDA.

I.

En brazos de la inocencia
Cruzando voy candoroso,
Ese crepúsculo hermoso
Pruludio de la existencia;
Del valle la flor galana
Me dá sus límpios colores;
El bosque sus ruiseñores,
Y sus tintas la mañana:
Y el astro consolador
Que al mundo su luz envia,
Me manda al nacer el dia
La sonrisa del Señor.
Mi madre en dulce ansiedad
Sencilla, pura, y amante,
Tras la bóveda gigante
Me muestra la eternidad:
Y escuchando su leccion
Lleno de dulce embeleso,

Entre el murmullo de un beso
Recibo su religion.

II.

Ya llegó la juventud
Y el alma á sus resplandores,
Se duerme en otros amores
Con dulcísima inquietud.
Mi ardoroso frenesí
En la esperanza se agita,
Mundana gloria me grita
¡Qué es el mundo para mí!
Y en mi ardiente corazon
Que se consume anhelando,
Gigante se vá elevando
La hoguera de la ambicion.
Cuanto miro, todo es mio;
La mar, la arboleda, el monte,
La nube y el horizonte
Que se duerme en el vacío;
Porque en su albor matinal
El alma ardiente ambiciona,
Tener al sol por corona,
Y al mundo por pedestal.

III.

El sueño de mi ilusion,
La realidad lo ha deshecho,
Apenas hallo en el pecho
Cenizas del corazon.
La mujer que tanto amé,
Mató mi esperanza hermosa:
Al pié de una misma losa
Están mi madre, y mi fé;
Tuve un hijo.... y me olvidó;
La gloria mató mi encanto;
Me arrojé en brazos del llanto

¡Y hasta el llanto me dejó!...
 Y corro sin ver jamás
El consuelo en lontananza;
Porque sé, que la esperanza
¡Es una mentira mas!
 Toda ventura se aleja
Por el árido desierto;
¡La humanidad es un muerto,
Que en su sepulcro se queja!

IV.

 En la triste senectúd
Penetro con paso fijo,
En la mano el crucifijo
Y á los pies el ataúd.
 La fé me vuelve á alumbrar
En mi lóbrega carrera;
¡Dios! murmura la pradera,
¡Dios! el cielo; *¡Dios!* el mar.
 Y de la esperanza en pós
Corro al sepulcro llorando,
Porque en él me está esperando
La sombra santa de Dios.
 Del ánima dolorida
Ya se acabó el desconsuelo;
Sobre la tumba, está el cielo
Que es mas grande que la vida.

POLONIA.

ODA.

¿De quién es? ¿De quién és esa corona
que en la orilla del Vístula sangriento
rota se vé? ¿De quién esos gemidos
que lleva el ronco viento
por la inmensa region? ¿De quién la lira,
que entre secos manojos de laureles
ni canta, ni suspira?

. . . .

Un pueblo fué lo que se vé en escombros;
del fondo sepulcral de esas ruinas
eterna maldicion sobre la tierra,
gritos de amor y libertad brotaron;
y salieron cantores;
y el aura de la paz, besó las flores
que las hoces del déspota segaron.
Un pueblo fué; Polonia se llamaba....
en venturosos dias,
con la fuerza del símoun arrojaba

sus tercios á vencer; ellos holláron
de Tiro las ruinas
que palacios y templos coronaron;
el turbio Niemen apartó sus olas
para verlos marchar; en los jardines
de la Persia abrasada,
desplegaron sus blancas banderolas
al grito de la lid arrebatada;
los vieron las riberas
del Eufrates y el Nilo turbulentos,
fieros herir; las frentes altaneras
del Cáucaso y el Atlas se doblaron
al peso de su huestes, y temblaron
los árabes vencidos
bajo el ancho crespon de sus banderas.
Del Apenino azul por las vertientes
la sangre de sus hijos
al mar de Italia se lanzó en torrentes;
y sus águilas libres se estendieron
por los anchos espacios
y cruzaron los montes y los mares,
é indómitas se irguieron
de la torpe Estambúl en los palacios,
y de Roma la vieja en los altares.

. . . .

Un pueblo fué.... y envilecido ahora,
mira espirantes á sus tercios bravos;
el aguila señora
pendon de libres en gloriosos dias,
arrastrada se vé por los esclavos;
altivo el estrangero
duerme en su hogar; las hojas de sus leyes
de escarnio sirven á menguados reyes;
sollozando sin paz, yerta de ira,
imágen del dolor al mundo mira;
y al verlo contemplando
con torpe duelo su dolor profundo,
sacude sus sepulcros, protestando
contra la inútil compasion del Mundo.....!

¡Mísera humanidad!... desde su cuna
el crímen tiraniza su existencia;
del justo Abél la ensangrentada fosa
es el primer calvario
que levanta la saña á la inocencia:
de allí brota el pesar; de allí el encono,
y pasan luego razas y ciudades,
y un trono se hunde, y se levanta un trono,
y en lucha horrible y fuerte
se arrastran pueblos, razas y tiranos,
y ruedan por las puertas de la muerte
con el puñal sangriento entre las manos.
Y Dios se enoja; con furor profundo
á su placer levanta
el mar soberbio hasta su regia planta,
y el hombre muere, y se desquicia el mundo.
Y vienen otras razas y otros hombres;
y apenas en la tierra,
levantan á la voz de sus enconos
altares á la guerra,
templos al vicio, al despotismo tronos:
y pasan los señores
agitando á los pueblos espantados;
y van los pueblos viles,
lo mismo que reptiles
al carro de los *Césares* atados.

El mundo tiembla; Dios desde su trono
siente á sus pies el crímen, y en su anhelo
porque su voz al pecador asombre
baja á la tierra; en su brutal encono
sigue la humanidad, y ardiendo en ira
en verdugo de Dios se trueca el hombre,
y hace al Calvario sanguinaria pira.

Desde entonces radiante centelléa
sobre la cruz la libertad del mundo;
la sombra de Luzbél, siente en su seno
desgarrador puñal; entre el rugido
del pueblo que en el Circo clamorea
al latir el leon, se oye el gemido
del cristiano espirante

que bendice á Jesús; y ante este ejemplo
de la fé vencedora de la muerte,
el Circo se convierte
de la doctrina de Jesús en templo.
Á través de borrascas y Nerónes
la barca hiende el mar; rompe la ola
pujante del error que la conmueve,
y vuela ansiosa al codiciado puerto
en alas de la fé; sus velas mueve
celeste brisa; el huracan furioso
del rudo fanatismo
la quiere detener.... pero es en vano....
que el brazo de Dios mismo
la impulsa por el férvido Océano.
La indómita corriente de las horas
su pujanza aumentó sobre la tierra....
Polonia desgraciada
despojo de la saña y de la guerra....
¿Quieres ser libre? calma tu delirio;
desciñe de tu frente
la bárbara corona del martirio,
y coje con bravura
el caballo, la lanza y la armadura.
¿Oyes ese rumor? La nave llega;
la libertad sobre su mástil flota
y la empuja la fé; rauda navega
sobre mares de tumbas; ya se agíta;
ya salva el Apenino,
y por medio de rocas y torrentes
cual indómito alúd se precipita:
de sus velas blanquísimas el lino
sangriento vá: su infatigable vuelo
aterra al crímen, y á la voz de guerra
fija una escala en la espantada tierra
por donde van los mártires al cielo:
los déspotas la ven, y en sus enconos
sus brazos tienden... pero esfuerzo vano;
que si á domarla se levantan tronos,
los arrastra bramando al Occeáno.

¿Escuchas ese acento,
imágen bienhechora
de Kociusko infeliz? ¡Santas cenizas
de los héroes de ayer!... la patria entera
levanta ya la espada vengadora
ante el bélico altar de su bandera;
romped las urnas sombras solitarias;
de ese recinto estrecho
al cielo levantad vuestras plegarias,
ó sacudiendo los eternos lazos
que ligan á la tierra el tronco inerte,
venid desde los brazos de la muerte
á luchar por la patria en nuestros brazos.
¡Venid!... ¡Venid!... la lucha gigantea
en breve va á empezar; ¡guerra! murmuran
los derechos altísimos hollados;
¡guerra! los pueblos viles
al pié de los cadalsos amarrados;
¡guerra! con voz doliente
suspira el porvenir, clama el presente,
y rompiendo sus sábanas de tierra,
se abren las tumbas murmurando ¡guerra!...
Y la guerra será... ronca la lira
sobre las alas del delirio suena!...
El mundo ensangrentado
navega por el seno del vacío
como un sepulcro; sobre su ancha frente
la humanidad luchando arrebatada,
escribe con la espada
su epitafio sangriento y elocuente:
y el bueno llora; y la razon se aterra...
¿Cuándo, Señor, aunque á mi voz te asombres
arrancarás del libro de los hombres
el sangriento vocablo de la guerra?
¿No basta el sacrificio
de cien razas y cien? ¿Aun no es bastante
para que el nublo del error sucumba,
ese doliente osario
que hace del globo dilatada tumba,

y á cada pueblo levantó un Calvario?
Aun no es bastante, no; mirad al mundo;
la altiva humanidad de polo á polo
por volar á la lucha se levanta
como un fantasma solo:
el grito de la lid dó quier resuena...
¡alzád, generaciones,
y entre el polvo vereis de las naciones
del drama criminal la última escena!
Los pueblos se apresuran al combate
por la postrera vez; «Vamos, murmuran...
»la líd nos llama con sus ecos roncos;
»á la lucha volemos; y mañana,
»gigante se alzará de nuestros troncos
»el árbol santo de la dicha humana.
»Y daremos cumplida
»nuestra hermosa mision;» ¡Corred, Naciones
las que moveis con impotente saña
de la cadena vil los eslabones!
¡Apréstate á la lucha, pueblo bravo,
que en la orilla del Vístula sangriento
te arrastras de dolor; ¡despierta Atenas,
tu que miras rodar entre cadenas
magníficos pedazos de tu solio...!
¡Alza la frente, Hungría..
y tú Roma, que apuras la agonía
amarrada á los pies del Capitolio...!
A la lucha corred.. la hora bendita
se vá acercando; á su rumor profundo,
la santa libertad arma á los bravos;
¡corred pueblos esclavos,
con vuestra sangre á redimir el Mundo!
Corred... para que un dia
vuestros hijos llorando ante la fosa
á que os arrastra la corriente impía,
tristes murmuren con dolor eterno...
«Luchar á nuestros padres fué preciso;
»sus padres les legáron un infierno,
»y nos dan por herencia un Paraiso.»

AL ASESINO

DE ABRAHAN LINCOLN.

SONETO.

De asombro y de dolor el alma llena,
severa juzga al que en el mal camina;
al bárbaro Nerón en la colina,
juez sin piedad la humanidad condena;
Lucrecia que el pudor desencadena;
Calígula, Tiberio, Mesalina,
cuantos holláron la verdad divina,
afrenta son de la mundana escena.
Pero al llegar á Boót, los corazones
se estremecen y tiemblan; agitados
tiran la sonda, miden las pasiones,
Y solo aprenden de dolor prensados,
que han de estar los Tiberios y Nerónes
de tan vil criminal avergonzados.

CARIDAD.

POESÍA.

No hay dolor; desde la luz,
pura, espléndida, divina,
que brota de la doctrina
que se levanta en la Cruz,

Para el corazon que sabe
lanzarse del mundo al cielo,
no hay lágrima sin consuelo;
no hay pena que no se acabe.

En otros siglos, ayer,
cuando en altares oscuros
se alzaban cantos impuros
á la guerra ó al poder,

En esas horas sombrias
en que el mundo con fé loca

dedicó al sol ó á la roca
sus oraciones impias,

El dolor era una herencia
que el hombre dejaba en pos;
era, la mano de Dios
agitando la conciencia.

El, brotando del pecado
lanza al mundo su corriente;
Asia, sintió su potente
rumbo audaz y arrebatado.

Siempre indómito y cruel,
en la envidia se agiganta;
por él, la creacion se espanta,
con el sepulcro de Abél.

Por él del orgullo al vuelo
los hombres en su locura,
alzan la Babél impura
pensando escalar el cielo;

Por él los siervos cansados
viendo sus vidas desiertas,
sacuden sus almas muertas
en sus cuerpos humillados;

Y por él en cuanto alcanza
de la cruz al paraiso,
se mira un mundo indeciso
sin luz, y sin esperanza.

¡Dolor...! en aquella edad,
la única verdad del mundo;
su cauce estenso y profundo
llenaba á la humanidad.

El, cuando la Grecia ardiente

en pos de tanta victoria
vió cubierto con su gloria
todo el viejo continente,

Rugiendo al clamor triunfal
de tanta pompa mundana,
mató en la muger pagana
el instinto maternal.

De Roma bajo el poder,
tambien vibró su inquietud;
hizo al suicidio, virtud;
á la venganza, placer.

Se eternizó en el peñon;
trocó al bronce en su trofeo;
fué su estatua, Prometéo;
fué Bruto su maldicion;

Y cuando Roma moria
sobre su hundido poder,
el dolor, se hizo placer
para morir en la orgia...!

Mas el torrente brutal
detuvo su esfuerzo impuro;
la cruz fué dique seguro,
de su poder colosal;

Porque Jesus en su amor
mostrándonos el Eden,
al hacer eterno el bien
puso limite al dolor.

Desde entonces, ya no hay duelo
si la fé vive en el alma;
tras la pena está la calma
como tras la tumba el cielo;

Y el hombre de su fé en pós,
cuando llora se arrodilla;
pues sabe, que si se humilla,
está mas cerca de Dios...!

. . . .

Hija del amor; divina
luz del código cristiano,
tras del amor soberano
otro sol nos ilumina;

Sol, que brilló sin fulgores,
en otro mundo sombrio;
sol, que se eleva bravío
de la cruz á los fulgores;

Astro que á la humanidad
abrasa en su ardiente llama;
virtud que la tierra aclama
al nombre de Caridad...!

¡Caridad...! sol de alegría;
del amor plácida esposa;
virtud cuya forma hermosa
es la forma de Maria...

¡Deja...! que tu luz me ayude;
permite á mi culto ardiente,
que te bendiga mi frente,
que mi plectro te salude.

De una edad, hasta otra edad,
todo tu poder lo abarca;
te vió el diluvio en el arca
salvando á la humanidad.

Tu eres luz sobre la luz,
y eres nombre entre los nombres;

por ti salvando á los hombres,
murió el Señor en la crúz.

Por ti comprendió el Creador
mundo y cielos al formar,
que era preciso crear
para dilatar su amor;

Tú eres la santa palmera
cuya sombra no marchita;
eres la estrella bendita
por la humanidad entera;

Eres el ángel que mece
el blando sueño del bueno;
dulce madre en cuyo seno
cabe todo el que padece.

La copa del bien profundo;
el cielo de nuestro encanto;
la mano que guarda el llanto
del que llora por el mundo.

«Venid,» murmuras, «tened,
sedientos el triste lloro;
yo soy la copa de oro
que ha de calmar vuestra sed:

Hambrientos, os daré pan;
Desnudos, os daré abrigo;
para calmar al mendigo
mis plegarias se alzarán;

Yo soy la rosa que brilla
sobre el sepulcro sin nombre;
soy la lágrima que el hombre
ve rodar por su megilla,

Ante la triste horfandad

ó ante los grandes placeres;
porque tambien hay poderes,
dignos de la caridad...!

Soy el ángel que Dios nombra
para que sus pasos ciertos,
dirija á los niños yertos
que me llaman en la sombra.

La copa del bien profundo;
el cielo de todo encanto;
la mano que guarda el llanto
del que llora por el mundo...!»

. . . .

Tal es la virtud bendita
que mi pobre genio enciende;
¡feliz el que la comprende;
dichoso quién la ejercita...!

Por ella unidos estamos
mostrando nuestra *nobleza;*
á la luz de su grandeza,
mas grandes nos contemplamos;

Que cuando el genio va en pos,
de ese sol vivo y fecundo,
se eleva tanto del mundo,
que cuasi se acerca á Dios...!

ÁSIA.

ODA.

Dormido está el coloso; su diadema
rota en pedazos sobre el lecho impuro
se mira junto á él, y el sucio aliento
de la noche fatal que le adormece,
eleva de su trono las cenizas
por las llanuras donde ruge el viento.
Dormido está, y el arpa no le canta
como en mejores dias,
ni el aura del placer besa su frente
con el eco fatal de sus orgias:
ni el atroz anatema del calvario
agita su cabeza,
ni llora delirante
al revolverse tremulo en el lecho
formado con cenizas de grandeza.
Duerme la reina del antiguo mundo;
la que miró en su seno

la orgullosa Babél; la que altanera,
fué verdugo de un Dios, y en sus blasones
grabó los cetros de la tierra entera;
la que arrojó de su potente suelo
el árbol pecador; la inmensa copa
donde hierve la lágrima primera
del hombre, que indeciso
entró del mal en la horrorosa via
trocando en un infierno el paraiso;
la que miró en sus tierras maldecidas
el ronco mar, cuando de Dios la mano
convirtió al universo en occeáno.
La tierra venturosa
cuna segunda del mortal doliente,
que admiró de la Armenia en las colinas
el gran bagel que dominó las olas
adornado con purpuras divinas;
y vió rodar en su feráz recinto,
la semilla potente y soberana
tronco del árbol de la raza humana.
Aquella tierra impía
madre de Baltasar, que alzó mil tronos
al fantasma del vicio maldeciente;
que vió á Sodoma sumergida en fuego;
rota la regia frente
de la altiva Salém; la tierra impura
que rasgaba sus lugubres montañas,
para adornar con Dioses sus entrañas,
y que llorando un tiempo su pasado,
miró romperse tan fatal grandeza
entre las negras manos del pecado.
Todo espiró bajo su impuro aliento;
de Ninive altanera,
solo quedan fantásticas ruinas;
Pentápolis murió, y aun en el viento
brilla el rayo de fúnebre memoria
que en occéanos de horror hundió su gloria.
Muerto Aspháltite está, y en sus riberas
ni una flor delicada

se mece al soplo de la errante brisa
que acaricia las áridas laderas
del Gólgota cruél; de esa montaña
sin frutos ni verdores
que á eterno llanto sin cesar provoca,
arrojando en lugar de puras flores
enardecidas lágrimas de roca.
Babilonia cayó; su hirviente rio
arrebató su cetro poderoso,
y en el Pérsico mar hundiólo luego
con su gloria, su trono, y poderio:
aun deslumbra la hoguera
que devoró sus templos y jardines,
y aun en la noche oscura,
de Eufrates ronco en la inferáz ribera
se agita Baltasar, triste llorando
sobre aquella ruinosa sepultura,
terror ayer de bárbaras naciones
que hoy canta su poder con maldiciones;
El arpa de David perdió su acento;
ya no crecen las flores
de los mustios collados
al suave empuge del glorioso viento,
ni este lleva en sus alas
un canto bienhechor al Israelita;
ya no surcan guerreros
las ondas cristalinas
del plácido Jordan, ni la ancha tierra
tiembla al fragór de la sangrienta guerra.
Vinieron tras de aquella otras naciones
que cavaron la fosa á las pasadas;
Palmíra... Babilonia...
no volverán ya mas... entre peñones
espiró su poder; roto gigante
que tiene en vez de la triunfal diadema,
polvo de tumbas que los vientos quema.

. . . .

Todo murió; fantasmas de grandeza
pueblan tan solo el vasto continente,

que en montañas de hielo
triste reclina su abatida frente;
que con manos de roca
áse un giron del orgulloso manto
de la Europa feliz; que al lado siente
los virgenes latidos
de la América pura
que himnos de gloria al porvenir murmura,
y que sugeta con sus pies gigantes
las olas que en indómita porfia
empuja hasta sus plantas la Occeanía.
Desiertos por do quier; fieros corceles,
descansan en la yerva que corona
los postrados fragmentos,
de los ricos palacios
que orgullosos cruzaron los espacios
en lucha con los vientos;
el esclavo ignorante
se adormece en el polvo del tirano;
remueve las ruinas,
y en los negros sepulcros de los reyes,
arroja el puro grano
para calmar el hambre de sus bueyes;
en el ara olvidada
fabrica el ave con gentil arrullo
su plácida morada,
y con frente altanera
sobre el altar de un Dios duerme una fiera.
¡Ah! Si aquellos que un dia
cobijaron la tierra con sus mantos,
abandonasen su morada fria
por tender de cariño una mirada
á su patria infeliz; si los que vieron
atónito á sus piés rodar el mundo,
mirasen sus naciones
postradas, sin aliento;
rasgados sus pendones
y el polvo de sus tronos por el viento;
y aquella augusta ropa

dosél de los dormidos continentes
alfombra siendo de la culta Europa:
si viesen sus ciudades
hundidas, despreciadas:
y su potente seno
cuna de reyes, producir esclavos;
arrastradas sus glorias por el cieno:
callado el eco de sus hijos bravos:
si los que ayer vivieron,
de su lecho de paz la frente alzaran
por ver el mundo que tan mal rigieron,
sus hijos maldigeran,
y otra vez al sepulcro se volvieran.
Pero no será eterno ese letargo
de la raza de Sém; ya refulgente
el sol del porvenir su faz orea:
las tumbas veneradas
brillan al rayo de la luz hirviente
que roja centellea.
¡La luz del porvenir! Miradla pura
estender sus reflejos
sobre las cumbres de la vasta tierra...
Del *Imperio celeste* la cultura
palidece á su brillo soberano,
y la abrasada guerra
agita su pendon sobre las olas
del postrado y atónito Occéano.
Asia despertará porque ya el dia
se acerca en que los mundos
se enlazarán por siempre; el negro errante
que riega las arenas
del cardeno desierto,
contra su pecho estrechará anhelante,
al que en lechos de púrpura reclina
su frente fatigada
de oro, sangre y dolores coronada.
El que nació en las vírgenes florestas
del mundo de Colón, al ver la aurora
del suspirado dia,

contra su pecho estrechará al que llora
envuelto entre los hielos
del polo voreál; la culta Europa
impulsada por Dios dará al espacio
sus bélicos pendones,
y unirá con su brazo las naciones.
Y Asia renacerá; pero otra vida
de gloria y de ventura
en el callado porvenir la espera;
la antorcha del cristiano
las sombras romperá con que otro mundo
tiñó la faz del criminal tirano;
de la Cruz á las plantas
todos los hombres hundirán sus frentes;
¡Hermano!... sonará de polo á polo,
¡Hermano! ¡Hermano! cantarán los mares
al besar los unidos continentes;
y á ese grito sublime
Asia alzará sus sienes veneradas...
atrás raza infeliz, corred panteras
á esconder en las hondas madrigueras
vuestras garras de roca ensangrentadas...!
Mirad cual espantados
baten el rojo suelo
de los tristes desiertos abrasados,
los salvages corceles
golfos de espuma levantando al cielo;
oid el acento humano
cruzando los abismos
del insondable mar, desde las playas
que baña el Indo con sus raudas olas,
hasta la gran ribera
bordada de banderas españolas;
corta el vapor las pálidas espumas
del Indo asolador; el gran desierto
siente rodar cortando sus arenas,
la audáz locomotora
que fabricó el esclavo
por mandato de Dios con sus cadenas.

Sobre las altas cumbres de Himaláya,
el lábaro triunfal al viento ondea;
del Líbano frondoso
la corona de cedros rueda al suelo,
y de sus troncos duros
que besaron las brisas pasageras,
fábrica el cristianismo
las ástas de sus mágicas banderas.
Todo, todo será, porque la aurora
del porvenir radiante,
profetiza ese mundo y esa hora.
Asia despertará; de entre ruinas
se alzará el poderio
sacudiendo los funebres escombros
sábana inmensa de su espéctro frio;
y poniendo en su frente una diadema
mas pura, mas brillante
que en los pasados siglos,
con esfuerzo gigante
caminará sobre su yerta historia,
al templo de la luz y de la gloria.
Los pueblos se unirán, el pensamiento
dejará tras de sí las sueltas alas
del indómito viento:
sobre los trozos de las piedras rotas
pedestales de un Dios falso y horrible,
se alzarán templos santos
al verdadero Dios; en vez del grito
del salvage cruel que errante mora,
subirá al infinito
la voz de un pueblo que de gozo llora;
Jerusalén se tornará á la vida;
del Gólgota en la frente funeraria
la humanidad llorando arrepentida
levantará á los cielos su plegaria,
y la sangre de Dios, que allí rodando
gota á gota cayó sobre la frente
del mísero mortal, se irá borrando
del llanto eterno con la eterna fuente.

De la Arabia *infeliz*, brotarán flores;
torrentes cruzarán por las arenas
de la Persia abrasada
por el sol mas ardiente coronada;
de la Siberia en el recinto solo
el mágico estandarte de la ciencia
espantará los témpanos del polo,
y Asia verá en su suelo,
el verdadero pedestal del cielo.

. . . .

Y ya se acerca el dia,
sus tímidos fulgores,
arrancan á los tiempos precursores
cantares de esperanza y alegría;
porque esa luz que riela
sobre el azul de los tendidos cielos,
és la que hará mañana
con su álito fecundo,
de todas nuestras tierras, solo un mundo;
un hombre solo de la raza humana.

EL DOS DE MAYO.

Oigo pátria tu afliccion,
y escucho el triste concierto
que forman tocando á muerto,
la campana y el cañon;
sobre tu invicto pendon
miro flotantes crespones,
y oigo alzarse á otras régiones
en estrofas funerarias,
de la iglesia las plegarias,
y del arte las canciones.

—

Lloras, porque te insultaron
los que su amor te ofrecieron...
¡á tí, á quien siempre temieron
porque tu gloria admiráron:
á tí, por quien se inclinaron
los mundos de zona á zona;
á tí, soberbia matrona
que libre de extraño yugo,
no has tenido mas verdugo
que el peso de tu corona...!

—

Do quiera la mente mia

sus álas rápidas lleva,
allí un sepulcro se eleva,
cantando tu valentía;
desde la cumbre bravía
que el sol indio tornasola,
hasta el Africa, que inmola
sus hijos en torpe guerra,
¡no hay un puñado de tierra
sin una tumba española!...

—

Tembló el orbe á tus legiones,
y de la espantada esfera
sujetaron la carrera
las garras de tus leones;
nadie humilló tus pendones
ni te arrancó la victoria;
pues de tu gigante gloria
no cabe el rayo fecundo,
ni en los ámbitos del mundo,
ni en el libro de la historia.

—

Siempre en lucha desigual
cantan tu invicta arrogancia,
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
en tu suelo virginal
no arraigan extraños fueros;...
porque indómitos y fieros,
saben hacer tus vasallos,
frenos para sus caballos
con los cetros extranjeros...

—

Y aun hubo en la tierra un hombre,
que osó profanar tu manto...
¡Espacio falta á mi canto
para maldecir su nombre!...
Sin que el recuerdo me asombre
con ánsia abriré la historia;
presta luz á mi memoria

y el mundo y la pátria á coro,
oirán el himno sonoro
de tus recuerdos de gloria.

—

Aquel génio de ambicion
que en su delirio profundo
cantando guerra, hizo al mundo
sepulcro de su nacion,
hirió al ibéro leon
ansiando á España regir;
y no llegó á percibir,
ébrio de orgullo y poder,
que no puede esclavo ser,
pueblo que sabe morir.

—

¡Guerra! clamó ante el altar
el sacerdote con ira;
¡guerra! repitió la lira
con indómito cantar:
¡guerra! gritó al despertar
el pueblo que al mundo aterra;
y cuando en hispana tierra
pasos extraños se oyeron,
hasta las tumbas se abrieron,
gritando: ¡Venganza y guerra!...

—

La vírgen con pátrio ardor
ansiosa salta del lecho;
el niño bebe en el pecho
ódio á muerte al invasor;
la madre mata su amor,
y cuando calmado está
grita al hijo que se vá:
«¡Pues que la pátria lo quiere,
lánzate al combate, y muere:
tu madre te vengará!...»

—

Y suenan pátrias canciones
cantando santos deberes;

y van roncas las mujeres
empujando los cañones;
al pié de libres pendones
el grito de pátria zumba;
y el rudo cañon retumba,
y el vil invasor se aterra,
y al suelo le falta tierra
para cubrir tanta tumba!...

—

. . . .

Mártires de la lealtad
que del honor al arrullo
fuisteis de la pátria orgullo
y honra de la humanidad...
en la tumba descansad,
que el valiente pueblo ibéro
jura con rostro altanero
que hasta que España sucumba,
no pisará vuestra tumba
la planta del estranjero.

———————

EL AMOR DIVINO.

SONETO.

La esclavitud en el amor adora,
y la miseria en los altares clama;
la pena llega á Dios, cuando le llama;
el hombre llega á Dios, cuando le implora.
Ya la estátua del mundo vencedora
no es el guerrero que postró á la fama;
es el martirio que á Nerón infama,
es el pecado que en el templo llora.
Los que llorais... amad...! grande y fecundo
rompe el amor los lazos con que oprimen
el vicio infame y el dolor profundo;
Ante su altar esperan los que gimen;
una esplosion de amor, dió vida al mundo
otra despues, lo redimió del crímen.

EL PAN EUCARÍSTICO

SONETO.

Tú, nos diste la luz, nos diste el viento;
la cumbre secular, y el occéano;
con tu gigante y poderosa mano,
hiciste al mundo del mortal asiento.
Tú nos diste el amor y el sentimiento
y el génio de las artes soberano;
Tú bajaste á la tierra, como hermano
de la criatura que te alzó el tormento.
Tú diste al hombre del saber la palma;
la fé que alumbra; la razon que advierte;
la religion que los pesares calma;
Y grande, santo, generoso, y fuerte,
te diste Tú, como manjar del alma,
al mundo infame que te dió la muerte....!

EPÍSTOLA.

A G.

Deja que llore el corazon, dichoso
con poder aun llorar; la vida entera
es un gemido largo y doloroso,
Y al estenderse en la mundana esfera
el que del génio la corona ardiente
con ansia loca levantar espera,
Si oye el gemido lúgubre y doliente
que brota de la raza pecadora,
al sentirla llorar sus penas siente.
Por eso en mis canciones, no sonora
se alza la voz que adula en torpe canto
al que entre el mármol del alcázar móra;
A mas altura mi cantar levanto;
hermano de la raza dolorida,
mi pléctro és el dolor; mi voz el llanto.
Mas al buscar en mi alma conmovida
una cuerda dulcísima y templada
que responda á las penas de la vida,

Recuerdo tu amistad, y una balada
de encantada ilusion el pléctro toca,
purificando el ánima cansada.
Tuya es la inspiracion; el arpa loca
por tí despedirá blandos sonidos,
y brotará el raudal sobre la roca;
Porque en tí ven mis ojos abatidos
la infancia y la virtud; las horas suaves
que pasaron sin penas ni gemidos.
Nuestras almas, unidas cual las naves
que del seguro puerto al mar lejano
juntas se lanzan por las olas graves,
Del puerto de la infancia soberano
partieron para siempre, y hoy se agitan
en medio del indómito occeáno.
Las horas á las horas precipitan
en el abismo horrendo de la nada;
rugen los mares y los vientos gritan,
Y ante el altar de la amistad sagrada,
nuestras almas escuchan suspirando
latir do quier la humanidad cansada.
Por el mundo infeliz vamos cruzando,
de las de ayer venturas ideales
las purísimas flores deshojando.
El dulce hogar; las dichas virginales
que alumbró con su rayo la ventura,
se debilitan ya; las celestiales
Horas de amor, que libres de amargura
reflejaban del alma la alegría,
huyeron para siempre; el agua pura,
Llanto del corazon que fuera un dia
símbolo de inocencia, ya no brota
de nuestros ojos tristes; la agonía
Ha sucedido á la ilusion remota,
y del placer perdido solo queda
el bien llorando y la esperanza rota.
Enlutado el destino, ver nos veda
el mañana risueño ó esplendente
que guarda nuestra mísera vereda;

La paz huyó del pensamiento ardiente,
y el sol de la ambicion con rayo impuro
ilumina las sombras de la mente.
¿Que ha pasado en nosotros? Al seguro
plácido hogar, que candida alegría
brindaba al pecho delicado y puro,
Ha sucedido la borrasca impía,
donde ruedan al par la fé y el oro
entre el grito salvage de la orgía.
Al lloro verdadero; el falso lloro;
la duda á la creéncia; el desvario,
al de sencilla paz dulce tesoro;
Al irritado mar, el blando rio;
la envidia á la amistosa confianza,
y el te *adoro*... asqueroso, al ¡hijo mio!
Apenas se divisa en lontananza
el arrebol de la pasada historia
que ilumina cansada la esperanza,
Y al recordar nuestra perdida gloria,
si el pasado se acerca á nuestra frente
es un nuevo tormento su memoria.
Del falso mundo en la voráz corriente,
impulsada al azár tiende su vela
la barca ruda del delirio ardiente;
Pedazos de ventura son la estela
que deja tras de sí, y al puerto oscuro,
á impulso del dolor remando vuela.
Y se estingue la paz; el viento puro
que nos meció tranquilos en la cuna,
huye en las alas de huracan impuro;
La plegaria que en notas una á una
brotó de nuestros lábios, se convierte
en un eterno grito á la fortuna:
El mundo en divertirnos se divierte;
y sin aliento, con la fé rendida,
llegamos á las puertas de la muerte.
¿Que nos queda despues de la partida?
Al pecador, el barbaro tormento
de recordar las penas de la vida...!

Volvamos á nacer; deja un momento
que el espíritu triste y fatigado,
á la infancia feliz vuelva su asiento.
Mira el valle florido, mira el prado
donde el lirio regala sus aromas
al purísimo ambiente aletargado;
Mira cruzar por las tendidas lomas
con dulce vuelo y cantico amoroso,
bandadas de blanquísimas palomas;
El pastor agitado y afanoso
la hoguera anima que su luz derrama
por medio del rebaño silencioso;
Tiende en la roca su modesta cama;
reza despues, y el vigilante aláno,
se estira á su placer junto á la llama;
¡Dios te guarde! murmura el aldeano
al pasar junto á tí; tras su tarea,
el fiel arrendador toca tu mano;
El aura de la tarde juguetea
con la vid y el olivo, y se oye lejos
el toque de oracion sobre la aldea.
Del moribundo sol á los reflejos
en ella estás; tus padres venturosos
te llenan de caricias y consejos,
Y á la luz de los robles que frondosos
te daban sombra en el pasado dia,
te duermes en sus brazos amorosos...
¡Que piélago insondable de agonia
nos separa del cuadro bosquejado
por el pobre pincel del alma mia...
¿Que encuentras ante tí? Marchito el prado;
el sol sin luz; la fuente sin rumores;
el cielo melancolico enlutado...!
Si sueñas de la gloria los fulgores,
presientes el desprecio en tu carrera
y á tu noble ambicion matas las flores;
La sonrisa del ángel que te espera
las miras sin placer; aspera y ruda
juzgas la voz de la amistad sincera;

La dulce paz á tu mirar se escuda,
y ves en un lugar cubrir al mundo
la sarcastica sombra de la duda.
Un ¡ay! terrible, de dolor profundo
se escapa de mi voz; mi alma se aterra
ante el charco doliente é infecundo...!
Lágrimas, sangre, destruccion y guerra:
mengua, ambicion, mentira y desvario,
son las flores que crecen en la tierra.
De las pasiones el hirviente rio
arrastra sin cesar al triste humano
de la negra maldad al mar bravio,
Y allí desciende hasta el abismo insano,
si de la fé la tabla bendecida
no se viene á poner junto á su mano.
El amor, la esperanza apetecida,
sueños tan solo son que el alma crea!...
padecer y llorar... ¡esta és la vida...!
. . . .
Crucemos el occéano que bravéa
férvido á nuestros pies, fijos los ojos
en la luz de la fé que centelléa.
No miremos los miseros despojos
que arrastra el vicio hasta le abismo impuro,
ni al infame placer que causa enojos.
Fija la vista en el celaje puro
que cubre al puerto del amor bendito,
volemos á él con animo seguro.
Si del dolor nos despedaza el grito;
si donde quiera al corazon alcanza
el eco pavoroso del delito,
Sostengamos la fé, por confianza
de otro mundo mejor, que dá la muerte
en pago de la vida la esperanza.
Padecer y llorar no es para el fuerte
espíritu cristiano qué refleja
la luz que Dios para el cristiano vierte;
Si el torrente del mundo nos aleja
de lo que el alma adora, el desgraciado

al cielo subirá queja por queja.
El hombre con la huella del pecado
no puede hallar la paz apetecida
en el mundano mar siempre agitado;
Pero al fin de su misera corrida,
el bueno enjuga en el azul del cielo
las lágrimas ardientes de la vida.
Oye mi voz, amigo; oye el consuelo,
que la amistad cual balsamo amoroso
lleva á tus penas con amante anhelo.
Ten esperanza, y vivirás dichoso;
ama la fé; del corazon arroja
el áspid de la duda venenóso:
Vuelve al árbol del bien hoja tras hoja
las que arrancó el dolor preciosas flores;
huye del mal que al corazon enoja,
Y teniendo por gloria tus dolores,
sigue el camino que hasta Dios avanza,
y adorarás la vida, en la esperanza
de gozar mas allá mundos mejores...!

EN EL ESCORIAL.

MEDITACION.

I.

Quiero un templo levantar,
que siempre mi gloria cante;
mole soberbia y gigante
que haga sentir y temblar.
Templo de aspecto profundo;
ascético, grave, santo;
que pese á la tierra tanto,
como mi poder al mundo,
Que alce en su frente sombria
como esta, que al orbe arredra,
una corona de piedra
tan grande como la mia;
Y que de mi vuelo en pos
mi sepulcro cobijando,
quede tras de mi, cantando
mi grandeza, y la de Dios.
Tal dijo un rey altanero
al ver con fiero abandono,

cómo flotaba su trono
por cima del mundo entero.
Quiero un templo... ante esta ley
de aquel monarca potente,
el mundo bajó la frente
para obedecer al rey:
Presa de su despotismo
se agitó la muchedumbre;
el hierro saltó á la cumbre
desde el fondo del abismo:
Por los valles y los montes
llegaban con ansia loca,
la plata, el mármol, la roca,
de lejanos horizontes:
Toda la tierra en tropél
mandaba frutos á coro;
los Ándes sus granos de oro,
sus mármoles Macáél;
Y por la mar cristalina
llegaban á nuestros puertos,
cedros de Arménia, cubiertos
con la túnica latina.
Del génio ardiente en la mano
se agitó el cincel divino;
el artista peregrino
trazó su gigante plano,
Y entonces un pueblo entero
cantó á Dios con voz potente;
saltó la roca rugiente
del pavimento severo;
Los mármoles seculáres
lanzaron místicas luces;
del hierro, brotaron cruces,
de los peñones, altares:
En honda creciente brava
cedió un monte palmo á palmo;
cada peñon era un salmo
que á Dios el mundo cantaba;
Y era porque el génio en pós

de su eterna y santa ley,
queriendo cantar á un rey
alzaba su canto á Dios...!

II.

¡Esa es la mole... ese es,
el templo que el mundo canta;
hoy que ante mí se levanta,
tiemblan cobardes mis pies.
Esa es la boveda oscura
que hácia los sepulcros guia,
aquella tumba sombría,
es del rey la sepultura.
¡Pobre monarca...! ahí está...
es su nombre, y es su losa:
de su grandeza enojosa,
súcio polvo queda yá.
El templo que al sol se lanza
rey de montes y nublados,
sus cimientos apretados
en las tumbas afianza;
Así con planta segura
nublando todo contento,
se elevó el remordimiento
sobre su conciencia impura;
Y así de lo eterno en pós
humillando orgullo y nombre,
sobre la nada del hombre
se eleva el todo de Dios!...

. . . .

¡Sepulcros!... oscuridad...
luz que sollozando espira...
¡aquí dentro se respira
la nada, y la eternidad!...
En esta misera zona
donde todo espanto vierte,

duerme el sueño de la muerte
polvo que ciñó corona.
¡Ahi están!... sus nombres son...
todos siguiendo al destino,
cruzaron por el camino
que hay del trono al panteon.
En las urnas funerales
duermen con sueño profundo;
semejantes ante el mundo,
hoy son en la muerte iguales!...
El silencio á orar convida;
todo espanta, todo arredra;
sobre las urnas de piedra,
está la noche dormida.
En el fondo, ante la luz
que alumbra mal á los muertos,
Dios con los brazos abiertos
nos llama desde la Cruz;
Y entre la niebla incolora
que flota en cortina densa,
una voz murmura... ¡piensa!...
y otra voz repite... ¡llora!...
¡Ah!... mi cabeza se agita
y en el vértigo se inflama;
¡Felipe!... el mundo te llama;
un siglo en mi voz te grita.
Ante los juicios humanos
alza tu cabeza inerte;
¡despierta...! que ni en la muerte
deben dormir los tiranos!...
Tú quisiste en tu ansiedad
ébrio de eterno renombre
reasumir en solo un hombre
á toda la humanidad:
Tú de grandeza sediento
clavaste el brazo iracundo,
ansiando parar del mundo
el eterno movimiento.
Todo en vano... el mar bramó

con hondo bramido fuerte;
llegó á tu lecho la muerte;
la mar sobre tí saltó.
El pensamiento con ira,
estalló en volcan de gloria;
si quieres saber su historia,
despierta, monarca, y mira!...
. . . .
La mar, la montaña, el viento,
la nube audáz, la caverna,
todo se agita en la eterna
túnica del pensamiento.
Lleno de noble ambicion
el hombre estudia valiente,
la serenata potente
de los mundos en monton.
Ardiendo en santo heroismo
sobre los mares se inclina;
todo su luz lo ilumina,
ya no hay sombra... no hay abismo.
Impulsa raudos wagónes
por entre rocas severas;
hunde las viejas barreras
valladar de las naciones;
Con esfuerzo soberano
rápido, libre, sereno,
lanza por medio del trueno
todo el pensamiento humano;
Y el rayo audáz, que á través
del nublado oscuro arde,
como un esclavo cobarde
muere y se apaga á sus pies.
Los opuestos continentes
unidos por siempre quedan;
ciudades de lino ruedan
sobre todas las corrientes.
En el abismo, en el mar,
en los tempanos polares,
en todo el globo hay altares,

todo el mundo es un altar.
Y el hombre lleno de amor
en su carrera inspirada,
no se complace en su nada,
sino que canta al Señor.

. . . .

Mar el espíritu humano
tinieblas ayer ceñia;
el sol del alma dormia
lejos de aquel occéano.
Ni una costa, ni un rumor,
sobre aquella mar que asombra;
ancho piélago de sombra
desde el hombre hasta el Creador.
Hoy, la razon insondable,
Colón de mares profundos,
descubre orillas y mundos
sobre ese mar impalpable.
Contempla desde su zona
dos costas que el mar oprime;
vé en una al hombre que gime,
en otra, á Dios que perdona:
Y sobre el mar cristalino,
ceñido de augusta gala,
islas que forman escala
de lo humano á lo divino.

. . . .

¡Ah! si en la tumba te irguieras,
rey y á la tierra miraras,
de tu orgullo te asombraras
y al sepulcro te volvieras;
Que viéndote solo, aquí,
de nuestro siglo delante,
lo habias de ver tan gigante,
que te avergonzara á tí.

. . . .

Basta... el ánima oprimida
vacila un punto y se aterra;
estoy cantando á la tierra,

los cánticos de la vida.
En estos hondos desiertos
no dan éco las canciones;
solo salmos y oraciones
deben escuchar los muertos.
El, con su férrea corona
agobió á un pueblo dormido;
hoy el pueblo conmovido
pide á Dios, y lo perdona.
Este templo dejó en pós
de su mundana contienda;
¡Rey!... ¡Que el templo te defienda
ante los juicios de Dios!...

LA FÉ.

SONETO.

«Yo soy amor, y del amor camino;
soy blanca nave del sagrado puerto;
por mí postrado en el peñon desierto
canta el ascéta su triunfal destino.
Soy consuelo del triste peregrino
que cruza el mundo de pesares yerto;
soy árbol santo del eterno huerto;
rosa bendita del rosal divino.
Sin mí la pena se desgarra y llora;
sin mí el dolor sus amarguras vierte;
sin mí el sepulcro con furor devora:
Aspirando mi luz, el alma és fuerte;
la pena se hace amor; la noche aurora;
la tumba claridad; faro la muerte.»

¡LÁGRIMAS!!...

I.

¡Espectro del dolor! dame tu lira;
quiero cantar; el alma fatigada
por derramar sus lágrimas suspira...!
Quiero cantar... ¿y á qué? de los placeres
el vaso está ante mí; fúnebre y triste
ya no hierve en su seno envenenado
el infernal licor; de rojo viste
su dilatada boca,
que horrible y seca á delirar provoca.
Ayer yo lo veia;
el néctar en sus bordes serpeaba,
y delirante el corazon saltaba
cuando del néctar infernal bebia:
fantasmas de placer con dulce encanto
brotaban de sus férvidas espumas
cubriendo con su manto
mi cabeza infeliz: hoy... triste y seco
se muestra al pecho mio,
y de su fondo hueco
en lugar del placer, se alza el hastío.

II.

¡El amor cantaré! ¡Vana quimera!...
¡Qué bien suena esa voz! es el gemido
del arpa que se estiende
por el fondo del bosque adormecido;
la plácida aureola
que de *mi ayer* el cielo tornasola;
mas ¡ay! que al eco sin igual doliente,
de sus inciertos sones,
resbalan sollozando por la frente
las sombras de mis muertas ilusiones.
Ayer, siguiendo por mi vida inquieta,
mugeres vió cruzar cual devaneo
mi frente de poeta.
La una, en sus sienes virginal corona
de jazmines y lirios ostentaba;
sus flotantes cabellos
el viento acariciaba,
placer y vida respirando en ellos;
con infantil amor la otra reia,
vertiendo por sus ojos
la luz primaveral de Andalucía:
amor aquella con sus labios rojos
brindaba al corazon... ¡todo mentira!...
Yo quise amar, y ardiente, arrebatado,
por do quiera agitándome indeciso,
crucé del mundo por el seno helado,
buscando del amor el paraiso.
A sus puertas llegué y entré sereno...
una nube de sangre y de dolores
ofuscó mi razon... miré su seno,
y al ver espinas en lugar de flores,
del cáliz de mi amor, brotó veneno!...

III.

¡Gloria!... ¡nombre sin par! tambien el lloro
de mi pecho arrancó; recuerdo impío
salta á su nombre en mi cabeza ardiente,
desde el sepulcro del dolor sombrío.
Era *mi ayer;* sus arrulladas horas
en el regazo maternal durmiendo,
pasaban sin sentir; alegre el mundo
me brindaba sus flores;
la dulce voz de su cantar sonoro;
su fortuna, su gloria y sus amores:
en medio de tal bien, *¡adios!* un dia
con dulcísima voz, triste me dijo
llorando sin cesar, la madre mia...
¡Me voy léjos de tí! seguirla quise,
mas la losa cayó; creció mi duelo,
y los ojos del alma la miraron
tras del plácido azul buscando el cielo.
Entonces deliré; gemí cantando;
necesité para llorar la lira
y loco la busqué; toqué sus cuerdas...
mas al tocarlas del dolor herido,
las que tristes sonaron
bajo mis manos trémulas saltaron,
y el arpa rota moduló un gemido!...
Y maldije... y canté; mas ronco y seco
mi canto de dolor do quier retumba
llorando sin cesar; porque es el eco
de una lira templada en una tumba!...
Y canté la ilusion; y la amargura,
la noche del pesar, el desvarío,
la esperanza, la fé, la desventura...
y el mundo en tanto, á mi alredor impío,
al escuchar mis voces angustiadas,
tranquilo convertia
mis himnos de dolor en carcajadas!...

IV.

Hoy... ¡Adónde voy yá! cansado y solo
como el triste y errante peregrino,
encuentro por do quiera
tapizado de espinas el camino.
¡Adónde, adónde llevaré las flores
que arrojen mis cantares,
si son falsa ventura los amores
y abrasan de la gloria los altares!...
¿Mis penas cantaré? Mas no...! serena
una voz en mi pecho estremecido
con acento dulcísimo resuena;
un reflejo de luz mi frente toca;
es la luz de la fé, que la esperanza
eleva al cielo desde el alma loca.
Tú eres, Señor...! conozco tu mirada
en ese rayo espléndido y sereno
que ilumina mi frente fatigada;
Tú, que al mortal que llora,
consuelas con la célica esperanza
de otra vida mas bella y seductora
á cuyo seno la razon no alcanza.
¡Tan bueno y te olvidé!.. perdon, Dios mio...
consuela mis pesares...
como al férvido mar camina el rio,
mis cánticos irán á tus altares.
Sí te ofendí con delirante anhelo,
ya te bendigo con afan profundo;
¿quién dedica sus canticos al mundo,
estando *Tú* tras el tendido cielo?...

EL ARTE MUSICAL.

POESÍA.

Arte santo y poderoso,
tu grandeza al mundo llena;
alto y soberbio en la escena
y al pié del altar glorioso,
Cantas allí la pasion
dando enseñanza y ejemplo;
aquí, columna del templo,
sustentas la religion.
El amor, la desventura,
la sublime gloria humana;
la fé potente cristiana
que nuevos mundos augúra;
El dolor… estátua fria
que en el corazon reposa;
la ventura misteriosa,
la negra melancolía,
Todo á tu aliento sonoro
toma forma y resplandece;
todo se agiganta y crece
si reclama tu tesoro.

Fuerte ayer; alto, potente,
te vió la historia del mundo;
alto, sublime y profundo
te vé tambien el presente.
David, Moises, Isaias
espíritus colosales,
en tus ritmos inmortales
grabáron sus profecías.
La altiva Salém inquieta,
te oyó con profundo espanto;
tú diste notas de llanto
á los sálmos del profeta.
Sublimaste la cancion
que la tribu á Dios alzaba,
cuando la mar se tornaba
sepulcro de Faraón;
Y al pueblo que en honda lid
fué del ayer vida y luz,
tú le hiciste ver la cruz,
en el arpa de David.
Grecia te elevó con brio,
y Roma te alzó en victoria;
por un laurel de tu gloria
dió Nerón su poderio;
Y en las arcadas gigantes,
y en los tálamos de oro,
y en los cantos sin decoro
de Tirsos y de Bacántes,
Tu cetro grabó la ley
y alzó tu poder asiento;
y te adornó el sentimiento
con su corona de rey.

. . . .

La religion de Judéa
habló contigo á las gentes;
tus acentos elocuentes,
fueron buril de la idea;
La parábola divina;
los consejos celestiales;

las máximas inmortales
del Mártir de Palestina;
El versículo cristiano
que al mundo pagano doma,
resonando al pié de Roma
sin temor á Diocleciano;
El martirio... la ancha arena
que en su sangre se empapaba;
la fé santa que brotaba
deprimiendo su cadena,
Todo en tí creció con brio
como en su propio elemento;
la música de tu acento,
dió á los hechos poderio.

. . . .

Hoy, agitando señor
por los mundos tu estandarte,
en cien columnas del arte
te levantas vencedor.
Aquí... Beethóven consuela;
allí da Haróld su armonia;
lejos... el *Ave María*
cantan Gounód y Stradela.
Allá Mozárt portentoso
del arte cristiano ejemplo,
no da á las naves del templo
con su grandeza reposo.
Cimarósa, Mercadánte,
Paesiello, Gluck, Palestrina,
Haydn, columna divina
del clasicismo brillante;
Donicetti flor velada
que la pena descolora;
Bellini, cándida aurora
de una vida enamorada;
Meyerbéer que al meditar
aterra con su sentir;
Offenbách que hace reir
y Thálberg, que hace pensar,

Todos tu grandeza abonan
y entre sus brazos te llevan;
todos al crecer te elevan,
y al espirar te coronan.

. . . .

¿Mas por que humillarse en pos
de tu grandeza que asombra,
si tu eres solo una sombra
del arte santo de Dios?
¿Por qué ante la escena impía
ese entusiasmo profundo,
cuando es un cántico el mundo,
la creacion úna armonia...?
¿Por qué del génio altanero
nos ha de asombrar el nombre,
si á Dios lo comprende el hombre,
como al artista primero...?
Artista... sí; de sus huellas
brota el genio peregrino;
su pentágrama divino
tiene por notas... estrellas.
Fuente de todos los dones,
genio del genio fecundo,
ve nacer de cada mundo
millares de inspiraciones.
Él, á Thálberg el cantor
del mas hondo sentimiento,
presta en los gritos del viento
cadencias para el dolor;
Él, agitando en los mares
la dulce brisa amorosa,
dá á Bellini y Cimarósa
la nocion de sus cantares;
Alzando el nublado fiero
sobre el mar ronco de ira,
al gran Meyerbéer inspira
su noble canto severo;
Y firmando su cancion
con un signo de su nombre,

hace del alma del hombre
la lira de la creacion...
Por eso al Artista Santo
mi pobre pléctro se inclina;
fuente del genio divina,
su nombre bendigo y canto;
Pues siempre es noble, que en pos
del entusiasmo ferviente,
el hombre que al arte siente
salude en el arte á Dios!

RUINAS.

SONETO.

Arcos, templos, colúmnas seculáres
ceniza son nó más; en polvo vano
Sidón reflejo del poder humano,
ve rodar sus sepulcros y sus láres.
De Roma la pagana los altares,
se hacinan sobre el mundo grano á grano;
Venus sin tronco, sin cabeza Jáno
coronan sin pudor los muladáres.
Los gimnasios, el circo, el atenéo,
cayendo van; su túnica divina
cede el genio á la muerte por trofeo;
Y el tiempo canta cuando asi camina,
al Gran Poder, que puede á su deseo
hacer de la creacion una ruina.

LA TEMPESTAD.

A Javier de Palacio.

¡Se acerca...! yo la miro llegar con raudo vuelo;
Sus fúnebres crespones, cruzando el éter van;
Las águilas que pueblan los ámbitos del cielo
Se mecen en las nubes que arrastra el huracan.
Se acerca... á sus rugidos vacilan las montañas,
Los mares se levantan con lúgubre clamor,
El viento azota rudo palacios y cabañas,
Los hombres espantados se vuelven al Señor.
Resbalan por el aire las aves agoreras,
La voz de la campana se estiende en la ciudad;
Intrépido el torrente carcome sus barreras:
Por cima de la tierra saltó la tempestad.

. . . .

¡Acércate...! no tiemblo; tu aliento no me inquieta;
Tu lúgubre alarido lo escucho sin temor;
Elévame en tus alas y entonará el poeta
Sus cánticos sublimes del trueno al estertor.
Y se alzará al espacio en lucha fatigosa,
Y al peso de sus plantas el Mundo temblará,
Y en hombros de la nube con frente valerosa
Al Trono del Altísimo sus cantos llevará.

Y dejará la tierra, las nubes, el espacio:
Y volará mas alto del célico dosel;
Y oirá latir los mundos al pié de su palacio
Teniendo al sol por trono, y al orbe por laurel.

. . . .

Recuerdo en mi delirio que tú tienes historia,
En medio del pasado tu nombre veo brillar,
Y al descorrer sus velos temblando mi memoria
Un mundo de recuerdos la viene á acariciar.
Tú fuiste la que un dia rugiendo en los espacios
Llegaste á Babilonia que al Asia dominó,
Y al Eufrates hirviente lanzáste sus palacios
Y el trono de sus déspotas afrenta del Señor.
La que abrasó á Sodóma; la que inflamó al Vesúbio
Haciéndole de fuego torrentes vomitar;
El hacha de Herculáno; la madre del Diluvio;
La antorcha de Pompéya; la fé de Baltasar.
La que aterró á los hombres, aquel tremendo dia
Que vió alzarse en el Gólgota la *antorcha de la luz*,
Llevando entre sus alas con ronca algarabía,
Verdugos espantados á hundirse ante la Crúz.

. . . .

¡Acércate! no tiemblo... me encanta tu grandeza;
Tus luces son mi gloria, tus truenos mi placer:
Tus nubes, la corona que sueña mi cabeza;
Tus rayos son mi cetro, tu rabia mi poder.
Aquí, lejos del hombre, te miro frente á frente;
Tú ruges, y yo canto tu bárbaro rumor;
Repite sin descanso tu cántico valiente,
Y no oiré de la tierra los gritos de dolor.
Que el Mundo tambien tiene borrascas espantosas,
Tambien rugiente truena la altiva humanidad,
Sembrando el rojo suelo de tumbas dolorosas
Que cantan por do quiera su indómita crueldad.
Tambien allí hay borrascas... Sus nubes son cañones
Que rayos mil vomitan tronando en ronco son;
Sus gotas son de sangre; su espacio las naciones,
Su norte la esperanza, su viento la ambicion.
Y así como tú rugen, y así como tú crecen;

Y cuando *el arco santo* calmó su frenesí,
Con mal oculta cólera cual tú desaparecen,
Un rastro de sepulcros dejando tras de sí.

. . . .

Mas ya pasó la nube; las flores sus corolas
Sacuden dulcemente del céfiro al amor:
El rio vuelve á su cáuce; la mar calma sus olas,
Y en ellas se adormece tranquilo el pescador.
El viento se ha dormido...! el mar está sereno:
La brisa va cantando del cielo la bondad:
Allá... léjos... muy léjos, se escucha sordo un trueno...
¡Es su último suspiro... pasó la tempestad!
¡Callad! que no despierte; las frentes siempre impuras,
Hundid en los altares, de la plegaria en pos:
Pedid misericordia... romped las vestiduras...
Para espantar al crímen...! ¡la tempestad, es Dios...!

A UN PLAGIARIO.

SONETO.

Ratero del Parnáso; bardo huero;
Petrarca en comision; sábio anarquista;
del divino jardin contrabandista;
Judas del arte; sacristan de Homero;
Acólito del génio verdadero;
de ageno capital, capitalista;
conquistador sin medios de conquista;
Moreto de carton; Tásso de cuero;
Detén tu audácia ya; de tu delito,
se ocupan rebuscándote un fracaso
cuantos aman del arte lo infinito;
Y por cerrarte para siempre el paso,
se ha mandado á las musas por escrito
que haya Guardia civil en el Parnáso.

EL MEDITERRÁNEO.

ODA.

AL SEÑOR DON FERNANDO LOPEZ GARCIA.

Mar de la historia; absórto en la ribera
que enfrena tu poder; oyendo el grito
indómito y rugiente
del huracan que rápido levanta
en desórden los rizos de tu frente,
yo te voy á cantar; el alma mia,
oye con ánsia loca
tu eterna y portentosa melodía,
y vé en tu faz inquieta
la inspiracion y el arpa del poeta.
Yo te voy á cantar; calma un instante
tu fáz soberbia; tén ese rugido
que brota de tu seno delirante,
y cruzando los golfos de la historia
ensalzaré tu nombre
y humillaré tus bárbaros cantares;

porque el alma del hombre,
es mas grande que el mundo y que los mares..!

. . . .

. . . .

Tú eres el mar que el corazon admira;
no el mar rugiente que de polo á polo
revolviéndose en sábanas de espuma
se alza terrible y solo;
ni el mar alborotado
que del Africa al pié, nunca sereno,
se asienta en el abismo
y se corona con el ronco trueno;
ni aquel otro magnífico Occéano
que gira en espumante remolino,
hasta besar del Asia envilecida
las graves cordilleras
asentadas en *Dioses;* ni el mar bravo
que por el génio de Colón esclavo,
mostró arrancando asombros
al antiguo y soberbio continente,
un camino de luz sobre su frente,
y un mundo virginal sobre sus hombros.
Pero tu eres el mar de lo pasado;
libro gigante de hojas cristalinas,
que refleja en sus páginas brillantes
tronos, palacios, tumbas y ruinas.

. . . .

Tú eres el mar altivo y poderoso
que en roncos tumbos sin cesar tronando,
levantaba las naves
de Cartago y Bagád; el mar soberbio
que llevaba la púrpura de Tiro
á las rocas de Cálpe; el que escuchaba
los cánticos impuros
del fiero Baltasar, y oyó el gemido
del Asia que se hundía,
dejando sobre el mundo estremecido
la eterna maldicion de su agonía.
El que sintió sobre su fáz la sombra

del alto Parthenón, y miró alzadas
en sus playas amenas,
las estátuas magníficas de Atenas
al cielo por el arte arrebatadas;
y á la luz del volcan con ronco acento
de fuego entre un diluvio,
empujó al Occéano
los mármoles y templos de Herculáno
revueltos con la lava del Vesubio.
Tú, el poderoso mar que arrancó al Nilo
el cetro y la corona
que ostentó Faraón; el mar severo
que en toda la estension de su ancha zona
acompañaba con rumor tranquilo
los cánticos de Homero,
y escuchó entre el rumor de la batalla
el grito de la Grecia
que llorando su gloria
se arrojaba á la tumba dolorida,
dejando sobre el libro de la vida,
la página gigante de su historia.
El que vió levantada en sus riberas
á la ciudad de Rómulo
coronada de estátuas y jardines;
y miró sus banderas
espanto de las águilas, cubriendo
con sus anchos crespones
al pueblo rey, que bajo infame yugo,
estrechaba con brazos de verdugo
la vírgen libertad de las naciones.
Y vió á aquel pueblo un dia
temer y vacilar bajo la planta
de un siglo vengador; y lo vió luego
rodar arrebatado por sus leyes,
dejando con sus hábitos de guerra,
á los pueblos dolor; sangre á los Reyes,
y sábanas de muertos á la tierra.
El que sin calma en hondo remolino
acariciando el túmulo de Roma,

vió alzarse en sus ruinas
al cristiano valiente
escribiendo su código fecundo
con sangre de Jesús; y miró un dia
retratada en sus líquidos cristales,
la Basílica inmensa
que se lanzó al espacio
de Miguel Angel al potente anhelo,
ofreciendo con cántico profundo,
un pedestal á Dios; á la fé un mundo,
y un escalon al arte para el cielo.
. . . .

Tú eres el mar que el corazon admira;
mudo testigo de la fúria humana,
has sentido rodar á los imperios
tumba buscando en tus revueltas olas;
has visto á las legiones
de cien Reyes y cien, cubrir tu frente
de víctimas y horror; á los reflejos
del rayo esplendoroso
luz de la tempestad, has visto alzado
el puñal homicida
sobre el trono sangriento; entre el rugido
del trueno pavoroso
corona de los Alpes, has oido
la voz de los tiranos
que en espantosa guerra,
se arrancaban ansiosos de las manos
cubiertos de baldon, cetros de tierra.

Y siempre igual, tranquilo ó espumoso
indiferente lanzas tus raudales
de los Sirios hirvientes arenales
al Atlántico mar, y de la zona
que cubre con sus mármoles Venecia,
á la tumba de Grecia
que con trozos de mundos se corona;
y te revuelves con terrible canto
sujetando del Ebro la corriente,
y azotas el cadáver del Oriente

en el revuelto golfo de Lepanto.

. . . .

¡Cómo te admiro, mar!... si el alma mia
frenética tuviera
de todo el universo la armonía;
la voz del huracan, y la del trueno;
y el canto del allúd que se desata
de la soberbia cumbre; y el rugido
de la alta catarata
que rueda por la sierra,
y se sepulta en remolino ciego
buscando en las entrañas de la tierra
el gérmen del volcan; si yo pudiera
reunir en uno solo
los gritos de las mil generaciones
que poblaron la frente de la esfera,
al compás de tu ronca algarabía
mi poderoso acento
el pasado á la muerte arrancaría.
Porque el alma delira y se conmueve
cuando al mirar tus golfos cristalinos
oyendo enamoradas barcarolas,
descorre del pasado los misterios,
y piensa ver sobre tus crespas olas
agitando sus tumbas cien imperios.
Y al escuchar el canto pavoroso
del lúgubre cañon que al bueno aterra,
llamando con voz fuerte
al ángel de la muerte
con la trompa del ángel de la guerra,
inmenso rayo el porvenir alumbra;
y apartando cadenas y cañones,
la mente conmovida
mira alzarse otro mundo y otra vida,
sobre el polvo de cien generaciones...!

. . . .

¡Quién sabe...! acaso un dia
feliz y libre la familia humana
vendrá tranquila á remover tu frente;

tus roncas olas abrirán camino
á las velas de todas las naciones;
por la estrecha garganta
del Atlántico mar, vendrán las naves
que en sus aguas levanta
el raudo Misurí, con las coronas
de frutos y de flores
que crecen de la América en las zonas,
del espléndido sol á los fulgores;
y vendrán cual ofrenda de otros mares
las naves del Japón; y las que rompen
de los polos los hielos seculares;
las del Obi, del Ganges y del Léna,
con las que empujan hácia el mar sonoro,
el Rhin soberbio y el sangriento Sena,
y el Tajo puro que se arrastra en oro.
Y rodarán tus trasparentes olas
sin víctimas ni horror; y el blanco lino,
enjugará la sangre derramada
en Génova, Lepanto y Navarino;
y el humo de la audáz locomotora
se unirá con el humo
del buque altivo, y se alzará al espacio
plácida nube en delicado vuelo,
llevando como fruto de la guerra,
el beso de la mar y de la tierra
á los azules pórticos del cielo.
El dia se acerca ya; la ciencia osada
carcóme tus riberas
para enlazarte al piélago iracundo
que va del Indo á la region del hielo,
y se empuja con ronca algarabía
desde el Africa ardiente á la Occeanía.
En breve otro Occéano
á tí se enlazará; montes de espuma
rodarán por la arena
desuniendo los viejos continentes,
y la Europa calmando sus pesares
estrechará con canto soberano,

del Asia vieja la fecunda mano
en la ronca garganta de dos mares.
Y empezará otra vida;
y el Mundo entero acercará la hora
en que unidas y hermanas las naciones;
esclavo todo de la humana ciencia;
sin armas, sin legiones,
con solo una mision y una creencia,
la Humanidad en su potente vuelo
sepultará al error hecho pedazos,
y al fin hará con sus *potentes brazos,*
escala el Mundo de su pátria el cielo.

LA REDENCION.

SONETO.

Se alzó la cruz; su rayo soberano
rompió el altar del paganismo impuro;
el alto Partenón antes seguro,
templó su orgullo ante el dolor pagano.
Desde el leño divino el sol cristiano
postró la niebla destrozando el muro,
y cayeron de horror en antro oscuro
Júpiter y Plutón, Saturno y Jáno.
Veinte siglos pasaron; el madero
que Palestina alzó, tiende triunfales
sus santas ramas sobre el mundo artero,
Y anuncia al estenderse á los mortales,
que ha de dormir el universo entero,
al rumor de sus hojas celestiales.

LA EXPIACION.

BALADA.

Llorando está el pescador
A los piés de la que adora;
Ven, la dice, á ser señora
De mi barco, y de mi amor;
Yo endulzaré tu pesar;
Bendeciré tu abandono;
Mi barquilla será un trono,
Y tú la reina del mar;
Y besará nuestro Edén
La luz que en el mar riela;
Y el viento dirá á la vela,
Nuestra dicha, y nuestro bien.
Sígueme... Y la niña impía
Al pescador acompaña,
Y no escucha en su cabaña
De su padre la agonía;
Y van en la barca huyendo
Del céfiro al soplo blando;
Y siguen ellos gozando,
¡Y sigue el padre muriendo...!

De repente, el huracan
Riza el piélago bravío;
Ruge el trueno en el vacío
Con incomparable afan;
Allá... en la roca gigante
Se eleva triste un anciano;
Tiene tendida la mano
Sobre el golfo palpitante,
Y de la borrasca al són,
Que el eco de Dios remeda,
Ronca y formidable rueda
La paterna maldicion;
Y los dos amantes gimen
A aquella voz que estremece;
Y hasta la barca parece
Que se espanta de su crímen:
Y al fin con grito fatal
Del mar al empuje fuerte,
Ruedan sábanas de muerte
Sobre el lecho criminal.

. . . .
. . . .

¡Hijos arrojad en pós
cuanto á la virtud no cuadre,
pues cuando maldice un padre
está maldiciendo Dios!

SUSPIROS DE UNA MADRE.

Duerme; en su sueño inocente
Parece que á mi me nombra:
No se agita ni una sombra
Por el cielo de su frente.
El ángel de la inocencia
La cobija con sus alas;
La dan las rosas sus galas
Y los claveles su esencia,
Y un rayo de luz, mendiga
De su aliento los olores;
¡Madre de los pecadores,
Que el Señor me la bendiga!...
Yo llevaré á tus altares,
Lirios, nardos, y azucenas;
Yo le contaré tus penas
Cuando entienda de pesares.
Mira, le diré, hácia aquí,
Mi dedo en el cuadro fijo;
Esa es la Madre, ese el Hijo,
Murió por salvarte á tí.
Mas ¡ay! que en el tiempo vario
No la miren mis amores,
Con la cruz de los dolores

Caminando hácia el Calvario.
Si siempre estuviese así!...
Si yo la viera en mi anhelo
Abrir los ojos de cielo
Solo por mirarme á mí...
Si hicieses, Vírgen María,
Calmando mi angustia loca,
Que no dijese mi boca
Nada mas que... Madre mia!...
Y que mis brazos por lecho
Tiernamente le guardaran,
Y que nunca la arrancaran
Del sagrario de mi pecho...

. . . .

Mas ¡ay! el tiempo vendrá:
Mi voz la dará sonrojos;
Lágrimas veré en sus ojos,
¡Y por mí no llorará!
Y sufriré su desvio
Aunque triste no me asombre,
Y oiré en sus sueños un nombre....
¡Y el nombre no será el mio!
Y tras de dichas estrañas
Aunque á su amor no le cuadre,
Harán que olvide á su madre
Los hijos de sus entrañas.
Y cuando triste sucumba,
Y estienda mi brazo anciano,
¡Quizá no encuentre su mano
Para bajar á la tumba!

. . . .

Vedla; su sueño profundo
Lo arrulla el plácido ambiente;
Un cabello de su frente
Vale mas que todo el mundo.
Que no la despierte el canto
De mis pensamientos fijos,
¡Ay! el amor de los hijos
Lo pagamos con el llanto.

EL HEROISMO POLACO.

CANTO.

¡Astro del porvenir, sol de la historia...!
¡Cantores del Morbén y del Parnáso,
que iluminais el mundo de la gloria!
¡Tumbas de las Termópilas; oscuras,
abrasadas ruinas
de Sagunto y Numancia; humilde Roma,
que mísera te inclinas
presentándote al hombre
como eco solo de tu augusto nombre!...
¡Olas de Trafalgar! rugientes olas,
que sois por nuestro orgullo
capiteles de tumbas españolas...
prestadme inspiracion... el arpa inquieta
ansiosa de cantar, rompe en sonidos
que se escapan del alma del poeta;
arda potente inspiracion tu llama...
con hálito de gloria
la libertad me inflama.
Necesito cantar, como el torrente

precipitarse al Rhin ronco rodando
del soberbio Montblánc por la pendiente;
como el nublado oscuro
lanzar el rayo de su seno impuro;
como el volcan que ruje delirante
en piélagos de fuego,
indómito brotar, trás sí dejando
al ronco mar bramando,
al mundo conmovido, y al sol ciego.
. . . .
¡Escuchad! ¡Escuchad! sobre las olas
del Vístula rugiente
un grito ronco de venganza suena;
es de un pueblo gigante; en hora impía
la Mesalina vil la reina impura
que en medio de la orgia
agotaba el licor de la locura;
la que con pecho insano
llevaba eternamente,
el deleite en la frente
y el dogal de los pueblos en la mano;
la que humillando crímenes de Roma
heredó de Cartago el despotismo,
y el fuego impuro que abrasó á Sodoma;
la que empujó sus bárbaras legiones
desde el Cáucaso al Rhin, y en son de guerra
hizo temblar á la espantada tierra
con la vil convulsion de sus pasiones,
sobre ese pueblo manantial de bravos
sangrienta se arrojó; montes de muertos
humillaron las cumbres altaneras;
vencieron los esclavos,
y el ángel bueno con dolor profundo
miró trás la victoria,
que era estrecha la gloria
para guardar los mártires del mundo.
Desde entonces Polonia desolada
lloró bajo ruinas
como Roma muriendo abandonada;

cien veces altanera
en hondas convulsiones
levantó su bandera;
cien veces y otras cien se la arrancaron,
y al pisar sus girones
Dios, y justicia, y libertad pisaron.
Hoy la vuelve á elevar; ese rugido
que por el Norte truena
es su voz de venganza; el grito santo
de independencia por do quier resuena;
la guerrera legion rauda se lanza
indómita á luchar; rocas y montes,
torrentes y colinas,
peñascos inseguros
columna de los libres horizontes,
sepulcros, templos, muros,
todo con voz bendita
independencia canta;
todo vive y se agita
se anima, y se agiganta;
pues cuando una nacion se alza potente
por arrancar su dignidad perdida
de los brazos del déspota inclemente,
la patria, que es colina, y es aldea,
historia, religion, recuerdo, idea,
para impulsar al bueno
á defender su Dios y sus hogares,
da voz con ánsia loca,
al torrente, á la roca,
á la cruz, á la tumba, á los altares.
¿Y os atreveis tiranos?
detened el dogal que al pueblo abruma;
no mas sangre... piedad... roja la pluma
solloza de dolor entre mis manos...!
Cuando los pueblos por el mal se oprimen,
los ángeles se espantan,
el mundo retrocede por el crímen
y los cadalsos maldiciones cantan:
arrojad esa máscara sangrienta,

y no por contemplaros vencedores
penseis que Dios vuestra maldad consienta;
de Dios en los arcanos
no es dable penetrar; grande y profundo
por castigo da el triunfo á la mentira...
¿Lo dudais? Ved la cruz; allí se mira
vencido Dios, y vencedor el mundo.

. . . .

Pero todo es en vano... las legiones
se aprestan á luchar; del moscovita
los bárbaros pendones
al cielo cubren, y de entre ellos lanza
sus lívidos reflejos
el encendido sol de la venganza.
Los tigres carniceros
rugiendo se aproximan; las fronteras
del pueblo libre saltan;
al pié de sus banderas
brotan cadalsos; fieras se levantan
las lívidas cuchillas; á su impuro
reflejo de baldon, por la victoria
cantando guerra se despeña el muro
al grito audaz de independencia y gloria...
El bárbaro inhumano
rugiendo de furor al muro llega
con el achon en la sangrienta mano;
arde el hogar, indómitas se estienden
las llamas en hirviente remolino;
los arcos y las cúpulas se encienden,
y el fanatismo ciego
se agita en el delirio y el ultraje,
envolviendo á su Dios, que es el pillaje,
con su túnica bárbara de fuego.
Vedlos... Vedlos pasar; turba sangrienta
que rueda sin conciencia en el abismo,
la venganza en sus cánticos alienta
y en sus frentes rebosa el despotismo.
El horror, la lujuria desgreñada
ruedan tras sus pendones

de la razon afrenta; arrebatada
la muerte va tambien; con sus cañones
el *César* la llamó, y en vuelo insano
corre cantando guerra,
para escribir con tumbas en la tierra
la acusacion terrible del tirano.
¿Mas qué hacen entre tanto las severas
indómitas legiones, que valientes
levantaron al cielo independientes
pidiendo libertades sus banderas?
Corred hijos del Vístula y del Niémen
al combate feroz; alzad las frentes
al cielo libre; abandonad los láres
para buscar la tumba; el mundo entero
mañana esculpirá con brazo fiero
vuestros nombres de gloria en sus altares.
¿Os faltan armas? Escuchad... á coro
al libre sol que férvido aparece,
la creacion las ofrece
con himno melancólico y sonoro.
Yo seré tu cañon, con eco rudo
murmura en la montaña
el peñasco desnudo;
yo tu lanza seré, grita el potente
roble soberbio; con mis rudas olas
repite el ronco rio,
yo lavaré tu ultraje,
arrastrando con bárbaro coraje
los troncos víles hácia el mar bravío...
Corred... corred, valientes,
haced armas los árboles, las rocas,
y fosos los torrentes;
en las soberbías cumbres
cambiad en armaduras los peñones,
y con cadenas fabricad cañones.
Cuando la patria en las conciencias late,
la creacion es esclava del que bueno
por la sagrada libertad combate;
y el huracan y el trueno

en himno ronco formidable y rudo,
murmuran á los bravos:
«A la batalla esclavos,
que el mismo Dios os servirá de escudo.»
Mas no duermen los libres altaneros;
para el feroz combate
se animan con valor; arrebatada
Polonia altiva al contemplar su historia,
va á luchar otra vez por patria y gloria
con fé desesperada.
Las huestes ya se estrechan; las llanuras
sangrientas de Wagrén sienten sus pasos
retumbando en modernas sepulturas;
cual móviles riberas
de un mar de fuego que tormenta amaga,
se acercan las banderas
de las contrarias huestes; ya retumba
el sonoro cañon... ¡Dame, Dios mio,
el rayo puro que abrasó el salterio
del divino profeta; dá á mi frente
las voces agitadas
con que al sol de tu gloria
te bendicen las aguas despeñadas;
dáme el grito divino
de toda la creacion; que el arpa mia
resuene entre mis manos
con mística armonía,
para que oigan absortas las naciones
tu magnífica voz en mis canciones!...
Los enemigos con furor se chocan;
truena el cañon; relámpagos de fuego
la tempestad provocan;
con vuelo arrebatado
la muerte audáz en remolino ciego
en la metralla rueda; el conmovido
suelo que en otros dias
de Bonaparte al bélico alarido
sepulcro fué, sobre sus capas duras
vuelve á sentir la azada de la muerte,

que arroja con anhelo
la semilla del mártir á la tierra,
para que el alma que aventó la guerra
como espiga de luz flote en el cielo.
Sigue el combate; en montes se acumulan
los troncos destrozados; de los libres
la pequeña legion, vacila al peso
de la hueste gigante; los cañones
á los buenos rodean;
los libres batallones
ya mueren, no pelean;
en la mano la espada desfallece
cansada de matar; un solo instante,
y las libres banderas
donde flota de patria el grito santo,
rodaron con espanto
entre el ronco clamor de las panteras.
Mas no lo quiere Dios; de pronto un grito
llena los vientos; tiemblan los verdugos
á su profundo son; Polonia siente
nueva vida á sus ecos; cual matrona
magnífica y potente,
alza su voz y á la batalla zumba,
y agita su corona,
y con brazo feroz cierra su tumba.
Doscientos héroes son que á las legiones
débiles y oprimidas
quieren salvar; «atras, atras» repiten
con magnífica voz; por patria y gloria
vamos á la pelea;
la muerte es la victoria;
bendito el nombre de la patria sea.»
Dicen... juran... y van; con pecho fuerte
indómitos se agitan, y se lanzan
con la patria en el alma hácia la muerte;
ya al bronce llegan; el hirviente acero
se hunde en pecho enemigo
con espantoso afan; aun mas avanzan;
el ronco cañon cede;

panteras y leones
rugiendo en las cureñas se afianzan;
¡la muerte retrocede!
queda en el aire la encendida tea
suspensa en el puñal; vacila un punto,
mas desciende despues; el bronce grita
con estertóreo son; ¡venganza! suena,
y el rudo brazo de la muerte agita
con doscientos cadáveres la arena.
¡Muertos!... ¡muertos!... ¡Dios mio!...
cuando alumbraba apenas
la aurora de la vida
con rayos misteriosos sus cadenas...
cuando la ciencia porvenir de oro
les mostraba en su cielo refulgente...
y al contemplar su historia
pensaban levantar un sol de gloria
de su patria magnífica en la frente;
cuando do quier veian
madres que los besaban;
vírgenes que su amor les prometian;
cuando en ensueño juvenil pensaban
que hasta los astros de oro
con sus rayos de luz los saludaban...
Mas, ¿por qué ese dolor?; calma, poeta,
la cancion de amargura,
que salta en olas desde el alma inquieta.
¡Callad!... ¡callad!... esposas sin ventura,
que al huérfano apretais en vuestro seno
con bárbaro dolor; mata tus penas,
pobre vírgen que vás á tus hogares
porque esperaste en vano en los altares
con la frente cubierta de azucenas.
¡Cálla! madre sombría,
tú que con lábio fijo
repites la agonía,
de esa dulce María
que llora como tú, muerto á su hijo!...
¡Callad!... ¡callad!... la muerte es la victoria,

cuando al sepulcro lóbrego se rueda
cubierto con el manto de la gloria;
así cayeron ellos; si os oyeran,
en el sepulcro mudo
de rábia y de dolor se estremecieran;
indignos de su gloria os juzgarian;
y en pos de sus enojos,
de la muerte á la vida volverian
á arrancaros el llanto de los ojos.
Cuando la pátria al grito de su historia
al hijo bueno á la batalla escita,
el sepulcro es la gloria;
sobre el cadáver la victoria grita,
y la pátria potente,
cual sol que asoma tras borrasca hirviente,
en la tumba del mártir resucita.
No con llanto se rompen las cadenas
que labran los tiranos;
la fé que hunde peñascos y montañas
y arranca de los mares los arcános;
la fé que para el bueno en la pelea
es el brazo de Dios; la fé que es muro
donde flota seguro,
el estandarte santo de la idea;
la fé potente á cuyo solo nombre
se achica el mundo y se engrandece el hombre
esa espada será de la victoria
para el pueblo valiente, que en vil yugo
quiera arrancar su gloria
de los brazos sangrientos de un verdugo.
Madres, padres, hermanos...
luchad con fé; que en sus potentes brazos
Polonia se levante,
y al tropel de los déspotas espante.
Que «¡á la batalla!» grite
con fé robusta la nacion entera,
y en pos de una bandera
con solo un corazon se precipite:
y... si acaso arrollada

vuelve á ser otra vez; si la matrona
vuelve á ver su corona
en la frente del déspota elevada...
imitad la conducta de los bravos,
y en el hondo sepulcro entrad serenos;
que á los ojos de Dios y de los buenos,
las tumbas valen mas que los esclavos.

LA ÚLTIMA HORA.

Suena el lúgubre tambor
como un recuerdo que llora;
la aguda campana implora
la clemencia del Señor;
el pueblo murmurador
ruge cual ronca pantera,
y envuelto en saya severa
el criminal con pié falso,
sube al terrible cadalso
una tras otra escalera.

—

Llega, se para... y suspira;
dirige la vista al frente,
y vé al dogal inclemente
que lo llama... y que lo mira;
ve al sacerdote que gira
pidiendo que en bien sucumba;
oye como el pueblo zumba,
y allá en la mansion sagrada,
mira moverse la azada,
que está cavando su tumba.

—

De pronto su pensamiento

vibra recuerdo olvidado,
y de Dios y del tablado
se aparta con desaliento:
terrible, por un momento,
el dolor mata su fé:
pues lejos... muy léjos, vé,
la montaña azul... la aldea...
y su casa que blanquea,
de la santa iglesia al pié.

—

Y vé al tristísimo hogar
que espanto y dolor respira;
ve á su esposa que suspira,
y oye á su madre llorar;
escucha balbucear
al hijo su nombre odiado;
y oye al vulgo desalmado
repetir con voz sonora...
«Ese huérfano que llora,
es hijo de ajusticiado...!»

—

Calmando al fin su ansiedad
vuelve á la vida, y advierte,
que el palo le dice... «*muerte...*»
y la cruz... «*eternidad*»:
lleno de santa humildad
se arrodilla con fervor;
y en un éxtasis de amor
levantando el crucifijo
pone entre el dogal, y el hijo,
los brazos del Redentor...!

—

Ya todo lo vé desierto...
muere su esperanza ciega...
el verdugo, al palo llega...
la campana toca á muerto...
pasando con paso cierto
va un instante... y otro instante...
Él los cuenta, y anhelante,

á cada instante que pasa,
vé la vida mas escasa...
y la muerte mas delante...!

—

Por fin agitado aspira
el último soplo leve;
cruge el tablado; la plebe
no quiere mirar... y mira...
el sangriento dogal gira;
¡perdon!... murmura, ¡perdon!...
y en la postrer convulsion
la muerte con brazo rey,
entrega el cuerpo á la ley,
y el alma á la religion!...

Á MARCO BRUTO.

SONETO.

Detén el vil puñal; detén tirano
la accion estoica de tu brazo fiero;
de la santa virtud el átrio austéro,
no se atraviesa con puñal en mano.
¡Pátria! repites con afan insano
al levantar la muerte en el acero;
¿por qué la invocas en el golpe artero?
la pátria es noble, y el puñal villano.
¡Roma es ya libre! corre al Aventíno
que con lauros te espera en sus cabañas:
mas esconde el puñal dentro del lino;
¿No lo ocultas aun... aun lo acompañas?
¡Por mentida virtud, fuiste asesino...
lo tendrás que esconder... en tus entrañas!

MEDITACION.

I.

El sol resplandeciente
Los nacarados mares ilumina
Por la postrera vez desde Occidente;
En alta mar, doliente
Se escucha el són de la cancion marina.

—

La noche va llegando;
El espacio de sombras se reviste;
El mundo suspirando,
Parece que se duerme preguntando...
¿Manantial de la luz, por qué te fuiste?

—

Su canto vespertino
Repite el mar como en pasados dias;
Cumpliendo su destino,
Levanta sin cesar en su camino
Espumas y armonías.

—

El aura silenciosa,
Sobre el dormido mar tímida vuela:
La luna candorosa
Va dejando en su marcha misteriosa

Un suspiro de luz en cada vela.

—

Todo es murmullo, amor, arrobamiento,
Y el mar dice á la brisa
Y le dice á la mar el firmamento,
«Nuestro amado Señor está contento,
La calma es su sonrisa.»

II.

Negras nubes en bandas tenebrosas
Por el cielo cual águilas estienden
Sus alas pavorosas:
Las aguas borrascosas
A la luz del relámpago se encienden.

—

Volando en ráudo vuelo
Las aves con sus cánticos espantan;
Todo es terror y anhelo;
Las olas se levantan
A recibir las órdenes del cielo.

—

Ruje el trueno sombrío;
Del relámpago audáz surca la llama
Las ondas del vacío;
El huracan proclama
Del cielo y de la tierra el desafío.

—

El rayo centellea
Despedazando de la nube el seno;
El huracan los árboles cimbrea,
Y se oye entre el rumor de la pelea
El choque horrible de la mar y el trueno.

—

Todo es terror, y sombras, y locura,
Y en tanto que la tierra se desquicia,
La borrasca murmura
Del Supremo Hacedor yo soy hechura...
Mi rabia... es su justicia.

SERENATA.

Lirio del valle,
luz de la aldea;
lago tranquilo
de olas serenas:
huye del lecho
sal á la reja,
y recoge el suspiro que brota
de mis endechas.

—

La blanca luna
con luz serena,
toca los bordes
de tu cancela;
duermen los prados,
duermen las selvas,
duermen las aves
en la arboleda;
todo calla, y reposa tranquilo
junto á la aldea.

—

Dicen que há noches
cantó á tus rejas
forma amorosa

cantigas tiernas;
que habló de amores
á tu alma buena;
que tu le adoras
y que él te deja;
dicen que sufres;
que las violetas,
con tus caricias
ya no se alegran;
que ya no cantas,
que ya no juegas;
que lloras mucho
si de él te acuerdas...!

. . . .

No llores niña...!
la vida entera,
es un gemido,
es una queja.
Si tan temprano
de tu inocencia
torpes afanes
arrancan penas,
para el tiempo en que el alma padece
niña.... ¿qué dejas?

. . . .

Mira que el llanto
que hoy te consuela,
huye, y no vuelve
cuando se aleja;
que sus raudales
al fin se secan
dejando en torno
lava que quema,
y que el pecho se rompe á los ayes
de la tormenta.

—

Lirio del valle
flor de la aldea;
lago sereno,

blanca azucena...
Yo se que tienes
donde tu rezas,
de la Vírgen bendita una imágen
cándida y bella:
rézale mucho
niña hechicera;
de la montaña
corta violetas,
besa sus manos,
cuida sus trenzas,
y ella, que és madre
del alma buena,
besará con su aliento las flores
de tu inocencia.

Á UN MAL POETA ROMÁNTICO.

SONETO.

Escritor funeral; génio sin cena;
cantor de tumbas y demás horrores;
pérpetuo cazador de ruiseñores;
espéctro sin dinero y con melena.
Funerario conserge de la pena;
perseguidor de párcas y dolores;
Sáfo varon, que al recordar amores
quieres morir por abreviar la escena...
Deja la muerte ya... mas por si aspira
tu génio á abandonar la humana zona,
no busques árbol, ni cordel ni pira;
Oye mi voz que la verdad abona;
ponte al cuello las cuerdas de tu lira,
y cuélgate despues... de tu persona.

EUROPA Y SIRIA.

ODA.

¡Qué triste voz! ¿qué ronco clamoreo,
viene á aumentar el doloroso grito
de la Europa infeliz? adonde suena
ese gemido de dolor profundo,
doliente é infinito,
que estremece la atmósfera serena,
y con olas de horror oprime el mundo?
Brotó en las rocas donde posa el vuelo
el águila gigante
que altiva corta el cielo,
cuando al Jordán dirige su camino
á azotar con sus plumas
del arroyo divino las espumas;
allí, donde levanta con fiereza
el Líbano frondoso
sepultada en jardines la cabeza;
en ese suelo hermoso,
del árabe vergel; del griego oriente;
historia viva que el pasado enseña

al que en el mundo sin cesar camina,
mostrándole un espejo en cada ruina,
y un reguéro de luz en cada peña.

. . . .

De allí el grito partió; pujante el eco
del mar de Grecia atravesó las olas;
Italia en medio de sus sueños de oro
la voz de libertad deja pendiente
en sus lábios de sangre; enjuga el lloro
que cien años de guerra le arrancaran,
y sintiendo valiente
latir con fuego el corazon cristiano,
tiende á Siria la faz llena de enojos,
y no miran sus ojos
las bóvedas rodar del Vaticano.
A un mismo tiempo el funeral rugido
espantoso resuena
del poderoso Cáucaso en la frente;
en las aguas soberbias del Danubio;
estremece los bordes del Vesubio,
y las brillantes márgenes del Sena:
en la orilla del Támesis sombrio
se estrella arrebatado,
y arrancando do quier olas de lloro,
vá desde el Rhin bravio,
del Bétis claro hasta el raudal sonoro.

. . . .

Europa entera se conmueve y mira;
asombradas escuchan las naciones
el canto criminal; «mirad,» se dicen,
«la raza impura, la sangrienta hiena
que tantos siglos ostentó salvaje,
de nuestros pueblos para eterno ultraje
entre las razas libres su cadena,
vuelve á salir de su feroz guarida;
y hambrienta destrozando
cuanto reflejan sus sangrientos ojos,
vá montes de despojos
en su carrera bárbara dejando.»

Y los pueblos de Europa conmovidos
ante la sangre que en la Siria humea
á la fuerza prensando sus enconos,
vuelven sus ojos de dolor heridos,
quizá buscando reyes
amantes de Jesús, sobre los tronos.

. . . .

¡Que espectáculo, oh Dios! el Sacro Templo
es ceniza no mas; hechas girones
las aúreas vestiduras
por el suelo se ven; la sangre humea
sobre el cándido altar; los consagrados
vasos benditos que al Señor levanta
entre nubes de incienso el Sacerdote,
en manos del errante beduino
burla y escarnio son; el ara santa
que ayer á Dios tuviera,
bajo el peso se espanta
del salvage brutal ó de la fiera;
las hijas del cristiano,
de la selva hácia el monte van huyendo;
llorando vá el anciano
hácia el Señor tendiendo
sus brazos con pavór, y en tanto impia
la turba destructora
persigue y mata á la indefensa gente,
llevando asoladora
de lujuria y furor tinta la frente.
¡Cuán grande es el Señor! su poderío,
es insondable arcano
que en vano el alma descifrar procura;
El abre al Israelita
ancho camino en la corriente brava
del mar arrebatado, y en su seno
sepulta á Faraón; su gloria abruma,
envolviendo su pueblo y su corona
en turbulentos piélagos de espuma;
Él hace rebosar al Occéano
sobre las altas cumbres

postrer baluarte del poder humano;
de miedo llena el corazon valiente
del fiero Baltasar, y ve su trono
flotando en la corriente
del Eúfrates cruel; hunde á Sodoma
en rojos mares de ceniza y fuego,
y con su aliento que á los orbes doma,
hace en su poderío
templo y altar de la creacion entera
la inmensidad gigante del vacío.
El agita la mar; da vida al viento;
ilumina las pálidas estrellas
que viven de su aliento,
y porque al cielo y á la tierra asombre
lo incomprensible de su amor profundo,
él hace al hombre para darle un mundo,
y baja al mundo por salvar al hombre.
¡Y Dios ve al hombre osado
su grandeza insultar...! ¿A dónde tienes
el rojo rayo á tu mandato ciego
que á Babilonia hundió? ¿Dónde, las llamas
que en una hora trocaron
á Pentápolis vil en mar de fuego?
¿Dó la gigante ola
que rompiendo soberbia su palacio,
cubrió cantando guerra
con sus entrañas de cristal la tierra,
y los anchos cimientos del espacio?
¿De la sacra justicia
¡oh Dios! aun no es la hora? ¿ó es que esperas
que la Europa tremole sus banderas,
hoy que llorando ha visto
tinto en sangre cristiana
el mármol sepulcral de Jesucristo...?

. . . .

Años hace, que ardiendo las naciones
al soplo de un gigante
que quiso con esfuerzo delirante
al mundo cobijar con sus pendones,

en purísima sangre se teñian;
era un déspota audáz; su sueño de oro
como su genio y su ambicion profundo,
era de Europa transformar las leyes,
y fundir las coronas de sus reyes
en una sola que abarcára el mundo.
Y el coloso se hundió, y otros vinieron...
y por un paso mas en sus fronteras
en sangre sumergieron
su corona, su trono y sus banderas;
y eran todos cristianos...
el nombre de Jesús, desde la cuna
la antorcha fué que les abrió camino
del mundo por mitad, y cuando un dia
cruzando tierras ó rugientes olas
al rudo canto de la guerra impía
desplegaban sus régias banderolas,
el viento que sus pliegues agitaba
la santa cruz sobre el pendon besaba.
Y esos reyes que en alas de la guerra
lanzaban sus tesoros y vasallos
por arrancar á otras naciones tierra
que arrojar á los pies de sus caballos,
no escuchaban el grito
que tantos siglos agitando viene
los rojos arenales
de la abrasada Siria; no miraron
los altos minarétes
de la ciudad de Dios, siendo por mengua
trono del *Almuedén;* no vieron ellos
al árabe cruel dormir tranquilo
en la tumba de Abrahám, ni á sus camellos
pastando en las laderas
del Gólgota infeliz; ¡ay! ni pensaron
que las sacras ruinas
donde de Cristo se asentó la cuna
quizás hundidas, viejas,
sirvieron de guarida á los leones
ó de sucio redil á las ovejas.

No vieron á las vírgenes cristianas,
tenidas por rameras
del déspota feroz en los harenes;
ni en el desierto al pie de las palmeras
miraron al errante beduino
en brazos del festin, alzando acaso
la cabeza del triste peregrino,
en su sangrienta saturnál por vaso.
¿Y aun hemos de sufrir? ¿Cómo las naves
en las alas del viento,
no llevan al cristiano
á otro lado del mar? ¿Por qué no truena
el lúgubre cañon, que con su acento
de horror y miedo los espacios llena?
¿Cómo el clarin sonoro,
y el herrado corcel, que alza valiente
del rey cristiano el paramento de oro,
no van cruzando la abrasada tierra
al grito rudo de venganza y guerra?
Las vírgenes llorosas,
piden venganza en el desierto llano;
en las movibles losas
que cobijan los restos del cristiano,
¡guerra! grabado está; ¡guerra! murmura
el último gemido
del anciano flotando en la espesura;
y al ver del buque la gallarda popa
mecerse altiva sobre el mar gigante,
la víctima espirante
sus brazos tiende á la cercana Europa.
A ellos guerreros: ya los arenales
que treinta siglos el murmullo oyeron,
de las naciones que en el polvo hundieron
sus frentes criminales,
esperandoos están; de la venganza
al fin sonó la hora;
ya por el mar avanza
el buque Galo, en la tajante próra
de guerra y destruccion llevando el lema;

ya los aceros en el aire brillan,
y ya el cañon que retumbando quema,
del plácido Jordán despierta el eco,
diciendo al són de su tronar profundo...
¡en el nombre de Dios, despierta mundo...!
¡Á ellos, cristianos...! el feroz beduino
temblando guarda en la caverna impura
la copa y el puñal del asesino;
sacudan nuestros míseros hermanos
ante la luz que en occidente asoma
de ese pueblo cobarde el torpe yugo,
y rodará el verdugo
á los pies de la cándida paloma;
y su valor veremos
transformarse en baldon y eterna mengua,
cuando en sus grutas lóbregas entremos
á turbar el festin de los blasfemos
y á azotarles el rostro con la lengua.
Al fiero galopar de sus corceles
que fecundan los sirios vendabales,
se cubrirán sus yermos arenales
de espesísimas selvas de laureles;
y su sangre á torrentes derramada
impura huyendo de la luz del dia,
de la montaña llenará las bocas,
y bajará rodando por las rocas
al hondo seno de la mar bravia.

. . . .

¡Atrás, esclavos! del error la niebla
se arrastra ante la *luz;* ese ruido;
ese lento y contínuo clamoreo
que los espacios ardorosos puebla;
ese rumor que sin cesar levanta
del lecho del error vuestros asombros,
lo hace la humanidad, alzando en hombros
un nuevo mundo que al antiguo espanta;
que el árbol de la cruz; ese árbol santo
que con auras de fé mece la tierra;
esa luz soberana,

que de cadalso vil pasó en un dia
á ser fanal de la razon cristiana,
con amorosos lazos
va á confundir las razas y los nombres,
haciendo de los hombres
una sola familia entre sus brazos.
Y la tierra que altiva nos provoca,
ha de ser el gigante coliseo
dó lucharán atletas las naciones;
Ricardos... Lusiñanes...
de las tumbas alzad... sobre los muros
de la oriental Damasco, los pendones
de la fé y de la luz al aire ondean;
Jerusalen se puebla de guerreros;
las torres de Bendék se bambolean
al golpe triunfador de los aceros;
las aguas del Jordán abren camino
al siervo de Jesús; sobre el Calvario
se postra sin temor el peregrino,
y colgada en los místicos laureles
sus cánticos suspira
de un nuevo Tasso la templada lira.

. . . .

¡Qué hermoso porvenir! sobre las cumbres
del gigantesco Líbano, bañada
por la lumbre del sol, la cruz divina
se eleva magestuosa
dominando el jardin de Palestina.
Ante su rayo ardiente
que el Eúfrates refleja
en las olas de luz de su corriente,
el *imperio celeste* se levanta;
el canto del cristiano
se estrelló en las riberas
del Gánges colosal, y ante los ecos
que retumbaron en los hondos huecos
de sus anchas y graves cordilleras,
los pueblos estrechándose las manos
gritaron con amor... ¡todos hermanos...!

Y cruzan las arenas del desierto
libres locomotóras y wagónes
el comercio y la ciencia fomentando:
y del Obí y del Lena por las olas,
se miran resbalando
de China y del Japon los pabellones
entre naves francesas y españolas.
Y mudos los cañones
no levantan su voz, ni los festines
de impuras saturnales
adulan con sus ecos
de esa raza maldita de caínes
que unidos todos, y á su pátria fieles,
á los pies del altar brotan Abeles.

. . . .

Y Siria santa encenderá la hoguera
que ha de estender al soplo del cristiano
su luz de gloria por el Asia entera.

. . . .

Pero vana ilusion; los altos reyes
con calmar á los pueblos se contentan;
de Damásco y Alépo en los mercados
las tajantes cuchillas
sobre el tablado fúnebre se asientan;
¿Y basta ya?... Si las ofensas fueran
á los reyes, no á Dios; si ellos heridos
en lo que llaman honra se sintieran,
para calmar su enojo soberano
no bastára de sangre un Occéano.
¿Qué quiere decir esto? ¿porqué estalla
rugiendo el corazon?... Los *pueblos* quieren
su sangre derramar en la batalla;
librar á Siria de ultrajante yugo,
y mirar en la mano del guerrero
la espada del cristiano caballero...
pero jamás el hacha del verdugo.

. . . .

Silencio... basta ya... la frente loca
que la lumbre bebió de los altares,

un punto deliró; calma poeta
la inspiracion sagrada
que salta en olas desde el alma inquieta;
no mas en dulce tono
sigas cantando el nombre del cristiano;
¿buscas laureles? á los pies del trono
canta, y los hallarás; besa la mano
que ostenta el cetro real... ó aunque te asombre
de mi triste sentencia lo profundo,
haz tu lira pedazos, en un mundo,
en que por mas que Dios se tiene el hombre.

ANTE

LA TUMBA DE ESPRONCEDA.

El dia primero de Noviembre.

Esa es su tumba... su cadáver frio
descansa en paz; un grito delirante
lanzó diciendo: «*¡el universo es mio!*»...
y hoy.... polvo solo es.... la noche oscura
del incierto no ser guarda sus restos
cobijando su humilde sepultura.
Ni una luz, ni una flor, ni una corona
en su tumba se ven; pasan y pasan
las turbas silenciosas
sobre otras urnas derramando rosas,
y no ve el alma inquieta
acercarse una forma dolorida
á rezar en la tumba del poeta.

. . . .

Mas yo llego hasta tí, sombra querida;
cuando la infancia me dejó, inocente
tus cantos escuché; del sol divino
un rayo se posó sobre tu frente

que hirió mi corazon, y el alma mia,
el mundo comprendió que tú soñabas,
cuando en alas del génio te elevabas
por la desierta inmensidad sombría:
¡Oh! ¡cuánto te admiré!... ráudo, sin tino,
cruzando arrebatado
por tu inmenso y magnífico camino,
ví otros mundos flotar; de otros placeres
la copa embriagadora
á mis lábios llevé, y el dulce aliento
aspiré de las vírgenes mujeres
que arrojaba en tropel tu pensamiento.
Y yo... monarca allí, fiero escuchaba
con bárbara alegría
la voz del trueno que ante mi rugía;
¡y volaba! ¡y volaba!...
y flotando en confuso remolino
el horizonte inmenso se ensanchaba...
jamas en mi camino
un obstáculo hallé, y el pensamiento,
cruzaba arrebatado
teniendo en su carrera,
el sol por carro, por corcel el viento,
por pedestal, la humanidad entera!...
Y luego desperté; pequeño, humilde
me ví en la tierra; á mi alredor giraban
otros seres cual yo; de sus amores
busqué el florido edén, y la mentira
me salió á recibir; entre las flores
que brinda la amistad hundí la frente,
y espinas dolorosas la ciñeron;
de pena amarga lloro
por mis ojos saltó, y al fin... demente
maldije al ver á la mezquina gente
rindiendo culto á la ambicion y al oro.
Y recordé tu acento dolorido....
no hay amor, ni amistad, todo es mentira;
el mundo es un sepulcro que navega
con velas de dolor; la gloria nada;

un sueño los placeres; la fé ciega
pálida luz entre la noche oscura;
la negra desventura...
esto solo es verdad; con un gemido
de la cuna arrancamos,
y al entrar por las puertas del olvido
cansados de llorar, nos lo dejamos;
miseria es todo y ambicion y duelo;
¡ah! ¿porqué en mi agonía
tan sin encantos se me muestra el dia,
tan pobre el mundo y tan oscuro el cielo?
Otra vez escuché tu voz doliente;
el arpa funeraria
alzaba entre el delirio una plegaria
perfumada en el ámbar de tu frente:
llorabas tú; la tumba removida
estaba aun á tus piés; allí guardada
quedaba para siempre,
con tu amor criminal, tu fé sagrada.
¡Teresa!... con amante desvarío
gritaba tu dolor, y allá lejano
el dulce nombre de tu dicha hermano,
cantaba el mar y murmuraba el rio.
En golfos de dolor el laud bañaste,
y un poéma de lágrimas sin cuento
el mundo recogió; triste poema
que agita al pensamiento,
oprime el corazon, y el alma quema.
Escuchando tus quejas, un recuerdo
vino á herir mi razon; tambien la tumba
guardaba de mi amor restos queridos...
¡mi madre!... y yo infeliz, al oir tus ecos
por la desgracia heridos,
llorando repetía...
si con tan dulce acento yo cantara
el nombre de mi madre cantaría.
Mas ya la noche plácida y serena
por las montañas viene; en los sepulcros
la paz vuelve á reinar; flota el silencio

tras de la turba de recuerdos llena
que corre en polvoroso remolino
á sus dulces hogares; ya la luna
envuelta de la noche en el misterio,
empieza su camino
con su lumbre bañando el cementerio.
Calló su voz la humanidad doliente;
perdió su aliento el áura enamorada,
y la campana que aturdió mi frente
tambien se duerme de llorar cansada:
su cáliz abren las risueñas flores
al beso de las sombras, y entretanto
la mano del pasado triste y fria,
cava la fosa al espirante dia.
¡Todos se van!... las lágrimas se secan
fuera de los sepulcros; la ventura
se alza tras el dolor, y ¡ay! indecisa
vá borrando una plácida sonrisa
el llanto que arrancó la sepultura.
Se fueron yá... silencio, paz y calma...
el mundo duerme cual cansado atleta;
¡brisas de muerte... refrescad el alma
que no cabe en la frente del poeta!
Allí la humanidad... aquí... el olvido;
allí el placer que al corazon pervierte;
aquí el descanso para el pecho herido;
allí la vida... á mi alredor la muerte.
Aquí el mañana pavoroso y frio
puerta de *un mas allá* que el hombre espera;
aquí la inmensidad; aquí el vacío;
la ciudad de las tumbas, que severa
confunde el polvo del que en carros de oro
la púrpura arrastró, con el impuro
de la ramera vil, que en honda guerra
con la santa virtud, bajó á la tumba
á ocultar su rubor bajo la tierra.
Allá lejos los ecos de la orgía;
gritos de maldicion, besos traidores,
acentos de alegría,

sarcasmos, esperanzas y dolores;
aquí... solo el ruido
sordo, lento y tenáz, con que inhumanos
en turba miserable y asquerosa
se arrastran los gusanos,
buscando en su ánsia inquieta
el seno de la hermosa,
ó la apagada frente del poeta!
¡Cantor del mundo... adios; duerme tranquilo;
indiferente, por tu losa humilde
pasó la humanidad; tú la cantaste,
y ella te olvida! compasion tan solo
inspira al alma su desden profundo;
te olvida á tí, que desde polo á polo
dominastes el mundo
diciendo con fiereza;
«cuanto abarca mi frente poderosa
es mezquino escabel de mi grandeza.»
¡Pobre generacion! indiferente
ha de cruzar mañana
otra generacion sobre tu frente.
¡Quien sabe! acaso el mundo
escucha aquella voz altiva y clara
con que arrogante un dia
le arrojaste sus vicios á la cara,
y teme ante tu losa
ver alzarse tu sombra gigantea,
mostrando por enojos
á sus nécios y míseros agravios,
el desprecio valiente de tus ojos,
y la amarga sonrisa de tus lábios.
¡Adios, poeta! si mi triste canto
tu paz vino á turbar, mi voz perdona;
es que quise dejarte una corona
bañada con las olas de mi llanto:
por tu amor la tejí, y ahora sin calma
la pongo en tu sepulcro... ya me alejo;
¡adios! ¡adios! en mi corona dejo
todas las flores que encontré en el alma.

¡Las lágrimas se agolpan á mis ojos
al contemplar tu triste sepultura...!
¡Solo... nadie ante mí!... ¿pero, qué importa
ese desden profundo
con que mezquino te desprecia el hombre,
si tengo yó para guardar tu nombre,
un altar tan gigante como el mundo?

LA CATEDRÁL DE JAEN.

Sobre un monte á cuyo pié
duerme una ciudad sombria,
juntos se vieron un dia,
la Duda, el Arte y la Fé.
La Duda lívida, impura,
tal cual los ámbitos puebla,
llevaba un manto de niebla
por única vestidura.
El Arte, un rayo de lúz
sobre su cetro esplendente;
la Fé, su antorcha en la frente
y entre las manos la Crúz.
«¿Quién sois?» La Duda gritó
ronca mostrando sus celos;
«Somos luces de los cielos;»
el Arte le contestó.
«¿Y tú?» «La estrella que lanza
rayos de dolor profundo;»
«¿Quién és tu enemigo?» «El mundo;»
«¿Qué te falta?» «La esperanza.»
«¿Y á dónde vosotras dós
vais en tan dulce corrida?»

«hacia esa vega florida,
á elevar un templo á Dios.
Desde ese plácido edén
que forman bosques oscuros;
por enmedio de esos muros
en que se asienta Jaen,
Ha tiempo que alzan sus manos
codiciando nuestras flores,
caballeros, y pastores;
sacerdotes, y aldeanos:
Sobre esa fronda bravía
que es de galanura ejemplo,
quieren elevar un templo
para la Vírgen María:
En él cantarán las penas
de esa Madre de las flores;
en él con manos de amores,
pondrán lirios y azucenas:
En él cuando la oracion
resuéne en himno sonoro,
PADRE, gritarán á coro,
mándanos tu bendicion.
Y en él sus almas sencillas
verán cantando su nombre,
que nunca és mas grande el hombre,
que cuando está de rodillas.»
«¿Qué harán en el Templo?» «amar.»
«¿Y despues de amar?» «creer:»
«¿Cuál será su premio?» «ver.»
«¿Y su tributo?» «rezar.»
«Basta...!» gritó con dolor
la Duda triste y doliente;
«todo sueña, todo miente;
no hay ventura, no hay amor.
Yo entre la niebla escondida
del gran pensamiento humano,
busco siempre, y busco en vano
las esencias de la vida.
Siempre de un sueño detras

agitándome do quier,
há siglos que busco al SER
y no lo encuentro jamás...!
En ese inmenso occeáno
que del espíritu brota,
dicen que su luz remota
profundiza todo arcano;
Y de mi delirio en pós,
aunque en vértigo me agito,
no hallo ese mundo infinito
que tiene por nombre... Dios...!
Colón que acaso delira,
se alza el críterio infecundo;
quiere llegar á ese *mundo,*
y ese *mundo* se retira.
Por eso mi voz le asombra;
porque és mi tiniebla tanta,
que hasta la noche se espanta
cuando penetro en su sombra!
«A Dios buscas... ¡ay de tí...!»
dijo llorando la Fé;
«Dios se siente, y no se vé;
ven, lo sentirás en mí.
No vé á Dios, quien loco intenta
sorprenderlo en sus arcanos;
quien en delirios tiranos
la fé y la razon afrenta;
Nó el que con ánsia mezquina
blasfema en horrendo grito,
y quiere de lo infinito
romper la santa cortina...
Vé á Dios, el hombre que en calma
lleva un amor misterioso;
el que mira con reposo
la Jerusalen del alma.
El que se levanta fuerte
sobre la materia impura;
el que con planta segura
pisa el trono de la muerte;

El que siente la verdad;
el que á la virtud dá flores;
el que lleva en sus dolores
la luz de la eternidad...

. . . .

Cuando ruge el occeáno
y el trueno su sien corona,
rasgando la blanca lona
del pobre batél lejano,
Si hay un pecho noble y fuerte
que pone en Dios confianza,
Dios está, en esa esperanza
que se resiste á la muerte.
Está en el dolor que implora
junto al cadáver querido;
está en el santo gemido
del que reza cuando llora.
Vive en la dulce inquietud
del que aspira á otra existencia,
tiene templo en la conciencia;
tiene altar en la virtud;
Por eso no alces en pós
de la soberbia tus alas;
que en la sombra, no hay escalas
para llegar hasta Dios.»

. . . .

Calló la Fé; arrebatada
alzó el Arte su cabeza;
«contempla bien mi grandeza»
dijo á la Duda espantada.
«Buscando al Supremo Ser,
la humanidad me llamó;
el Santo Amor me engendró
coronándome el saber.
La belleza fué mi ley;
el mundo acató mi imperio;
en uno y otro hemisferio
grabé mi cetro de rey.
Forgé estátuas colosales;

sacudí montes y breñas;
á Dios cantaron las peñas
con acentos inmortales.
De amor el lazo fecundo
hizo al orbe mi proscenio,
y al santo soplo del genio
llené de belleza el mundo:
Aquí el altar; en la roca
la tumba de luz ceñida;
bajo la montaña erguida
cuya cumbre al cielo toca,
El claustro triste y severo
por donde Bráhma mezquino,
abre al amor un camino
colosal y duradero.
Lejos el dólmen sagrado;
allá el portico valiente;
la piramide potente
que mira el tiempo asombrado,
Sobre la márgen que agita
del Nilo el embate rudo;
mas lejos, cual templo mudo,
la roca del Troglodíta.
Donde quiera una creacion
canta mi ley soberana;
la eterna corriente humana
lleva en hombros mi blason,
Porque Dios al darme asiento
en la vida y en la historia,
me dió un rayo de su gloria,
y un suspiro de su aliento.

. . . .

Calló el Arte; triste y muda,
vacilante y conmovida,
confesándose vencida
se hundió llorando la Duda;
Y cuando solos quedaron
la Fé y el Arte divino,
para cumplir su destino

sobre el monte se abrazaron.

. . . .

Entonces del génio al grito
como fantasma evocado,
sobre el terreno trazado
se alza el pilar de granito.
La cumbre dobla su alteza;
sacude el acha el obrero;
el genio fuerte y severo
llama á la naturaleza.
En gran concierto sonoro
los artistas inmortales,
celebran los esponsales
de la roca con el oro.
Crece el muro colosal;
la nave se alza y alienta;
fuerte la columna asienta
su mole en el pedestal,
Y al beso de los cinceles
que ornan el santo recinto,
brotan flores de Corinto
de los altos capiteles.
Sobre base soberana
el arco vibra y cimbréa:
piédra á piédra, va la idea
recibiendo forma humana,
Y el artista alzando vuelo,
fija la fé en su estandarte,
con flores que coge al arte,
teje coronas al cielo.
Detalles grandes y leves
forman concierto sonoro;
ya brotan formando coro
flores, frisos y relieves;
Ya en las columnas mas puras
los nobles arcos se aferran;
ya las bóvedas se cierran
sobre las naves seguras;
Con metro divino cantan

cien estátuas á porfía;
titánes de la armonia
los órganos se levantan,
  Y el genio del arte en pós
da á la cúpula su brillo,
dejándola como anillo
de aquella esposa de Dios.

. . . .

  Los años pasando van,
y el templo su mole ostenta;
lo que por Dios se sustenta
los años no lo hundirán.
  Corren y corren edades
junto á la Iglesia grandiosa;
por su cúpula ostentosa
resbalan las tempestades,
  Y eterna y firme levanta
su continente sereno;
ni la hace temblar el trueno,
ni la muerte la quebranta.
  Y es porque la alta piedad
los frutos del bien aprueba;
y lo que por Dios se eleva,
tiene luz de eternidad...

DANTE.

SONETO.

Colóso entre los génios soberanos,
te alza la gloria en pedestal seguro;
Beatriz suspira, sobre el mármol duro
que guarda el génio entre sus santas manos.
Tu voz se escucha; jóvenes y ancianos
llegan contigo hasta el *lasciate* oscuro;
de tu noble creacion el rayo puro,
refleja sin cesar en los humanos.
Moriste sin morir... urna mortuoria
abrió en el mármol á tu cuerpo inerte
el cincel inspirado en tu memoria;
Mas tu nombre inmortal se eleva fuerte;
que para abrir sepulcros á la gloria,
no encuentra mármol ni cincel la muerte.

AMOR, TEORÍA Y PRÁCTICA.

I.

Bello es amar, cuando la vida entera
se contempla en la luz de una mirada;
cuando el aura ligera
extiende en blancos giros,
los plácidos de amor dulces suspiros.
Bello es amar; el corazon ardiente
solo vive de amor; para amar fueron
las flores y la luz; el mar hirviente
que ruge enardecido,
se calma con los besos de la luna
que vaga en el espacio,
cual buque entre carámbanos perdido;
amor es cuanto nace, cuanto crece;
el torrente y el mar, la flor y el rio;
el tímido murmullo
que nace en la colina,
y levanta sus notas al vacío
como un remedo de la voz divina:
amor es el lucero, y es la aurora,
y es en fin la creacion; Dios, en su nombre,

llenó de mundos la region vacía,
y dió por templo su creacion al hombre;
y le dió un paraiso;
y en él le hizo feliz, hasta aquel dia
en que la suerte quiso,
que Eva encontrase al enemigo insano
tendido al pie del funeral manzano.

II.

Cuántas veces mis quejas
llegaron á tus débiles orejas;
(murmura el amador entristecido;)
cuantas veces dejando,
tan solo por tu amor, el lecho blando,
llegué hasta tus cristales
y entre las notas de tu amor sincero,
escuchaba el rumor de las canales
¡cayendo en mi sombrero!
¡Cuántas veces, bien mio,
miré tu calle trasformada en rio,
y tu miraste con dolor de un rato
al bien que amabas convertido en pato!
¡Horas dichosas! delicioso arrullo
de la dorada juventud; encantos
que nunca olvidaré... ¿Dime, te acuerdas
de aquellas dulces horas,
tan fugaces, tan puras, tan sonoras?
Yo feliz te decia...
tu, eres mi amor: en tí bebe la luna
el plácido reflejo que te envia;
al beso de tu aliento,
sus alas posa enamorado el viento;
y en tanto que esto yo te murmuraba
el viento que lo oia,
con furia me empujaba
por la desierta callejuela umbría.

III.

Casados ya... Casados...!
Cómo el tiempo se pasa...! treinta veces
el purísimo sol de primavera
ha inundado la tierra en lagos de oro;
las flores han brotado
brindando al corazon grato tesoro,
y nosotros felices
con otro amor, sin celos ni pasiones,
del pasado arrancamos las raices,
como arranca el pesar las ilusiones.
Ya no hay aquel amor tímido y tonto
que en éxtasis contínuo nos tenia;
en dulce bienandanza,
como el sobrino sigue tras la tia
ha seguido al amor, la confianza.
Te amo con frenesí; mas no lo digo
como en aquellas horas
en que canté á tu amor por el postigo:
tras de aquellas jornadas
han venido unas horas tan pesadas...!
En vez de aquel afan tan de mal tono
con que yo entusiasmado
te hablaba de mi amor como de un trono,
hablamos de los frutos accesibles
y de otros comestibles;
amor estomacal y flatulento
que sepulta en el vientre el sentimiento.
Algunas veces... pero no te enfades;
si vengo tarde á recordarte amores,
de tremendo furor en un residuo,
detienes con tu brazo
la empezada inflexion de mi individuo;
y tu voz celestial, aquel acento
dulce como el arrullo

que en las hojas del árbol deja el viento,
me aplica tantos términos nocivos,
que en medio de tal mengua,
maldigo al diccionario de la lengua
tan rico en adjetivos.

. . . .

¿Quién ayer lo creyera? en noche oscura
se trocó la mañana esplendorosa;
¡amor! ¡amor...! en vano ya lo imploro...
su imágen misteriosa
no responde á mi lloro...!
La noche del estúpido egoismo
me cerca por do quier... ¡esposa mia!
murmura el labio con esfuerzo rudo,
y á tan triste agonía
responde un estornudo;
¡el rapé es mi rival...! ¡quién lo diria...!

IV.

¡Todo en el mundo pasa...!
Pasó Tiro y Bagdád, pasó Cartágo;
Alejandro pasó con sus legiones,
y... pasó nuestro amor; el tiempo impío
aunque de esto te duelas,
se llevó en sus alones
mis dientes y tus muelas,
con los restos de antiguas ilusiones.
Hoy sin ningun escudo,
miras sobre mi frente
piramidal el gorro puntiagudo...
Yo te miro tambien, estrella mia,
sin luz y sin amor... sin dentadura...
alzo la vista á tu cabeza fria,
y ¡oh triste desconsuelo...!
¡misera juventud! ¡mundano brillo...!
ya no tienes mas pelo
que el que guarda un papel en mi bolsillo...

V.

De la vejez el fúnebre cortejo
se me acerca terrible; ya soy viejo:
tambien fiera, inclemente,
las arrugas marcó sobre tu frente.
La campana sonora
que anunció nuestro plácido concierto,
espera ya la hora
para tocar á muerto...!
Todo pasó; pasó nuestra ventura;
nuestro cándido amor; fiero el destino,
en vez de la de ayer, casta hermosura,
nos deja en pergamino;
trasposicion se llama esta figura.
Miro á mi corazon, y... nada... nada...
monótono ruido
me anuncia su existencia; alegre el mundo
eleva hasta mi frente su latido;
otras generaciones
á la tumba nos llevan á empujones.
¡Ilusiones, amor! apenas veo
sus sombras misteriosas
á lo lejos flotar, dejando rosas
sobre el cáliz hirviente del deseo.
Y tambien pasarán esos amores;
y esa generacion que ahora gozando
viene alegre cantando
coronada de flores,
mañana vieja, triste, abandonada,
recordará con hondo desconsuelo
las dulces horas de la edad pasada.
El amor en el mundo, es la teoría
del purísimo amor que guarda el cielo;
desengáñese usted, Doña María:
la mísera criatura

con la ley del eterno en cruda guerra
quiere hallar ese amor en esta hondura,
cuando es una verdad desoladora
que en este mundo aunque mi voz le asombre,
vive mas un corsé que una señora,
y un tacon de una bota, mas que un hombre.

EL CANTO DEL PROFETA.

ODA

Á MI APRECIABLE AMIGO

DON FRANCISCO LOPEZ VIZCAINO.

I.

¡Jerusalen...! Jerusalen la hermosa...
el címbalo sonoro
te asegura tormenta pavorosa;
no desoigas su lloro,
ni el dulce canto de sus cuerdas de oro.
El bárbaro sombrío
que allá en las selvas donde nace el dia
indómito corcel monta bravío,
con salvaje alegría
en alas de huracan ódio te envia.
Sobre tí sus legiones
soberbio empujará con brazo fiero;
romperá tus blasones,

y tu cuerpo altanero
tronco será bajo su hirviente acero.
Porque te hiciste impura
como ramera de encendida frente
que el vaso infame apura;
cual torpe maldiciente
que ante el altar de Dios, á Dios no siente.
La sierpe del pecado
con ánsia loca se enroscó en tu seno
en deleite espantoso aletargado,
y al retumbar el trueno,
dejó tu corazon todo veneno.
¿Donde fueron tus flores,
santo huerto de amor? ¿Donde tu calma
sagrado mar de olores?
¿Donde la dulce palma
que el candor de la fé puso en tu alma?
Tu vestidura hermosa
bordada de carmin de blanco y oro,
cubre tu frente de placer ansiosa,
y en tu seno que adoro
ya no deja el amor su dulce lloro.
. . . .
¡Jerusalen... Jerusalen, despierta...!
Con sarcasmos impuros
enemigo feroz llama á tu puerta;
fantásticos y oscuros
sus pendones se ven desde tus muros.
Soberbio y arrogante
empujó sus indómitos corceles
con ímpetu pujante,
y jura en cantos crueles,
arrastrar en el polvo tus laureles.
Y caerán tus palacios
en honda confusion, quejas y acentos
dejando en los espacios;
y en los dormidos vientos
no cabrá la cancion de tus lamentos...!
Los cedros perfumados

que en rápidas galeras
llegaron de los puertos agitados,
bajo las hordas fieras
alimento serán de las hogueras.
Siervos serán tus reyes;
ligero polvo tu soberbio manto;
ceniza vil tus leyes;
tus esperanzas llanto;
tu ventura dolor, tu dicha espanto.
Y cantarán cual lúbricas rameras
las hijas de Sión, dando rendidas
besos impuros á las turbas fieras;
las frentes encendidas
contando el precio por que son vendidas.
En ráudo torbellino
las llamas se alzarán al firmamento
por los muros abriéndose camino,
y de Dios al asiento,
sus quejas lanzarán el mar y el viento.

II.

Celeste desposada;
estrella de Judá; blanca azucena
por Dios acariciada;
mueve la faz serena;
Jesús desciende y con su amor te llena.
Las arpas que á Dios cantan
con dulce canto por el templo giran;
los profetas del polvo se levantan;
los ángeles te miran;
las vírgenes de amor, de amor suspiran.
Porque nace en tu seno
el de eterna bondad místico rio;
calla su voz el trueno;
las nieblas del vacío
le coronan con gotas de rocío.

Le cantan los pastores
cruzando las cañadas;
espárcense las flores;
las aguas despeñadas
lo bendicen saltando en las cascadas.
Tomillos y romeros
en los montes levantan sus aromas;
se aclaran los veneros;
inclínanse las lomas,
y repiten arrullos las palomas.
Porque en tu seno alienta
la luz de la alegría;
el arco vencedor de la tormenta;
el Hijo de María,
la dulce aurora del hermoso dia.

III.

¡Salém! ¡Salém! te escondes
cual adúltera vil que rompió el freno;
te llamo y no respondes;
el crímen en tu seno
ronco te grita con su voz de trueno.
Revuélvense los mares;
arde con rayo impuro
el fuego criminal en los altares,
y ante Dios inseguro
cantando guerra se despeña el muro.
¿Por qué la turba grita?
¿Por qué con rumbo incierto
encrespado el Cedrón se precipita?
¿Por qué está en desconcierto
la espantada creacion tocando á muerto?
Secáronse las flores;
tigre iracundo ensangrentó el ganado;
huyeron los pastores,
y en el espacio airado

viento de muerte murmuró mi lado.
Y se mira un madero
del relámpago lívido á la lumbre;
y ruge ronco el huracan severo;
y en pedregosa cumbre
se revuelve feroz la muchedumbre.
Y gritos y canciones
resuenan en salvaje algaravia;
rugidos, maldiciones,
y es una raza impía,
que cava á un Dios la sepultura fria...!
¡Sodoma criminal! ¡Nínive impura
de la tumba inhumana
la frente levantad con amargura;
Jerusalén insana
en brazos de Satán es vuestra hermana...!

IV.

Llora pobre Salém; doliente llora
por el pueblo asesino;
en noche sin aurora
correrá su camino,
y ébrio de crímen rodará sin tino.
Cual nube gigantea
indómito enemigo hacia la altura
volará en la pelea,
y en olas de bravura
inundará bramando la llanura.
Y arrastrará la púrpura rendida;
y el dulce pléctro de oro;
y la muger vendida,
con incitante lloro
desnudo el pecho le dirá... «te adoro»...!
Sin altares ni reyes
el hijo de Judá rasgado el manto
destrozará sus leyes,

y en eterno quebranto
para su gran dolor no tendrá llanto.
¡*Anda!* con ancha boca
le dirá el hondo mar; ¡*anda!* la oscura
peña que al cielo toca;
detente... la amargura;
duérmete en el dolor... la desventura...!
Rugirán tempestades
sobre el que fué dichoso;
le cerrarán sus puertas las ciudades,
y maldito y odioso,
ni aun en la tumba encontrará reposo.
. . . .
Llora Jerusalen; tu pueblo amante
con boca dolorida
el caliz colosal apura errante,
y en su triste corrida
tan solo en el dolor encuentra vida...!

CERVANTES.

Gloria á Cervantes, loór
al génio que en alto vuelo,
mojó en raudales del cielo
la pluma del escritor;
gloria al génio seductor,
que asombra, encanta ó divierte;
lauros al átleta fuerte
que con sus hercúleos brazos,
arrojó un mundo en pedazos
á las plantas de la muerte.
Él con su génio profundo
y la fé por estandarte,
cual nuevo Colón del arte
buscó para el arte un mundo;
con entusiasmo fecundo
trabajó artista y guerrero;
y al fin consiguió altanero
con gloria que aturde al hombre,
fijar su potente nombre
junto á Dante, y junto á Homero.
Él vió otra aurora lucir
por enmedio del nublado,

é hirió de muerte el pasado
presintiendo el porvenir;
dejó en la tierra al morir,
su nombre que el mundo aclama;
de su inspiracion la llama
que brilla radiante y pura,
y una copa de amargura
tan grande como su fama.
   Titán de la inspiracion
con la distancia creciendo,
vá un aplauso recibiendo
de cada generacion;
y es tan grande la ovacion
que dá el mundo á su memoria,
que si cantando victoria
se alzase en la tumba fria,
en la tumba se hundiria
bajo el peso de su gloria.
   Al escuchar los rumores
que produce su talento,
toma vuelo el pensamiento
para otros mundos mejores;
porque son tan seductores
y és tan pura su belleza,
que cuando á escribir empieza
sobre el mundo su proscenio,
todas las cumbres del génio
se humillan á su grandeza.

APIO HERDONIO.

ODA.

En vano, en vano pasan
los siglos murmurando
sobre el sepulcro humilde de los buenos;
las horas van llegando
á las doradas puertas de la vida;
se acercan, aparecen,
suspensas en el tiempo un punto quedan,
y al fin pasan, y ruedan,
y en el eterno mar desaparecen.
Polvo son las coronas,
polvo la roja espada
que en sangre inunda las revueltas zonas;
ceniza las legiones
del déspota feroz, que al cielo insulta
al clavar en sepulcros sus pendones;
polvo los dioses son; humo tan solo
la estátua griega que arrancó á la gloria
su rayo celestial; soplo la vida,
viento la tradicion, niebla la historia.
Aire es la nube que el espacio llena;

nada la inmensidad; los astros de oro,
imperceptibles átomos de arena
que arrastra Dios en cadencioso coro;
pobre reflejo de la luz celeste
es el hirviente sol; remedo impuro
de la cólera santa,
el ronco mar que arrebatado gira,
y que siglos y siglos fluctuando,
en su cárcel de roca está cantando
de su pobre grandeza la mentira.
Cuanto la mente admira,
ceniza es nada mas que al polvo hiere;
pues la creacion radiante y soberana
bajo la muerte dormirá mañana,
y no puede ser grande lo que muere.
Pero el rayo divino
que desciende de Dios; el rayo puro,
que abrasa de los genios el camino;
aquel que en otros dias
ardió en la lira del cantor hebréo,
y abrasó con sus llamas
las arpas de David y Jeremías:
esa luz portentosa
en cuya ara sagrada,
dejan con fé gloriosa
la imprenta Gutembérg, César la espada,
Cicerón y Bossuét de la elocuencia
la túnica sagrada,
Fránklin el rayo arrebatado al trueno,
Virginio su puñal ¡honra! gritando
al desgarrar el palpitante seno
de la esclava infeliz, su génio Apéles,
Calderon y Petrarca sus cantares,
Murillo sus pinceles,
Colón el mundo que arrancó á los mares;
esa luz que del bueno en la memoria
se llama eternidad, se llama gloria,
por siempre vivirá, que aunque mañana
se desgarre la tierra

bajo el soplo de Dios, y en negro cáos
se vuelque el mar, y despeñado el rio
de la indomable destruccion arrastre
en trozos la creacion por el vacío,
aun su rayo fecundo
se estenderá por la mansion callada,
recordando á la noche de la nada
que en su seno apagado rodó el mundo.
Mas no el renombre del feroz guerrero
que de negra ambicion siguiendo el rio
en sangre tiñe el criminal acero,
es el que el alma arrebatada anhela...
¡César!... ¡Napoleón!... ante sus nombres
la humanidad suspira; el mar sombrio,
removiendo en sepulcros su oleage,
horror cantando hácia los astros sube;
la muerte afila su puñal impío,
y la agitada nube
desciende con terror sobre la frente
del soberbio Mont-blánc, temiendo acaso
que en el peñon altísimo y sereno
se eleven soberanas,
las águilas francesas ó romanas
cerrando el paso al huracan y al trueno.
Mas esos nombres que la mente admira,
falsas grandezas són; la espada rota
dejaron sobre el mundo, y en sus tumbas
la maldicion del universo flota;
en vano el arte gime
dulcísimos cantares,
levantando en la estátua ó en el lienzo
á sus nombres magníficos altares;
en vano al mundo con su génio asombran
y en vano el mar de su grandeza agitan,
que si los ciegos sus victorias cantan,
las madres de sus tumbas se levantan
y volviéndose á Dios, ¡venganza!... gritan.
Pero esa gloria pura
hija del bien, que nunca alzó su vuelo

sobre tronos, ni tumbas, ni ruinas;
esa esencia del cielo
que, sin que al mundo asombre,
por cima de los siglos
levanta altivo y vencedor al hombre,
del bueno en la memoria,
esa es la eternidad, esa és la gloria.
Á la luz de ese rayo venturoso
el libre te contempla, á tí, del mundo
soberano blason, Herdónio altivo;
jamás el arte su cincel sagrado
ocupó en tu memoria, ni el poeta
levantó hasta tu sólio refulgente
el rico fruto de su altiva frente.
Mas yo, que el arpa santa
con delirio pulsé, yo que sereno
canté á la mar que ruge y se agiganta,
al huracan, al trueno,
á cuanto libre y bueno
sobre la tierra impura se levanta,
á tí alzaré mis pálidos cantares,
que desprecian del déspota inhumano
los cínicos altares,
pues tu virtud que tu recuerdo abona
el noble esfuerzo del cantor corona.

. . . .

Bajo una noche de baldon impuro
la humanidad dormía
de Roma en la soberbia sepultura;
esclavo el pensamiento,
apenas se agitaba; del tirano
el bélico pendon cruzaba el viento;
del Lácio las legiones
asolaban al mundo; Grecia muda
sus estátuas le daba y sus canciones;
Babilonia su cetro; Tíro esclava
su manto hecho girones:
de Cartago las rápidas galeras
agitaban las ondas del Tirréno

perdon pidiendo al pueblo soberano;
desde el Gánges rugiente
hasta el monte que mira en sus laderas
levantadas las bélicas banderas
del cántabro valiente,
el pueblo rey en dominante yugo
el guerrero pendon soberbio alzaba,
y el mundo se arrastraba
á las plantas de Roma su verdugo.
De repente altanero
Herdonio ardiendo en fuego sacrosanto,
desnuda el libre acero;
y repitiendo el canto
que de Espárta y Aténas
arrancára las bárbaras cadenas,
libertad, libertad...! trémulo grita;
del Capitólio los soberbios muros
arrebatado escala; Roma entera
cual torrente á luchar se precipita;
la indómita bandera
domina el muro con pujante vuelo,
y en los aires tremola
pidiendo gloria y proteccion al cielo;
escala tras escala,
el tirano arrastrando sus legiones,
á dominar del Capitólio prueba
los altos torreones;
Herdónio rueda sobre el alto muro,
y la sagrada libertad se eleva
envuelta en manto oscuro,
para llevar á Dios de asombro lleno
el sangriento puñal que el vil esclavo,
parricida feróz hundió en su seno.
¿Qué hace la plebe impía,
que al bueno no socorre? ¡Esclavos viles!
ese valiente que en vosotros fia,
es vuestro vengador; oyó el gemido
que se escapaba sin cesar al cielo
de vuestro pecho herido;

vió el pensamiento humano
á los piés del tirano;
rompió del porvenir la nube oscura,
y vió alzarse la sombra del imperio
prensando á la razon; vió á las naciones
arrastrando su rota vestidura
á los piés de Tibérios y Nerónes;
escuchó el eco horrible
con que en la lucha fuerte
el pária vil en su deshonra bravo,
al César saludaba ante la muerte
para morir esclavo;
oyó el terrible grito de agonía
que en el Circo feróz la madre alzaba,
cuando el hijo rodaba
del pueblo entre la ronca gritería;
en asqueroso lecho
vió á la humilde doncella
profanada la frente, impuro el pecho,
al déspota esperando,
y á Dios y al universo avergonzando.
Vió al hombre envilecido
profanar su mision santa y sublime
al carro de los Césares uncido;
vió á la espantada tierra
convertida en despojo de la guerra;
á la fuerza en razon; la ley en nada;
la batalla en altar; en Dios la espada.
Sobre el peñon maldito
que vé Jerusalén triste y doliente
cual sombra de un delito,
adivinó la Crúz; vió al pueblo rudo
girar al pié del celestial cordero
cual tigre carnicero;
oyó el terrible grito
de la creacion que ante el cadáver mudo
en himno ronco de furor rodaba,
y á la lucha corrió con noble anhelo
juzgando necesario,

alzarse en Roma precursor fecundo,
para anunciar al mundo
la libertad cercana del Calvario.
¿Mas qué haceis entretanto los que viles
bajo el peso de negra tiranía,
en polvo os arrastrais como reptiles?
Volad.... volad...! esclavos
como vuela el simóun; á sus pendones
del entusiasmo santo unid la tea....
¡que no muere una idea
cuando tiene por muros corazones...!
Corred á la batalla
arrasándolo todo en el camino
como volcan que estalla;
no deis paz al acero,
hasta aplastar á los que al bueno oprimen,
y evitareis con vuestro esfuerzo santo
lágrimas al Señor, al mundo un crímen,
y á la creacion espanto....!

. . . .

Pero todo es en vano; Herdónio rueda,
y el despotismo infame
tras negra lucha sanguinaria y breve,
su vil pendon sobre los muros clava;
nadie á morir se atreve....
¡Señor.... será la plebe
digna de ser esclava....!

. . . .

Herdónio.... duerme en paz; indiferente
á tu recuerdo santo, el mundo gira
del tiempo en el torrente;
jamás de tu sepulcro en el camino
dejó la religion sus oraciones,
ni el arte sus canciones
ni el fruto hermoso del cincel divino.
Sobre cada grandeza
que con tierra en la tierra se agiganta
y que en la tumba á descender empieza,
de admiracion un grito se levanta;

y en impuro concierto
el arte y la oracion que compra el oro,
viles adulan en indigno coro
hasta á la tumba donde yace el muerto.
Mas á tí nadie llega; tu memoria
no tiene sobre el mundo otro terreno
que el corazon del bueno;
acaso el polvo santo
donde latió tu espíritu sublime
lo esparcieron las bárbaras legiones
para mengua del mundo; acaso impío
algun tirano al destrozar tu tumba
dejó insepulto tu cadáver frio,
y acaso el huracan.... aquel gran dia
en que Dios en el Gólgota moria,
tus cenizas llevó con ráudo vuelo
del Redentor á la apenada frente,
para que al fin de su destierro humano
te diese allá en el cielo,
la tumba refulgente
que aquí en la tierra te negó el tirano.
Descansa en paz; ni llanto ni oraciones
arranca tu memoria;
te olvidan las naciones;
te olvida el arte; te olvidó la historia;
en su incesante giro
la humanidad no deja ante tu losa
ni un canto ni un suspiro;
mas venganza tendrás; porque mañana
cuando exhale la lira del poeta
himnos de libertad; cuando el fecundo
sol de esperanza que matiza al mundo
se lance de la nube á borbotones,
entonces tus hermanos
al recordar tu poderoso aliento,
alzarán á tu gloria un monumento
con las tumbas de todos los tiranos.

Á MI ESPOSA

LA SEÑORA DOÑA MARÍA DEL PATROCINIO PADILLA.

SONETO.

Es altar la familia; piedra santa,
el dulce amor que en la muger reposa;
sobre esta piedra colosál y hermosa
sus cúpulas de luz la fé levanta.
En el árbol familia, libre encanta
ruiseñor la muger siempre amorosa;
y dulce ó varonil, madre y esposa,
su amor bendice, ó sus dolores canta.
Niño era yo, y entre angustioso grito
la muerte hundió mi hogar; su lábio fiero,
lo dejó sin calor, triste y marchito;
Hoy eres tu mi corazon entero....
¡columna de mi amor! que Dios bendito,
te de mas vida que á mi hogar primero.

Á ESPAÑA.

SONETO.

Solar de pundonor; de valor rio;
columna y valladár de las naciones,
el mundo al tremolar de tus pendones,
se espanta de tu noble poderío.
Con Cartágo y con Roma, el hado impío
te hizo luchar, por armas tus peñones;
del árabe las bárbaras legiones,
flotaron cual arístas á tu brio.
Venciste sin cesar, y ¡ay! apenada
riegas con llanto de dolor profundo
tu corona gloriosa y venerada;
¡Pátria! levanta tu esplendor fecundo;
no te destroces con tu propia espada;
véncete á tí, como venciste al mundo....

LA FÉ Y LA RAZON.

I.

Cuando la cruz coronó
á la cúpula valiente
que Miguel Angel potente
sobre el templo levantó,
Dios que escuchaba al cincel
mas cercano cada dia;
Dios que las piedras veia
subir, subir hasta Él,
Al ver la mole arrogante
suspensa en mitad del cielo;
contemplando el raudo vuelo
de aquella creacion gigante;
Al ver como hasta su pié
soberbio el templo se alzó,
«¡quién llega hasta mí...!» gritó,
y el templo dijo: «¡La fé...!»
Entonces Dios, siempre bueno
bendijo belleza tanta;
por no herir la mole santa
pasó arrebatado el trueno;

La hirviente borrasca impía
al estrellarse en sus muros
llenó los cielos oscuros
de religiosa armonía,
Y el sol dejando el tesoro
de su magnífica frente
sobre aquel templo esplendente
tan brillante, tan sonoro,
Dió viveza á sus calados;
movimiento á sus pilares;
besó en los blancos altares
los mármoles delicados;
Y dando con efusion
su luz clara y purpurina,
fué la lámpara divina
de la gran decoracion.
. . . .
Desde entonces, por liviano
murió el arte viejo y rudo;
sobre el peñon quedó mudo
de asombro el cincél pagano;
La artística Roma en coro
saludó al arte infinito,
con el gran arco de Tito,
con el Circo y con el Fóro;
Y las estátuas de Aténas
honra de la Grecia esclava;
aquellas diosas de lava
que arrancan fuego á las venas,
En sus pedestales rudos
mudas de vergüenza vieron,
como las yedras cubrieron
sus pechos antes desnudos;
Y era porque ante el fulgor
de la cristiana pureza,
hasta la naturaleza
velaba por el pudor!...

II.

Todo cambió con la lúz
que en aquel templo elevaron;
él marca cómo brotaron
nuevas artes de la crúz.
La piedra que antes liviana
hizo eternas las pasiones
arrancando sensaciones
á la impudicia pagana,
Bajo el cristiano cincél
que en la gloria se ilumina,
tomó la forma divina
de la vírgen de Israél:
Retrato del Redentor
la faz amorosa y grave,
trazó el contorno suave
de la madre del dolor;
Copió el sollozo, el suspiro,
la fé, la vida, la gloria,
llenó de encantos la escoria
de nuestro pobre retiro;
Y era, porque Dios hermano
de los que le amaban fieles,
mandaba al mundo cinceles
para el artista cristiano.

. . . .

Y no tan solo al peñon
su ser el arte cambiaba;
tambien el lienzo entonaba
su más solemne cancion.
Mientras Cellini á la historia
daba su nombre y su brillo,
ya fermentaba Murillo
con el fuego de la gloria:
El gigante apareció;
lo eterno brillaba en él;

donde llegó su pincel
solo su pincel llegó;
Empapado en la grandeza
del espíritu cristiano,
con su aliento sobrehumano
domó á la naturaleza;
Y de su potencia en pos
volando en vuelo fecundo,
despues de abarcar al mundo,
pintó á la gloria, y á Dios.
Gigante que al orbe asombra
bajó á la tumba, dejando
al arte nuevo pensando,
y al arte viejo en la sombra;
Porque en su audáz corazon
que en sus creaciones se vé,
vivieron mundos de fé,
con mundos de inspiracion.

III.

¡Revolucion esplendente! ..
cuán inmenso es su poder....
la *luz* se principia á ver
en cada creacion naciente.
Cantando un himno profundo
se alzan moles colosales;
con manto de catedrales
principia á cubrir el mundo.
Y no es ya en el Partenón,
donde el arte se ilumina;
la basílica mezquina
de la griega ostentacion,
Es pequeña ante la idéa
que en el templo soberano,
cual sol del arte cristiano
bajo la cruz centelléa.
El génio volando en pos

del más inspirado anhelo,
coje en la cúpula el cielo
para ofrecérsela á Dios.
Alza la nave altanera
por cima del monte grave;
la cruz corona á la nave
como la luna á la esfera;
Y al par que la estátua brilla,
y el lienzo se anima y llora,
y el arpa consoladora
trémula al génio se humilla;
El cincel, y la cancion,
el lienzo, el mármol, el oro,
y el órgano que en el coro
canta nuestra redencion,
Al alzar su canto allí,
donde á Dios el alma vé,
dicen, «Señor, soy la fé
que se levanta hasta tí.»

IV.

Hoy.... dormido está el laúd;
dormido el pincel divino;
la estátua gira sin tino
del arte en el ataúd.
Ya los duros pedernales
no toman formas humanas;
mudas las artes cristianas
no levantan catedrales.
Solo la música pura;
solo el arte de Stradela,
como un ruiseñor que vela
de la fronda en la espesura,
Cantando gloria ó pasion
desde un árbol de otro mundo,
contempla el astro fecundo
de la gran revolucion.

V.

Es otro siglo.... ¡Escuchad!...
el hierro arrumba y golpéa;
en el taller de la idéa
se funde la humanidad.
El génio que se lanzó
ayer trás de la belleza,
roba á la naturaleza
lo que cien siglos guardó.
A su luz el pensamiento
domina montes y mares;
los peñascos seculares
se desprenden de su asiento,
Y en vez de alzarse á la altura
en cúpulas ó en palacios;
en vez de hendir los espacios
al sol de la arquitectura,
Bajan formando torrentes
de la tierra á las entrañas;
unen abiertas montañas,
forman arcos, forman puentes;
Y cuando el hombre sereno
los arranca al monte mismo,
ó descienden al abismo
ó se levantan al trueno.
El cincel que nos asombra
por las obras que animaba,
hoy en las rocas se clava
¡paso!... gritando á la sombra:
Abre inmensas galerías
en las montañas más graves;
por sus magníficas naves
gigantescas y sombrías,
Raudas, hirvientes, sonoras
corren cubiertas de galas,
locomotóras con alas

más rápidas que las horas.
Allí penetra y se estiende
el hilo en que vá el acento;
cuando pasa el pensamiento
la negra sombra se enciende;
Porque al verse sorprendida
la vírgen naturaleza,
canta á la humana grandeza
confesándose vencida.

VI.

¡Siglos de fé y de razon!...
¿cuál es más grande, Dios mio?
¡ayer, arte y desvarío....
hoy.... ciencia y revolucion!...
Ayer el peñon sereno
la gloria de Dios cantaba;
hoy la tormenta es esclava,
esclavo el rayo y el trueno!
Ayer el lienzo brilló
con el fuego de Dios mismo;
hoy se ilumina el abismo
que Dios con la mar cubrió.
Ayer en la sombra muda
brillaba la fé bendita;
hoy.... entre la luz se agita
cual negra sombra la duda.
Ayer con la fé por guía
sin otra luz ni otro muro,
en lecho de sombra oscuro
la humanidad se dormia;
Hoy con fiera voluntad
fijo y seguro el timon,
la barca de la razon
conduce á la humanidad;
Y por la mar adelanta....
y no detiene su vuelo;

y desde el mundo hasta el cielo,
todo vacila á su planta;
Ya está lejos.... ¿Dónde irá?
¿Será presa de su ardor?
¡Busca un puerto!.... tiene amor....
La nave se salvará.

VII.

¡Miradla!... No hay que temer;
siglo que en tan honda liza
tan grandes obras realiza,
sabe adorar y creér.
Mundo que de su ánsia en pos
vuela en tan rápido vuelo,
no está solo; desde el cielo
le tiende su mano Dios.
Si los templos seculares
cantan de ayer las creencias,
hoy nuestras propias conciencias
son templos y son altares.
Libre el pensamiento humano
á Dios ofrece su culto;
ese templo tan oculto
es el templo más cristiano.
Alzando en su utilidad
el siglo cuanto proclama,
no se ama á sí, sino que ama
á Dios, en la humanidad.
Por eso la reflexion
nos dice al vernos sentir,
que la fé, no ha de morir
ahogada por la razon;
Sino que en vuelo fecundo
las dos uniendo sus lazos,
van á confundir sus brazos
para redimir al mundo.

DESPEDIDA.

Con el alma dolorida
voy siguiendo mi camino,
y hoy me arrebata el destino
de la pátria que és mi vida;
como tierna despedida
voy á dar forma y calor
á mi duelo asolador,
porque en la vital faena,
el alma estalla de pena
si no abre cáuce al dolor.

Mañana en otros lugares
mirando gentes estrañas,
veré soberbias montañas
que esconderán mis hogares;
quizá los férvidos mares
me oculten la pátria mia;
mas siempre mi fantasía
recordará con anhelo,
estas flores y este cielo
de mi dulce Andalucía.

Que aquí son mas los rumores
de los lagos cristalinos,

y son mas dulces los trinos
de los pájaros cantores;
aquí rebosan las flores
en los prados virginales;
y confunden sus canales
aguas de fuentes y lomas,
y van juntas las palomas
con las águilas reales.
   Aquí por celeste don
de que no da el mundo ejemplo,
cada frente tiene un templo
de arrogante inspiracion;
aquí viva esposicion
presenta el suelo fecundo;
que Dios con amor profundo
dándonos galas y génio,
hizo á mi patria el proscenio
de la belleza del mundo....
   Aquí hay soberbias vestales
que hunden al alma en cadenas,
por ser estátuas de Aténas
fuera de sus pedestales;
hay vírgenes ideales
que con su hermosura fiel
dejando atras al pincel
son por su dulzura y brillo,
realidades de Murillo,
modelos de Rafael.
   Aquí tambien la nacion
tiene página brillante;
aquí está Bailen, gigante
dogál de Napoleón;
España por su cañon
gritó á los vencidos bravos;
«corred por montes y cabos
á domar pueblos inmundos;
que en el taller de mis mundos
no se fabrican esclavos.»
   Arte, belleza, poesía,

valor, virtudes, historia;
¡he aquí los timbres de gloria
que tiene la pátria mìa!
Al dejarla, pena impía
quita aliento á mi razon;
mas se templa la afliccion
cuando el alma considera,
que con fé, la pátria entera
se guarda en el corazon.

AMOR MUNDANO.

SONETO.

Yo la juraba amor; por fiel troféo
mi vida la ofrecí con mis destinos;
sus ojos grandes, cándidos, divinos,
contemplaban mi loco devaneo.
Como tiemblan las almas al deseo
temblaban los remansos cristalinos;
el ruiseñor cantaba entre los pinos
los cantos de Julieta y de Roméo.
Recordando un amor que es maravilla,
«tu serás mi Isabel,» grité con pena
doblando en su presencia la rodilla;
Y ella me dijo con su voz serena
«ya me duele el estómago Marsilla,
convídame á cenar que no estoy buena.»

AL EJÉRCITO ESPAÑOL,

EN EL ACTO DE HACERSE PÚBLICA LA DECLARACION DE GUERRA DE ESPAÑA Á MARRUECOS.

IMPROVISACION.

¡Ellos son! ¡ellos son! ved sus pendones
sobre las olas de la mar rugiente,
que besa las arenas
del África infeliz; ellos, los hijos
de la invicta nacion en cuya frente
brillaron cien coronas,
cuando al compás del victorioso canto,
sintió latir los Mundos
entre las orlas de su régio manto.
Vedlos allí; bajo sus pasos fieros,
la tierra se estremece; absorto el mundo
pregunta quiénes son; gimen los mares
llevando con orgullo sus bajéles,
y al despedirse de los pátrios láres,
se espantan los infieles.
Los héroes de sus tumbas se levantan
para verlos marchar; ¡Guzman! ¡Padilla!

¡venid! venid! y admirareis erguidos
los bélicos leones de Castilla.
Venid; ya la pelea
se agita por do quier; la media luna,
huirá otra vez ante el hispano aliento,
como nube de arena
que del desierto al mar empuja el viento....

. . . .

¡Ellos son! ¡ellos son! los altos hijos
de Sagunto y Numancia; los que un dia
vieron postrarse ante su inmensa gloria
todos los tronos de la baja tierra;
los que al compás de su guerrero canto
dieron su ley á la nacion romana,
y hundieron la soberbia mahometana
en las revueltas olas de Lepánto.
Los que siglo tras siglo en honda lucha
bajo la Crúz sagrada
respiraron las áuras de la guerra
sin rendirse jamás; los valerosos
que al ronco grito de su pátria amada
con santo amor lucharon,
y estrecho el mundo á su valor hallaron.
Los que al audáz coloso
que halló pobre escabel de su grandeza
las cumbres de Moncáyo poderoso,
en brazos de su intrépida bravura
le arrancáron el cetro y la victoria,
y con frente serena,
polvo hicieron su gloria
sobre el vasto peñon de Santa Elena.
¡Ellos son! ¡ellos son....! los que hoy sin calma
cruzan la mar bravía
buscando el láuro y la brillante palma
para honra y gloria de la pátria mia.
Ya van á la victoria; ya severa,
la santa Crúz en sus pendones flota;
ya la noble bandera
dobla la mar remota

buscando con afan otra ribera.
Madres, padres, hermanos...!
por ellos no lloreis; las bendiciones
del morador del alto firmamento
sustentan sus pendones,
y el abrasado viento
que en la costa africana
bate la arena ardiente,
llevando entre sus alas la victoria
les hará respirar áuras de gloria.
Ellos heróicos son; en sus cabezas
se reflejan brillantes
los lauros de magníficas grandezas:
héroes sus padres fueron;
héroes tienen que ser sus sucesores;
no temas por tus hijos pueblo fuerte,
porque es tal su bravura
que al herirlos cruel tiembla la muerte...!
Y tú madre, no llores.... que mañana
á tu regazo volverá ese hijo
¡ay! á que borres con amantes besos
de su frente la sangre musulmana,
y te hundirá bajo los mil laureles
que arrebató á los bárbaros infieles;
y si alguno arrastrado en la pelea
bajo el alfange infiel pierde la vida,
cantos eternos le dará la historia;
gloria los mundos y los cielos gloria.
. . . .
. . . .
Y tú Señor, que agitas con tu aliento
las ardientes arenas del Sahára;
que haces rugir al mar, volar al viento,
y estremeces con hondo poderío
cuantos mundos ocupan el vacío.
Tú, que al orbe dás leyes;
padre del universo, Rey de reyes;
astro de salvacion que desde el cielo
bajaste á la colina

para nutrir el suelo
con tu sangre divina....
¡protégelos, Señor!... ellos te quieren....
por tí van á luchar; en sus conciencias,
vive tu imágen sacrosanta y pura,
y tu nombre y el nombre de su pátria
repiten con ternura.
¡Protégelos, Señor! que llegue un dia
en que espantados tigres y leones,
el rojo sol del África bravía
ilumine de Cristo los pendones;
la hora bendita en que la tierra impura
salude á Dios bajo su nombre solo,
desde el desierto que produce llamas,
hasta el helado polo.
¡Protégelos, Señor! ya el mar murmura;
del africano el espantoso grito
se escucha por doquier; roja fulgúra
su gumia destructora,
y respira con bárbaro contento
áuras de sangre en el hispano viento.
¡Protégelos Señor! y allá en la tarde
del suspirado dia,
atentos todos á la costa ardiente
del África abrasada;
cuando la nave audáz se alce valiente
sobre el mar español con la victoria,
con santo amor y como tú deseas
diremos todos al cantar tu gloria....
¡Poderoso Señor, bendito seas!

ATILA.

Nací poderoso; mis ojos giraron
buscando en el mundo sangriento lauról:
miré á las alturas.... los soles temblaron
venganza en mi frente creyendo leér.
Ceñí la corona, y al grito de guerra
crucé las montañas rugiendo feróz;
el tigre iracundo que muerde la tierra,
lamiendo mis plantas cobarde tembló.
Crujieron los robles del bosque en la hondura,
los pinos rodaron con sordo rumor;
ardieron los pueblos alzando á la altura,
brillantes hogueras afrenta del sol.
Naciones y tronos, ciudades y leyes
de alfombra sirvieron al bárbaro audaz;
si alzaba mi brazo, temblaban los Reyes
sentencias de muerte temiendo escuchar.
Besó la victoria mi carro de guerra;
la muerte espantada mi génio aplaudió,
y al verme tan fiero, nombróme la tierra
verdugo del hombre y azote de Dios.

. . . .

Miraba una tarde con ojo iracundo

al cielo esplendente soñando matar;
sudarios de muerte tapaban al mundo;
flotaba en el éter sangriento cendál.
De un pueblo lejano los gritos oia
y brindis y acentos de alegre festin;
y hermosas doncellas mi mente veia
tegiendo coronas en danza feliz.
¡A mi los guerreros...! clamé en mi delirio;
un pueblo provoca mi bárbaro afan;
que llore con sangre terrible martirio....
mi brazo de hierro su frente hundirá...!
Y raudo, corriendo con ánsia de fiera,
blandiendo en las manos el hacha feroz,
llegué á sus murallas, pisé su bandera....
mi ardiente caballo sus muros saltó.
¡Qué gozo! Sus arcos alfombran mi planta,
sus templos profanos hundidos se ven;
la sombra del crímen al verme se espanta;
el mundo cadáver se arrastra á mis pies...!
Hermosas mujeres en rápidos giros
me miran queriendo mi rábia calmar;
sus lábios de rosa brotando suspiros,
enjugan la sangre que arroja mi faz.
Y en copas brillantes me ofrecen licores
los altos monarcas del reino infeliz;
y mármoles, arcos, columnas y flores
con lenguas de fuego me cantan á mí.
Y yo poderoso sintiendo en mi pecho
la hoguera rugiente de impura pasion,
arrastro á la vírgen al tálamo, hecho
con restos de tumbas del pueblo señor.
Y bebo la sangre del torpe vencido,
y en montes de muertos enclavo mis piés;
y miro la toga del cónsul caido
cubriendo los lomos del régio corcel.

. . . .

En hora maldita soñé la ventura
de amar con el fuego de todo el amor,
y ansiando delicias, del mundo en la anchura

celeste doncella mi vista encontró.
La trajo á mi lecho mentido cariño;
la alcé hasta mi trono; la dí mi poder;
el tigre iracundo con ánsia de niño,
cual manso cordero besaba sus piés.
Porque era la diosa, como una mañana
del mágico cielo que cubre la mar;
mas grata que el eco de trompa lejana
que canta victorias con ronco compás.
Y el héroe gozaba.... cantaba la hermosa
la gloria del bravo y el génio del *dios;*
y el arpa vibrando con voz cadenciosa
llevaba á los cielos su dulce cancion.

. . . .

En noche callada sin calma dormia
soñando combates y glorias sin fin;
mi brazo de hierro la espada blandia
y un mundo de esclavos volaba tras mí.
Buscaba coronas.... buscaba placeres
y tronos, y rayos para una mujer,
y carros de fuego con otras mujeres
besando la tierra que alzase su pié.
De pronto resuena terrible alarido;
levanto los brazos con ánsia feroz....
despierto.... mi lecho de sangre teñido,
me eleva espirante.... mi tumba se abrió....
La muerte se acerca terrible y sombria;
dilato la vista con bárbaro afan;
¡la esclava que amante mi cuerpo ceñia,
clavado en el pecho me muestra un puñal!
¡Venganza! murmuro con voz angustiada
asido á la muerte.... queriendo vivir....
y en torno repite feroz carcajada
la sombra del crímen que viene por mí.
Y escuchó á lo lejos la voz de la danza
y risas y cantos de dulce compas;
y caigo en la tumba gritando ¡venganza!
bebiendo mi sangre.... ¡mordiendo el puñal...!

ESPERANZA.

SONETO.

¡Bendecid al Señor! alzad las manos
siervos de ayer sin sangre ni cadenas;
ya ruedan las fortísimas almenas
murallas de soberbios y tiranos.
Ya no hay Persas, ni Godos, ni Germanos,
ni verdugos cual Roma, ó cual Aténas,
que en las cimas del Gólgota serenas
murió Jesús por enlazar hermanos.
¡Hermosa libertad! presta tus dones...!
desde el Índo hasta el Rhin, del Volga al Tibre
repite tus magníficas canciones....
Que tu poder en las conciencias vibre,
para que digan pronto las naciones
bendigamos á Dios. .. el mundo es libre...!

LA INSPIRACION.

ODA.

¡Ah! que la mente inquieta
siente latir la inspiracion, y siente
revelacion espléndida el poeta...!
¡Paso á la inspiracion...! paso al torrente
que despeñado salta
de roca en roca; á los abismos rueda,
y del fondo otra vez surge potente...!
¿Á dónde vá? ¿qué borde la domina?
mar sin orilla, viento sin barrera,
desde el mundo hasta Dios vuela sin calma;
su indómita bandera
que nutre el génio para luz del alma,
sobre el mundo magnífica tremola;
vedla flotar en valles y colinas,
en bosques rudos, en quebradas fieras,
en tumbas, en ruinas,
en escombros de pueblos sepultados,
en templos seculares,
en columnas, en pórticos y altares.
Dios la formó; desde su noble asiento

«vé,» la dijo, «á adornar la gloria mia;»
y ella voló en el viento,
llegó á la fantasía,
y produjo del arte la armonía
al levantar á Dios el pensamiento.
¡Inspiracion! ¡Inspiracion! qué hermosa
por el espacio vás...! tu noble manto
al sacudirse al álito del génio
borda al mundo de espléndidas creaciones;
el orbe es el proscénio
donde aplauden tus obras las naciones.
A tu empuje severo,
se alza el hombre triunfal; por tu grandeza
brota el túmulo austéro
revelacion de eternidad y vida;
muda naturaleza
depone sus magníficos altares
de rocas hacinadas
á los piés de tus cúpulas bravías,
que libres é inspiradas
repiten soberanas armonías.
Las peñas saltan de la cumbre al valle
si tu génio las cúspides oréa;
como el agua de Oréb brota en la roca,
si tu génio la toca,
de la roca tambien surge la idea.
¡Paso á la inspiracion! los altos pinos
con el viento modulan sus canciones,
la mar hirviente en sus espumas canta;
el pájaro en sus trinos;
el agua en la garganta
de cimas colosales
por donde bulle lúgubre el torrente;
el volcan en sus antros funerales,
el suelto alúd en la fatal pendiente.
Templado al son del universo entero
tu plectro colosal aturde y ciega,
y de Dios en el nombre,
supera al mundo; á lo infinito llega;

refleja al cielo, y transfigura al hombre.
Del vaso de la mar saca armonías;
acordes de la roca
que azota el huracan; nobles rumores
del torrente que choca
con espectros de torres y de muros;
y de los ecos duros
del trueno que retumba en el nublado
arrebata la ira,
y con grito inmortal pavor inspira.
Sentado en la pendiente de la historia
yo la miro cruzar de mundo á mundo
en el alma inmortal siempre encendida.
La ví surgir al prepotente, *sea*....
del Artista sin fin, y ví la nada
adornarse en el arte; ví del génio
la túnica inflamada
bordar la esfera de esplendor y gloria,
y en Tabór de belleza
ceñir de luz al ser; el universo
dió tipo á la creacion, y el alma pura
desde su pobre pedestal mezquino,
se levantó á la altura
en ánsia eterna del laurel divino.
Aquí cantó á la libertad; mas lejos
arcadas en ruinas,
son últimos reflejos
de un poder que pasó; lóbregas grutas
desde el lecho del Índo, forman via
hasta la negra entraña
donde el ara sangrienta no se orea,
con espanto y horror de la montaña,
y del volcan que junto al ara humea;
columnas y pilares
hablan allá de un Dios, cuya armonía
es la deformidad; mudos altares
en que la yerba crece
atestiguan la fé de un pueblo entero;
y en alfabeto humano

canta el arte fecundo,
la aspiracion de un mundo
de la inerte materia soberano.
¿Quién como tú? donde tu génio escitas
brota la luz; la eternidad te inflama;
si á los bronces agitas,
se eternizan los bronces en tu llama.
¿Qué de las peñas fuera
que en columna ó en arco á Dios bendicen?
¿qué de aquellos festones,
de rosas, de caulículos, de rizos,
de fuertes dentellones
ornamento del templo?... en la montaña
como muerta belleza
peñascos solo sin valor serian;
mas los llamó tu voz; á tí cedieron,
y al resplandor sublime de tu gloria
en tu llama de gloria se encendieron.
. . . .
Yo ví á la edad primera
nombrar á Dios, y lo nombró en tu lira;
y al decir «¡yo te adoro!»
se levantó en el viento
el amor, desde el címbalo sonoro,
ó en columna de jaspe el sentimiento.
La libertad sobre el tirano erguida
soberbio monumento
te ofreció en Salamína y en Platéa;
la virtud, la amistad, la fé, la vida,
cuanto elevado orea
el céfiro inmortal, vive en tus brazos;
porque en tu seno fuerte,
el despotismo vil se hace pedazos
y vacila la muerte.
Eterna en Dios, la destruccion constante
se detiene á tu brillo esplendoroso;
yo ví bajo la yedra
del arco derruido
himnos de gloria repetir la piedra;

sentí al friso gritar bajo el arado
del tosco labrador; ví en el desierto
aislado capitel decir tu nombre
al peregrino incierto;
palacios y ciudades
miré en la sombra muda;
brazos de estátuas, zócalos y flores,
escombro de magníficas edades;
y allí en aquel proscénio
de negra destruccion y de dolores,
un cántico se oia;
y era la voz del génio
que cantaba en su tumba todavía....
. . . .
Vedlos.... sus hijos son; paso á la gloria...!
empujados por cien generaciones
los sustenta en sus cúspides la historia.
Homero, Rafael, Petrárca, Dánte,
Virgilio, Calderón, Tásso, Quintana,
y Murillo, y Rembránt, del sol brillante
reciben los soberbios resplandores;
y otros génios tambien; con faz radiante
oyen de gloria el poderoso grito,
y á lo inmortal se aferran
y escalan por el arte lo infinito.
Los tiempos agitados
tampoco muerden las sagradas tumbas
donde viven los muertos inspirados;
corren los siglos; tras de pasos ciertos,
las horas á las horas se encaminan;
pirámides de muertos
van llegando al osario
que se nutre de escombros de naciones;
y entre tal destruccion, en tal pelea
dominando á los mundos y á la historia,
los génios siempre grandes,
fijan su noble planta
del mundano poder sobre los Ándes;
su alto poder entonan,

y en su propia grandeza se coronan.
¡Paso al génio...! mirad.... son sus creaciones,
latentes en el alma que suspira;
¡Margarita.... Beatriz...! sombras amadas....
Láura doliente.... pálida Julieta...!
arpas enamoradas
que cantais los amores del poeta....
¡sed fé de amor...! fecundizar el fuego
que fué puro en los Alpes, y en las glosas
del dulce ruiseñor, y en la ribera
que borda el Rhin de pámpanos y rosas....
¡Imágenes benditas
de fé y de caridad...! lienzo sublime
donde la forma audáz se transfigura
y por lo eterno gime....
Vírgenes sin contorno
que del génio potente de Murillo
en santa procesion vagais en torno....
nobles lienzos de fé que el génio orea
haciéndoles latir en los amores
de la infinita idea....
cuadros de vida y luz, sombra y rumores....
no apagueis los colores
en que el orbe pasmado se recrea.
Y vosotras, naciones esplendentes,
Italia.... Grecia.... España....
levantad vuestra voz; dulce Apenino,
soberbio Pirinéo;
Pátmos de oro y laurel, golfo divino
que bulles en canales
espejo de fragmentos inmortales;
cántabro mar; magníficos escombros
de siglos por los siglos hacinados
que esparce el tiempo al sacudir sus hombros....
unid los cantos de la historia entera
del génio en alabanza,
y á traves de los montes y los mares,
el rudo Dánte, Calderon y Homero,
unirán sus cantares

dando esplendor al universo entero.

. . . .

¡Poder del génio! ¡inspiracion gloriosa!
la túnica ostentosa
que del pasado fuera pompa y gala,
en vano la razon si desvaria
pretenderá romper; suelta á los vientos
en pórticos y foros los festones
de tu manto de gloria; canta, llora....
alza los monumentos
que adoran las naciones,
y elévate de triunfos soberana;
la razon es tu ser, no tu verdugo;
fundamento del alma, en tí se ayuda,
se acerca á tí, te reconoce hermana,
y al mundo deja, y en tu fé se escuda.
Aquel vil desvarío
que afrentó á la razon, y arrasó altares,
ogivas nobles, críptas, y sepúlcros;
el que adoró la forma corrompida,
y derribando á Dios con mano artera
levantó sobre el ara
con espanto del templo á la ramera,
enemigo sin fuerza y sin aliento
á tu fúlgido rayo,
rueda como Luzbél; te vé, se asombra,
se despeña del nublo, abre la cumbre,
y mordiendo la sombra,
se aterra de tu santa pesadumbre.
Pasad.... pasad.... en vano
fantasmas de la duda
pretendereis oscurecer mi mente;
fuerte es la inspiracion.... Dios le da brio;
abrid paso al torrente
que corre desde Adán raudo y profundo,
y ha de llegar intrépido y bravío
á la tarde del mundo.
Dios lo quiere; y será; cuando vacile
el orbe ante el Poder; cuando en pedazos

los astros colosales
desciendan por el viento,
y rotas las barreras
del turbio mar, rebase las montañas,
y el volcan sacudido
dé su postrer latido
desgarrando del globo las entrañas;
la inspiracion en la última criatura
levantará su acento
fuerte en la destruccion; verá en ruinas
cien montañas pasar; oirá el lamento
del vaso de la mar despedazado
por la borrasca loca,
que arrancará las aguas espumantes
de su cárcel de roca;
se inspirará en horror, y rica y fuerte
acompañando la potente ira,
dominará la muerte
levantándose á Dios desde su lira.

EL USURERO.

I.

Sentado estás contemplando
los productos de tus ansias;
la noche de tu conciencia
tiene en tinieblas tu alma.
Desde un libro al otro libro
corren torpes tus miradas,
y el oro pesas y pesas
con la ambicion por balanza.
Planta mísera y estéril,
solo en escombros arraigas;
tu pátria son las ruinas,
tus flores crecen en lágrimas.
El hambre, solar que esplotas,
pálido á tu puerta llama,
y cuando ¡piedad! te grita
al darle pan, se lo arrancas.
¡Caridad! ¡rosa del cielo...!
hija de la Crúz cristiana,
madre de las buenas obras,
esposa de la esperanza....

míralo.... ¿por qué no llegas?
¿por qué su pecho no ablandas?
¿por qué tus jugos de gloria
no prestan fuego á sus ramas?
¿por qué á su pálida frente
no das rumor con tus alas,
ni das á su amor perfumes,
ni pones dique á sus ansias?
y la caridad responde....
«Voy con el pobre á su casa;
flóto en los hondos suspiros
palpíto en las esperanzas;
me cubro con los arapos
del mendigo y de la anciana;
doy duelo y timbre al gemido,
doy colorido á las lágrimas,
y siempre lo miro yerto
no encuentro fibra en su alma;
la ambicion tapa mi boca,
la codicia me rechaza;
no hay virtud en su conciencia;
ni hay calor en sus entrañas...»

II.

Ven conmigo, ven conmigo,
torpe mercader infame;
ven á contemplar tu obra;
ven quizás á avergonzarte.
En ese revuelto lecho
mira un busto miserable;
era una pobre mendiga,
era pobre y era madre.
Sus hijos flores que mueren
de la miseria en la cárcel,
lloran sin saber si lloran,
rezan sin saber que hacen.
Insepulto por miseria
ese pobre cuerpo yace,
y un hijo.... la única alhaja
coje para sepultarle.
Á tu casa va usurero;
¡miralo...! ¡piensa en tu madre...!
va por enterrar la suya....
es huérfano.... tiene hambre....
á tí se acerca, y no puede;
anda y vuelve vacilante....
quiere espresarse y solloza....
su mano tiembla.... ¿qué haces?
es un santo crucifijo
lo que á tu casa se trae.
¿Lo miras? ¿rezas acaso?
¿contemplas ese cadaver
santo, hermoso, dolorido,
puro dulce y venerable?
¿estás mirando en su rostro
de las espinas fatales
las huellas quizá? ¿recoges
en noble ilusion las frases

de aquella boca bendita
que en soplo de bien constante
hizo palpitar la tierra,
pidió amor, templó maldades,
besó al hombre su verdugo
y hoy se cierra perdonándole?
¿meditas quizá, la infamia
de aquella turba culpable?
¿ves el Calvario? ¿retornas
por medio de las edades
á Jerusalén? ¿percibes
el paso doliente y grave
de la víctima que en hombros
sustenta la crúz? ¿la madre
ves quizá tierna, amorosa,
dolorida, vacilante,
muertos de llorar sus ojos,
que besa llorando el ángel?
¿Te detienes? ¿que meditas?
¿qué es lo que tu mano trae?
es un peso.... lo levantas
pesas el santo cadaver....
lo ves otra vez.... lo tocas....
lo devuelves.... es culpable...!
no es oro, y tu lo rechazas,
porque ni pesa ni vale.
¡Cristo tambien algun dia
pesará tu tronco infame!
pues tronco solo es el alma
que se alimenta de sangre...!
tambien tu negra conciencia
torpe, estúpida y cobarde
caerá en la balanza; el cielo
tribunal inapelable
te juzgará; tu sentencia,
quien te conoce, la sabe.

III.

¿Eres padre? ven conmigo
quiero consolar tus penas;
mira un cuadro de familia
dulce, como la primera
santa ilusion encantada
que brota de la inocencia.
En el umbral de una choza
limpia plácida y modesta,
y al pié de fuertes nogales
que al cubrirla la sombréan,
palpita un lienzo divino
de Murillo ó de Rivéra.
Es una madre muy jóven;
su frente cándida y tersa,
no puede con los cabellos
que el céfiro desordena;
tiene los ojos hermosos
como el alma que reflejan;
fuerte y robusta la espalda,
ancho el seno, pura y recta
la línea de sus facciones
dignas de Chipre ó de Aténas.
Estátua de amor bendito
á un ángel puro contempla,
ángel que al sentir sus labios
«madre.... madre....» balbucea.
Al pié de un nogal frondoso
cuyo solo tronco cierra
todo el horizonte, un jóven
con dulces ojos observa
aquellos amores santos
que en forma humana se besan.
Pasos suenan en el bosque;
se repiten.... ya se acercan,

y una figura, un mendigo
al cándido grupo llega.
La madre con ánsia noble
coje una humilde moneda,
y en la mano suplicante
con dulce rubor la deja;
«no puedo mas,» triste dice,
y se escusa.... por la ofrenda,
y el pobre «Dios te bendiga,»
repite cuando se aleja.
«Hijo» murmura la madre
al niño que vive en ella,
y que aun no entiende palabras
ni entiende las obras buenas;
«hijo, cuando el desvalido
llame mañana á tu puerta,
dále pan si tiene hambre,
si tiene sed, su sed templa;
si padece, si suspira,
si solloza, si se queja,
llora con él; si te llama,
responde á su voz; si ciega,
dále tu mano piadosa,
pónle otra vez en la senda.
Jesús, el cordero dulce
que ves en la cruz aquella
murió por tí; grande y bueno
sembró su amor en la tierra,
y ante el cetro de la muerte
rindió su santa cabeza.
No abandones al que llora;
la caridad, mensajera
es de Dios, el que la sigue
al pié del Eterno llega.»

. . . .

¿Qué dices de tal doctrina?
¿tienes hijos? ¿cuando sean
hombres como tú, mañana
cuando en la social faena

se presenten, qué recuerdos
te deberán por herencia?
¿han visto cuadros tan puros?
¿han visto la santa escena
que la caridad practíca
donde hay amor? ¿las eternas
poderosas vibraciones
que parten del alma buena
y que al estallar en obras
nos animan y consuelan,
las han comprendido?... calla...!
con tu codicia rastrera
sangre pobre y corrompida
les has filtrado en las venas.
Tus hijos no oyen los ecos
del consuelo á las dolencias;
con otro licor se sácian,
otro pan los alimenta.
Ellos ven tasár el llanto;
poner rédito á las penas;
saben que el hambre es dinero;
solo en el oro ven fuerza.
Tasando necesidades
te ven las horas enteras,
y ven brotar su abundancia
de las desgracias agenas.
El corazon no lo sienten
cuando á tu pecho se acercan,
que un usurero, al ser padre,
de ser padre se avergüenza.
No saben la fé de Cristo,
ni el valor de Cristo aprecian;
que un crucifijo en tus manos
solo vale lo que pesa...!
Atracado estás de oro
como de carne la hiena;
serpiente social, tú vives
enroscado en la miseria,
y haces de andrajos diamantes;

y haces del hambre moneda;
del desconsuelo esperanza,
gloria vil de la materia.
Tu fábrica, sus cimientos
en tu corazon asienta,
y no hay piedad en sus obras
que es tu corazon de piedra
Cuando lloras, nadie te oye:
si sufres, nadie se acerca;
si llamas, triste silencio;
si mueres.... pocos te rezan.
La impiedad que fué tu guia
cuando sufres no te deja;
¡la caridad! no la implores;
el ¡amor! á tí no llega;
no hay piedad para el infame
muladár de tu grandeza.

. . . .

Llora miserable, llora,
pide á Dios con ánsia eterna;
sofoca con tus plegarias
de tus víctimas las quejas;
la vara, que cristalino
raudal arrancó á la peña,
puede aun arrancar virtudes
de tu corazon de fiera.
Llora.... comprende lo grande
de practicar obras buenas;
ten fé en el amor divino;
no tiembles si al bien te acercas...
y á Dios pide.... que es su gracia,
mas grande que tu miseria.

ESPAÑA É ITALIA.

¡España! su nombre solo
Domina el mundo asombrado;
Su estandarte, colocado
Sobre el Atlas y en el Pólo,
Proclama con alto brio
Al orbe ante quien tremola,
De la alta tierra española
La grandeza y poderío.
¡Italia! tambien nobleza
Refleja en sus hijos fieles;
Los mas hermosos laureles
Toman brillo en su cabeza.
Del cristiano el estandarte,
Es su vida y su tesoro;
Con rico manto de oro
La cubre el génio del arte,
Y en lucha que nadie doma
Contra el germano ó la Gália,
Es grande al llamarse Italia,
Como brillante al ser Roma.
Flores que la tierra aspira
Dán envidia á las naciones;
Porque valen sus blasones
Mas que el mundo que los mira:
Por eso en eternas lides
No dan paz á sus querellas;
Por eso cubren sus huellas
Con Farnésios y con Cídes,

Y por eso entre el espanto
De la tierra y de la historia,
Firman páginas de gloria
Como Numáncia y Lepánto.

. . . .

Los golfos encantadores,
Los montes de azul eterno,
Los valles donde el invierno
No puede matar las flores;
Los cielos, de Dios alfombra,
Que las cubren y las miran;
Las estrellas que suspiran
Si no las ven en la sombra;
Las ciudades de altos muros,
Los sepulcros altaneros,
Los templos siempre severos,
Los pechos siempre seguros;
Las entusiastas porfías,
Las glorias de sus varones,
Sus estátuas, sus canciones,
Sus lienzos, sus armonías,
Todo las une en la historia
Y sus grandezas proclama;
Todo las lleva á la fama
Sobre caminos de gloria....

. . . .

¡España! ¡Italia!... las dos
Proceden de un mismo ser;
Roma, les dió su poder;
Su génio gigante, Dios!...
Ingrata la humanidad,
Á las dos rasgó las venas;
Sangre tiñó sus cadenas
Al grito de libertad,
Y elevando su estandarte
Las dos en bárbaras lides,
Dieron á la guerra Cídes,
Como colosos al arte.
Hermanas ante la historia,

Su luz al orbe fascina;
El sol que las ilumina,
Se llama sol de la gloria!...
  Si Miguel Angel, en pós
De su gran génio profundo
Resucita en Roma un mundo
Por asemejarse á Dios,
  Aquí, con frente altanera,
Cervantes, alma inspirada,
Con solo una carcajada
Derriba una edad entera!...
  Aquí, se adora al laurel;
Allí, de la gloria el brillo;
En España, está Murillo!...
En Italia, Rafael!...
  Allí la absorta razon
Canta al cantor del infierno;
Aquí, ciñe lauro eterno
La frente de Calderon.
  Aquí, el entusiasmo mora;
Allí, la grandeza inflama;
Aquí, se vive y se ama;
Allí, se canta y se adora.
  Por eso el mundo suspira
Si en ellas su duelo templa;
Por eso quien las contempla,
Al amarlas, las admira....
. . . .
  Hoy agitadas, ardientes,
Por cien pasiones minadas,
Tristes, ciegas, apenadas,
Llenas de sangre y dolientes,
  En hondas luchas caminan;
Sobre sepulcros golpéan;
Pendon fratricida ondéan;
Montes de muertos hacinan;
  Apóstoles criminales
Hieren á las dos naciones;
Sus insensatos pendones,

Que llevan los vendabales,
   Levantan el rudo lema
De una libertad impía;
Su luz, oscurece al dia;
Su aliento de guerra, quema.
   Hiriendo á la humanidad
Quieren, en mengua del hombre,
Hundir de Jesús el nombre
Para alzar la libertad;
   Sin mirar faltos de lúz
Y ébrios de error infecundo,
Que la libertad del mundo
Tiene por madre la Crúz.

. . . .

   ¡Ah! que las nobles naciones
Cumplan su mision de gloria;
Que no arranquen de la historia
Sus mas hermosos blasones!
   Que con la Francia su hermana.
Unidas contra la muerte,
Formen el pueblo mas fuerte
De toda la raza humana.
   Que no las hagan pedazos
Torpes querellas mezquinas;
Que las águilas latinas
Se eleven desde sus brazos,
   Y dilatando las alas
Sobre el mundo y bajo el cielo,
Dén vida y amor al suelo
Con su luz y con sus galas.

. . . .

   Francia noble!... ¡España altiva!
Italia mártir, doliente....
Pueblos que del continente
Sois la eterna siempreviva;
   Cumplid vuestra alta mision,
Dando al Hacedor tributo;
La libertad es un fruto
Que vive en la religion.

MARÍA.

ODA

I.

Los que llorais sin calma;
los que con hondo anhelo
vais en la pena desgarrando el alma;
los que al sentir el duelo
ébrios de duda os olvidais del cielo.
Esposas sin amores;
esclavos en cadenas;
vírgenes sin frescura y sin colores;
huérfanos, que entre hienas
no teneis otro hogar que vuestras penas...!
Madres dolientes; pobres aterídos
que en los átrios llorais; pálidos séres
informe union de sombras y gemidos;
tristísimas mugeres
que apurais el dolor trás los placeres.
Sedientos de ventura;
espíritus sin paz, almas sombrias
en donde vive errante la amargura;

imágenes impías
que vais muertas sin flores ni armonías;
¿Por qué acrecéis el duelo?
¿Por qué os destroza el mundanal quebranto
con sus garras de hielo?
¿Por qué con dulce llanto
no buscais el raudal del amor santo?
Hay un mar venturoso,
en cuyo seno dulce y cristalino
halla el dolor reposo;
¡los que vagais sin tino....
dirigiros con fé por su camino...!
Sus brisas, son aliento
del Supremo Señor; á sus rumores,
dan las alas del ángel movimiento;
su ribera de amores
tiene Justos y Vírgenes por flores.
En él deja su estela
la santa nave que al Señor camina;
en él, dulce riela
la estrella que ilumina
sobre alta cumbre la ciudad divina.
¡Ah! si llorais sin calma,
buscad otra ribera
de duelo y de pesar, de horror al alma;
el que vivir espera,
no levanta la muerte por bandera....

II.

Estrella misteriosa;
dulce laurel sagrado;
espuma vagarosa;
mar siempre sosegado;
jardin de amor por el amor cuidado.
Imágen venerable;
corazon de la vida que en fé alienta;
colúmna inquebrantable

que en el hombre se asienta,
y llegando hasta Dios á Dios sustenta.
¡Consuelo, luz, ventura....
madre, refugio, hermana....
vida santa y dulzura...!
¡purísima mañana,
gozo inefable, caridad cristiana...!
¡Gloria de las esferas...!
¡del mundo cielo, de los cielos dia...!
¡Madre! si no existieras,
triste el mundo estaría,
y el hombre en su orfandad... te inventaría. .!

III.

Yo he visto á las ciudades
rodar en polvo vano;
tras rudas tempestades,
ví al corazon humano
asombrar con su fúria al Occeáno
Contemplé á la miseria
rodando sin amor y sin consuelo;
ví á la brutal materia
amenazando al cielo,
y en ánsia loca levantar su vuelo.
En saturnál odiosa
he visto cien Bacántes
mal prendida la veste licenciosa,
y en senos palpitantes,
el crímen y el dolor luchar gigantes.
He visto en peso frio
á un lado la virtud adormecida,
al otro el oro impío;
y en pós de la partida,
señor el oro, y la virtud rendida.
Por el furor desnudo
he mirado al puñal; lo he visto insano
romper cien veces el cadáver mudo,
y he mirado al tirano,

levantarse ante Dios contra su hermano....
Y ví en cadalso fiero
á la justicia sin pudor violada;
y al verdugo altanero;
y á la virtud sagrada,
sobre el póste del crímen reclinada.
Y quise en mi tormento
maldecir y dudar con ánsia impía;
mas percibí tu acento,
y al verte Madre mia,
tu aliento fué mi fé, tu amor mi guia...!

IV.

Te ví pura y brillante
llevar al Hombre Dios; sentí tu grito,
de gracia al cielo por su don amante:
ví tu amor infinito,
velar la cuna del amor bendito.
Te ví junto al madero
cuando el orbe rugiendo en ánsia loca
lloraba por la muerte del Cordero;
ví al beso de tu boca,
temblar el trueno, y palpitar la roca.
Te ví tender valiente
tus brazos al Señor pálido y yerto;
te ví triste y doliente
besar con lábio cierto,
una vez y otra vez, á Cristo muerto.
Te ví junto á la fosa
sublime sollozando;
te ví santa y hermosa
las manos levantando,
bendiciendo al Señor.... y perdonando...!
Entonces, Madre pura,
lloré tu duelo en tan sagrada escena
olvidando la vida y su amargura;
¡quién siente su cadena,
ni se atreve á llorar junto á tu pena...!

Á ESPAÑA

POR LAS VICTORIAS DEL PACÍFICO.

Como muerta te juzgaron,
é hijos tuyos te ofendieron;
el sol de tu gloria vieron
y en su orgullo no cegaron;
«duerme,» los viles gritaron;
«nuestra madre, la que un dia
salvando la mar bravía
dominó nuestra ribera,
rota la vieja bandera
se acerca á la tumba fria.»
«Pasó su imperio al azar;
secos están sus laureles;
sus indómitos bajeles
se hundieron en Trafalgár;
cansada de pelear
mira sin sangre sus venas;
sus horas grandes y buenas
cambiáronse en amarguras,
y canta sus desventuras
al compás de sus cadenas.»
Así, con vil deslealtad

dijeron torpes y vanas,
dos repúblicas livianas
mengua de la libertad;
de su madre la piedad
juzgaron degradacion;
con miedo en el corazon
sobre su madre se alzaron,
y en su afan la amenazaron
con el puñal de Nerón....
Mas ¡ah! que el furor delante
no vieron en su deseo,
que nunca llega el pigméo
al corazon del gigante;
tocó el puñal vacilante
de nuestros láuros la rama;
los héroes que el mundo aclama
sobre los mares se irguieron;
lo que por su patria hicieron,
ya es asombro de la fama...!
¿Dónde están esas acciones
que son de la España mengua?
¿dónde hay brazo, dónde hay lengua,
que insulte nuestros blasones?
¿quién abate los pendones
de este pueblo sin segundo?
¿quién toca al laurel fecundo
que arrancando de su historia,
cubre con ramas de gloria
todas las glorias del mundo?
¡Degradacion...! tal idea
merece que se la aclame,
digna por torpe é infame
del pueblo vil que la crea.
No es cobarde quien pelea
dominando su ruina;
no es cobarde quien hacina
cuando muerta se la llama,
tumbas que cubre la fama
con su túnica divina.

¿Qué raza supo luchar
como en Lepánto y vencer?
¿qué pueblo supo caer,
como España en Trafalgár?
¿quién hizo á Roma temblar
asombrando á las edades?
¿quién tras rudas tempestades
vió en todas sus convulsiones,
murallas de corazones
guardando sus libertades?

¿Qué pueblo, cual él, fecundo
domó los mares desiertos?
¿qué pueblo llenó de muertos
el Atlántico profundo?
¿quién postró de todo un mundo
cien siglos de vida y cien?
¿qué raza, erguida la sien
y en pos de esperanzas grandes,
levantó sobre los Ándes
la cruz de Jerusalén?

El Líbano, el Helicón,
el Cáucaso, el Átlas fiero,
el Rhin, el Nilo severo,
el Gánges, el Marañón....
no hay corriente ni peñon,
piélago, cumbre ó ribera,
donde la hispana bandera
deje de decir con gloria,
que está escrita nuestra historia
con sepulcros en la esfera...!

Y en vano poder mezquino
nos herirá con su saña;
porque es necesaria España
de los mundos al destino;
su génio sigue un camino
grande, elevado, y fecundo;
templo en la historia profundo
si vacilase algun dia,
al hundirse, aplastaria

con sus escombros al mundo....
Guerras, sombras, tempestades,
há poco nos agitaron;
nuestros padres espiraron
sin luz y sin libertades;
estúpidas liviandades
mancharon la régia cumbre;
del sol la vívida lumbre
no vió nuestras dos riberas,
y hundió el mar nuestras galeras
¡harto de su pesadumbre!...
¡Cayó España.... nuevo Atlante,
cedió al destino tirano;
el peso del océano
dobló su espalda pujante;
mas de súbito, un gigante
toca á sus glorias divinas;
España vió en sus colinas
arder estranjero rayo,
y al fuego del Dos de Mayo,
resucita entre ruinas!...
De allí su grandeza truena
y nueva vida ambiciona;
San Marcial, Bailén, Gerona,
llevan sus cantos al Sena;
de fé y de pujanza llena,
asombra á la nueva edad;
la aclama la humanidad
muralla del continente,
y al alzarse independiente,
se alza con la libertad....
Hoy se agiganta su gloria,
y aun mas su acento retumba;
ya los laureles de Otúmba
reverdecen en su historia;
fatigada la victoria
se alza del mar á través;
los pueblos en su interés
de asombro y de amor se agitan,

y en sus túmulos palpitan
Pizarro y Hernan Cortés.
¡Gloria! en Lepanto resuena,
¡gloria! Trafalgár murmura;
la mar, ancha sepultura,
mueve sus tumbas de arena;
de muertos larga cadena
cruza los dos océanos,
y en golfos americanos
cantan cánticos divinos,
almas de nuestros marinos
saludando á sus hermanos....
Allí tras hondos afanes,
glorias y glorias se enlazan;
allí sobre el mar, se abrazan
los Nuñes y los Bazánes;
cien soberbios capitanes
ornan la nueva victoria;
y el mar que de nuestra historia
siente el poder ostentoso,
ruge y se agita, orgulloso
de sostener tanta gloria!

. . . .

Mas ¡ah! que el arpa sonora
bajo la pena se inclina....
¡nuevas víctimas hacina
la pasion desoladora!...
Ya la España vencedora
cambia en dolor su altivez;
de luto cubren su tez
sombras y duelos prolijos;
¡que están luchando sus hijos
con sus hijos otra vez!...
¡Nueva lid! ¡nuevo rencor!
¡nuevos sepulcros de hermanos!...
España, rojas las manos,
desfallece de dolor....
llanto desconsolador
sienten las madres brotar:

que mueren sin vacilar
sus hijos en cruda guerra,
fratricidas en la tierra,
y gigantes en el mar!...
¡Bárbaro, crudo destino
que así nuestras glorias mata....
¿por qué la soberbia ingrata
nos corta siempre el camino?
¿por qué ese esfuerzo mezquino
para hacer de un pueblo dos?
¿á qué delirar en pos
de miserables empeños?
¿á qué mostrarnos pequeños,
si nos hizo grandes Dios?
Pátria.... tu afliccion deploro,
y en tu regazo suspiro;
cuando tu grandeza miro,
mas tus desventuras lloro;
nuevas víctimas en coro
se mezclan en tu memoria,
y como siempre, tu historia
revuelve en su desventura,
el llanto de la amargura
con el llanto de la gloria!

———

FILOSOFÍA DE UN VICIO.

¿Qué es beber? ¿cómo decir
al que tal quiera saber?
no se puede definir,
que hasta vivir, és beber
la esperanza de morir.
Las abejas, en las flores
beben sus mieles preciadas;
y los dulces amadores,
beben luz en las miradas;
beben gloria en los amores.
Dios, inmenso mar profundo
de amor, de gloria y bondad,
es bebedor tan fecundo,
que tiene por vaso el mundo....
por licor, la humanidad.
Por eso cuando el pecado
se alza sobre el mundo ciego,
rompe Dios el vaso airado,
y arroja el licor viciado
sobre montañas de fuego.
En estos hondos aduares
donde hasta el dolor se agota,

bebemos entre pesares,
la ventura gota á gota,
los desengaños á mares.
De la pena el brazo fuerte
con furor nos encadena,
y tanto licor nos vierte,
que al descender á la muerte
vamos borrachos de pena.
Por eso juntos brindemos
sin pensar en lo que fuimos
ni llorar lo que seremos;
y ya que unidos nos vemos,
bebamos.... pues que vivimos.

LA MARCHA DEL CALIFA.

A MULEY-ABBAS.

Aláh es grande; Mahoma su profeta;
él altivo preside
del humano el incógnito destino;
él el poder y la grandeza mide;
él eleva al creyente en la otra vida
hasta el mágico Eden en donde mora,
el coro vírgen que al amor convida;
él numera las hojas que estremece
el huracan bravío:
por su mirada el astro resplandece;
por él hácia la mar camina el rio.
Por él suena la voz; huele el olfato,
y por él, gran Muley,
naciste cuasi rey
en lugar de nacer gallina ó pato.
Por él, Califa, con tu brazo impío
elevaste la altiva media luna
citando al español á desafío;
por él tras lucha fiera
rodaste al fin sobre tus huestes rotas

postrado en tierra tu soberbio alarde;
por él viniste á corregir las notas
y por él hoy te vás; Aláh te guarde.
Vas á partir; la cortesana villa
por largo tiempo vestirá de luto
al recordar tus gracias.... africano;
vas á partir, y de pensarlo lloro;
ya no veré tu despejada frente,
ni tus miradas al amor despiertas,
ni tu boca inocente,
almacen de marfil con cuatro puertas;
ni admiraré tu porte
ni de tu hermosa barba los matices,
ni veré esas narices
que envidian las narices de la córte;
ni veré ese alquicél blanco y flotante
que recordar me hacia
el alquicél de tu compadre ó suegro
el soberbio Boabdil, que en horas fieras
al África se fué con tantas veras,
que de tanto correr se volvió negro.
Aláh es grande; Mahoma su profeta;
guardadas en su mano
están las esperanzas y alegrías;
él á pesar de nuestro duelo eterno
al África te llama,
quizá previendo como buen hermano,
que está encima el invierno
y te encuentras en ropas de verano.
Por eso España llora,
porque España, Califa, te queria
sin ninguna dobléz, sin condiciones,
tan solo por amor á tu hermosura;
y no hay que hablar de cuentas ni de ceros
en este centro de las dos Castillas,
que España dá contenta sus dineros
por mirarte en cuclillas;
equívoca postura
que segun las diversas religiones

puede tener distintas traducciones.
Nuestras razas, amigas siempre fueron;
salvo allá en lontananza
algunos disgustillos que tuvieron
por esceso quizá de confianza
en Túnez, el Salado, Covadonga,
en Clavijo, las Navas,
Caltañazór, Granada, Orán, Sevilla,
en los mares de Génova y Lepanto,
en Aragon, en Murcia, y en Castilla,
por lo demás, la historia es buen testigo,
el pueblo castellano
siempre apreció á tu pueblo como amigo,
y aun me atrevo á decir que como hermano.
Hoy ese mismo pueblo, fiel te adora;
te aclama, desatina
si al cabo de una hora y otra hora
sorprende tu perfil, tras la cortina
de tu rica y soberbia estancia mora;
y es tal á tí su amor, que haces dichoso
al que te vé tan blanco y tan hermoso.
Aláh es grande.... Aláh tan solo sabe
lo que conviene hacer; él nada trunca;
mas á pesar de Aláh, yo te lo imploro....
no te vayas, carísimo tesoro,
ó si acaso te vás, no vuelvas nunca.
No es tan mala la vida
que pasas por aquí; si otra deseas,
recuerda solo un rato
el que vives muy bien, y muy barato,
que comes, no trabajas, y paseas.
Si es que recuerdas con dolor profundo
las ricas producciones
de tu suelo natál, detén la vista
sobre las de esta deliciosa tierra;
aquí hay cedros magníficos y cañas;
piñones, y bellotas;
y dátiles, y cocos, y castañas;
hay linos y arrozales,

y aunqué sé, porque estudio geografía,
que es tu tierra muy rica en animales,
te diré que aquí hay tigres, y camellos,
y de seda magníficos gusanos,
y caballos de raza, que por bellos
has de juzgar paisanos.
Hay águilas pujantes,
y cuervos que acechando los festines
se alimentan de restos repugnantes;
y hay, entre otros escesos,
en este suelo que por rico aterra,
muchísimos camuesos,
y quizá mas naranjos que en tu tierra.
Moro.... vé con Aláh; todo arreglado
lo dejas tras de tí; ya, ni aun raices
nos quedan del pasado;
éramos pobres, y nos dejas ricos;
te hemos visto además.... somos felices.
En breve el mar sereno
feliz te llevará sobre sus olas
á los brazos del fiero Sidi-Haméte,
mojadas aun tus fúnebres megillas,
con todo el llanto de las dos Castillas.
Y llorarán las hembras españolas....
y llorarán los hombres....
y al recordar tus glorias
de pena rebosando,
llorarán los establos y las norias,
y hasta el Banco Español de San Fernando.
¡Adios! ¡adios! te vás.... destino insano....
yá en la locomotora
te espera el maquinista....
lágrimas y dolor.... todo es en vano;
memorias á tu hermano;
que te conserves bien, y hasta otra vista.

SOBRE EL VOLCAN.

¡Es el cráter! abajo entre las sombras
se oye al fuego tronar,
la nube que corona la montaña
tambien tronando está.

Cañon de roca que á los cielos mira
en breve va á estallar;
mensajeras las cúspides de humo
llegan al huracan.

¡Sobre tu borde estoy! yo te contemplo
levántate á luchar,
tu lava seca al pensamiento mio,
jamás calcinará.

Las corrientes de fuego que del mundo
por las entrañas van,
al pasar á tus pies miran el cielo
y hasta él quieren llegar.

En tu boca, flamígeras serpéan;
se lanzan mas allá....
y al fin se tornan en ceniza fria....
¡así és la humanidad...!

En torno de tu cráter la montaña,
yerta y pálida está....
tu asesinas las vides y los árboles;
el fuego és tu puñal.

Mas ya principias; tus entrañas secas
rugen por estallar,
como rugen hambrientos los chacales
sobre el festin brutal.

Hasta el nublado la colúmna sube,
flota y se ensancha audáz;
sudario de venganza cubre al mundo;
¡temblad! ¡seres! ¡temblad...!

En el oscuro y poderoso tronco
de la negra espiral,
vibra raudo relámpago, que esparce
siniestra claridad.

Rojo está el monte, roja la caverna,
rojo y trémulo el mar;
sangre brotan las aguas y las rocas,
¡sangre! ¡sangre! no mas.

Ya los pobres lábriegos de los valles
se aterran de tu afan....
la campana solloza en la Abadía
¡piedad! Señor.... ¡piedad!

Vertiginoso el piélago iracundo
siente tu fuerza audáz;
sacudiendo tu fuego sus entrañas,
lo quiere hacer bosar.

Las llamas crecen; trepan por la nube;
hácia los astros van;
los astros espantados, á Dios dicen....
el mundo ardiendo está...!

El mar que se alza en irritada espuma
llegar quiere al volcan;
el humo al sol; la roca á las estrellas;
el fuego.... mas allá...!

¡Espanto por do quier..! sonó á los mundos;
el término de paz;
el incendio amenaza al universo
¡quién lo dominará!

Las llamas que en los ántros de la tierra
mueren sin claridad,
soberanas un punto, á la venganza
se lanzan con afan.

Esclavas de los montes, como Atlánte
sustentó al ancho mar,
sustentaron cien siglos de los mundos
el peso colosal.

Hoy se sublevan; en torrentes suben
victoria cantan yá;
ceniza van á hacer del universo
¡ceniza nada mas...!

Bosques.... mares.... augustas cordilleras
mísera humanidad....
pedir á Dios, pedir; fuego es el cielo,
fuego el monte y el mar.

Mas ¡ah! silencio.... la montaña pierde
su pálidez fatal....
suena el grito de Dios!... escuchad.... dice...
«de aquí no pasarás....»

Cede el coloso; en densos pabellones
flota el humo al azar....
se apaga el fuego.... el sol desde la cumbre
brilla con magestad...!

¡Orgulloso poder...! estás vencido....
no te levantes mas;
Dios en tu cráter colocó su mano,
Dios aplastó al titán...!

Tranquila está la plácida colina;
tranquilo duerme el mar....
oscuro como el crímen y sombrío
se alza mudo el volcán...!

. . . .

¡Poder del mundo! ¡ciencia soberana!
¡soberbia humanidad...!
lava rebelde que hácia Dios te elevas
queriendo á Dios llegar....

Oye la voz que sobre el cráter grita....
oye el grito t.iunfal....
lo que dice al volcan dice á tu orgullo,
«de aquí no pasarás. .!»

MAGDALENA.

Mirádla.... cede ó avanza,
por do quiera sollozando;
su túnica no la alcanza,
que va tras ella flotando,
tambien como su esperanza.
De sus trenzas el tesoro
rueda en cascada brillante,
y tras las hebras de oro,
se vé su triste semblante
calcinádo por el lloro.
Fué lúbrica cortesana,
y ahora es pobre penitente,
de su frente soberana
rodó la corona ardiente
á un soplo de fé cristiana.
«¿Dónde está Jesús?» llorosa
dice en valles y colinas;
«¿dónde está su faz hermosa?
¿dónde las dulces doctrinas
de su doctrina piadosa?»
Y lo vé.... llega.... y murmura....
«yo soy la muger impura,»

y hunde en polvo su belleza,
y ante la eterna grandeza
se confunde en amargura.
   Jesús la mira, y bendito
dice con eco sublime;
«tienes el rostro marchito....
yo perdono tu delito,
quien me quiere, se redime.»
   ¡Bondad del eterno Ser!
¡obra digna del Señor...!
¡ah! que yo te vuelva á ver....
lienzo santo del poder....
cuadro hermoso del amor!
   Reclinada la que implora;
Jesús, noble ante el delito,
y en forma consoladora,
el perdon ángel bendito
besando á la pecadora.

. . . .

   ¡Cristo! ¡rosa de piedad...!
mártir del amor fecundo!
dá vida á la humanidad;
la flor de la caridad
se vá secando en el mundo.
   Pón tus espléndidas manos
sobre pueblos y coronas;
siembra piedad entre hermanos,
y así como tu perdonas,
que perdonen los tiranos...!

LA RELIGION.

CANTO.

Á MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO POETA D. JUAN ANTONIO VIEDMA.

I.

«Yo soy la fé; mi trono es la belleza;
mi cetro el puro amor; la verdad santa,
mi eterna aspiracion y mi grandeza;
mi nombre vive escrito
por el génio inmortal, en cien blasones
de roca y de granito
corona y esplendor de las naciones.
Mi aliento es Dios; el hombre mi tesoro
cuando su mano tiende hácia la mia;
cuando enjuga su lloro
en mi seno de amor, y se estasía
volando al cielo entre mis alas de oro.
Sin mí, el dolor abruma
cual la tormenta al mar, en esas horas

negras y destructoras
en que ruedan los truenos por la espuma;
sin mí es la ciencia del talento yugo;
oscura la verdad; la vida incierta;
sin mí la humanidad respira muerta
en la vil negacion que es su verdugo.
Yo soy la religion; soy la esperanza
con que cuenta al pasar del mundo al cielo
la mísera criatura,
vid aferrada al suelo
por un grano de arena; soy la vida
del alma poderosa
que al verse grande y á la tierra uncida,
con esfuerzo triunfal tiende sus alas
desde el peñon ageno,
y entra de Dios en el eterno seno
entre pompas y músicas y galas.
Cuanto produjo el arte, no es fecundo
si no busca mi luz; en vano el fóro,
y el circo del romano,
asombro falso arrancarán al mundo
mostrando sus detalles por tesoro;
donde no está mi aliento, no hay belleza;
lo bello es Dios; mi génio su camino;
la vil naturaleza,
mi esclava puede ser, nó mi destino.»

II.

«El amor inmortal, el génio fuerte,
el Dios de las edades;
el que ligó la vida con la muerte;
el infinito, el santo,
el solo grande en la region serena
del alma noble y buena,
sintió su amor inmenso, rebosando
en su propia grandeza; miró oscura
la nada ante su pié, la luz hermosa
reflejo de sí mismo
iluminó la sombra; ardió la idea,
y ante el potente *sea*
palpitó la creacion en el abismo.
Y fué la luz; el dedo del gigante
la bóveda trazó; mundos de oro
en la cúpula audáz se condensaron,
y otros mundos caian
y alumbraban la nada mortuoria,
como espigas de gloria
que del manto de Dios se desprendian:
cual corazon del cuerpo vacilante,
el sol lució; su vuelo en el espacio
hizo vibrar la luz; fuerte y fecundo
vió alzado su palacio
en la cima del mundo
y alumbró la creacion; el aire, el fuego,
las aguas agitadas,
cruzaron por las sombras espantadas
en remolino ciego;
las tierras y las olas se besaron
bajo la fuerte voluntad; los mares
roncos alzando entre la densa bruma
magníficos cantares,
rizaron con su espuma

los bordes de la arena; jugo y vida
pidió el tronco al peñon, y sus destinos
enlazando á la par, grande y sereno
hundió el monte en el trueno
su corona de abétos y de pinos.
Bajo el santo poder bañó la vida
de vida á la materia;
se armonizó la forma; corrió fuerte
por la robusta arteria
la sangre á su placer, y en la armonía
el instinto nació; por tierra y viento,
por montes y por mares
cruzaron al azár libres legiones
de monstruos y de fieras,
y al Hacedór cantaron,
y en el árbol creacion se aposentaron.
Nació el hombre; criatura preferida,
via la materia del divino aliento
una chispa en su seno, y encendida
con el fuego de Dios, al ver su gloria,
al contemplarse en Él, al ver las fuentes,
los astros, las espumas,
las cumbres, los volcanes, los torrentes;
al admirar el pensamiento humano
aquel esfuerzo del amor fecundo,
bendijo Adán á la suprema esencia;
y haciendo altar el mundo,
brotó la religion en su conciencia.»

III.

«Esa mi cuna fué; nací en el hombre
y en él quise vivir; yo en la mañana
del mundo y de la historia,
dejé en el tronco de la raza humana
el jugo de la gloria.
Santifiqué la ofrenda
del justo y bueno; con potente mano,
de Dios tomé el amor eterno y puro
para sembrarlo en el terreno humano....
y el hombre no me oyó; consigo en guerra
solo en el crímen y en el mal fecundo,
con la sangre de Abél manchó la tierra
para rubor del mundo...!
Por montes y por mares
vió absorta la creacion, de sangre humana
teñidos los altares,
y en fatal armonía
miró el infierno en su insaciable fúria,
al crímen abrazado á la lujúria,
y tendido el placer junto á la orgía.
Y Dios se irguió; su sacrosanto enojo
empujó al occeáno
por cima de peñones y montañas,
y el pónto soberano
devoró la creacion en sus entrañas.
Una nave en su frente
flotó en enseña del amor divino;
el mar fué su columna; allí el humilde
que al Supremo Hacedor pagó tributo
sobre la mar flotaba,
y abriendo de otros mundos el camino,
apoyado en mi amor á Dios cantaba.
Y otras gentes vinieron,
el pecado de nuevo se alzó en guerra;
y Pentápolis vil, bárbara ansiando
arrancar mis blasones de la tierra,

torpe y lividinosa
saturó de placer la copa hirviente
y la apuró gustosa;
al horror de sus ciegas liviandades,
ví montañas de fuego
rodar sobre los muros
de las cinco ciudades,
y otra justicia contemplé.... ¡Sodóma!
¡Gomórra criminal! cuántas pecaron,
en sombra se tornaron;
las aras del festin siempre manchadas
cayeron en ruinas; los brutales
ídolos del placer, hechos pavesas
ornaron los terribles funerales;
cuantos á Dios soberbios ofendieron
en llamas se estinguieron,
y sus cenizas que del suelo huian
sin espacio flotaban;
los vientos de su seno las lanzaban
y las nubes despues las devolvian.
Y ví entre las naciones
por consuelo del mundo y de los séres,
cruzar santas legiones
de ungidos y profetas
cantando al solo bien; de Abrahám glorioso
el pacto contemplé, sentí en mis manos
la escala de Jacób; besé la piedra
donde inclinó su frente el patriarca,
y de Dios en el nombre
con mano conmovida,
al cielo levanté la piedra ungida
cual nuevo pacto entre el creador y el hombre.
Asentando mi esencia poderosa
ví á Moisés en la cumbre
del alto Sinaí; lo ví sereno
del rojo mar en la ribera undosa
conduciendo á Israél; miré las tiendas
del ciego Faraón, amenazando
al pueblo que guiaba

el profeta triunfal con fé bendita;
ví al oráculo orar, y al santo ruego
tembloroso camino
abrir al Israelita
sobre las olas el poder divino.
Ví al Egipcio feroz de rabia mudo
lanzarse al pónto rudo,
y contemplé severa
como el viento enlazaba,
el cántico del mar que se cerraba
con el cántico á Dios en la ribera.

. . . .

¡Cuán alta soy, Señor! cuanta grandeza
tu grandeza me dá.... yo en la corriente
de los siglos que cruzan por la historia,
me alzo grande y fulgente
del mundo para gloria;
yo levanté en mis hombros los altares
que Salomón te alzó; para su ayuda
sacudí las montañas seculares.
Sentada en las colinas
cáuce del santo rio,
con Dévora cante tu poderio
al compás de las aguas cristalinas;
mi fé robusta rebosó en el alma
del gigantesco atléta,
y su brazo empujé, cuando en ejemplo
de su poder profundo,
sacudió la columna y hundió el templo,
entre el pavór del mundo.
Yo alimenté de Sára la fé pura;
la castidad de Rút, de Estér y Lia,
el dulcísimo amor y la hermosura;
mis ecos de armonía
bañaron el salterio
del santo rey David, cuando cantaba
y arrancando á los siglos el misterio
los siglos de la cruz profetizaba...!
Yo dí fuerza á Júdit, contra el gigante

de Palestina estrago
y la sangre enjugué de su semblante;
las santas profecías
de Daniel é Isaias,
por mi sobre Salém se estremecieron
y por montes y valles y collados,
gritando muerte fueron
á los pueblos de crímen embriagados.
Y otros pueblos tambien, de un Dios mentido
haciéndome la via
cubrieron con mi nombre sus troféos;
por mí el Egipcio inerte
los montes amasó, y alzó profano
tumbas de piedra con potente mano,
para en su seno coronar la muerte;
por mí Búda socaba las montañas
con ciego fanatismo,
y rompe sin descanso sus entrañas,
cual si buscase á Dios en el abismo;
por mi tras la letál mitología,
Venus y Marte en el jardin de Aténas
cubrieron los altares,
santificando de la forma el yugo;
por mí fué el Partenón; y Apólo y Céres
del génio sensual grato tesoro,
cantaron los placeres
en las lubricas termas, y en el foro;
por mí Núma trazó la gerarquía
del sacerdocio en Roma; por mi altivo
el arte del pagano
sacudiendo las cumbres ponderosas
los mármoles empuja á las ciudades,
cubriendo los dominios del romano
con bosques de deidades.
Por mí hasta el borde del triunfal madero
llegó brumosa la corriente humana
de luces y de sombras rebosando,
y yo llegué con ella, contemplando
su santo amor ó su maldad liviana.»

IV.

«Al fin se alzó la Crúz...! Santo Dios mio,
¿qué llama me alumbró cuando en la cumbre
te ví sangriento, doloroso y frio?
Mirando los dos mundos,
ví el pasado desierto;
sombras fugaces en letál sudario
flotaban como sábanas de muerto
sobre el alto Calvario.
Tus brazos estendidos,
tu cabeza de amor, tu seno roto,
tu divina humildad, tu voz sagrada,
los ecos de tus leyes que aun latian,
me hicieron contemplar avergonzada
á los siglos pasados que se hundian.
Y en el nombre de Dios alcé mi acento....
¿Qué haceis junto á la Crúz? ¡atrás deidades,
atras pompas impías
de torpes liviandades...!
¡impúdicas Dianas!
dioses beódos, reyes sin corona,
diosas viles del barro cortesanas....
cobardes coliseos,
gimnásios sin pudor,
ciegas mugeres,
sacerdotes del templo mercaderes....
aras manchadas, bosques seculares
donde el peñon del célta ó del germáno
recuerda de otro culto los altares....
¡atrás!... ¡atrás!... la luz nos ilumina,
sobre el Calvario mana....
la grandeza divina,
viene á vivir en la miseria humana!...
hundir mundos pasados
ante el ara triunfal vuestras cabezas,

y haced con los fragmentos
de dioses y de leyes
humildes monumentos;
levantad por ofrenda sus escombros,
y con amor profundo,
arrodillaron ante el sol de un mundo
que lo sostiene Dios sobre sus hombros.»

V.

«Desde el Calvario, me elevé pujante
cual águila divina
que busca el foco de la luz radiante.
Tomé la Crúz, y á la conciencia humana
con ella me lancé; cántico austéro
alcé al Señor, y en lengua soberana
canté su gloria al universo entero.
Sobre la dura roca
donde el martirio fué, rompí la lira
que acompañó mis cánticos pasados;
y uniendo la creacion con Jesucristo,
mostré á la Crúz y á Adan, fuertes pilares
que sostienen el arco prepotente
por donde fué pasando
ancho raudal la humanidad creciente,
llevando entre sus olas
barcas de amor que la virtud cantaban,
y la Crúz en los tiempos percibian,
y á Cristo y á la Crúz profetizaban.
¡Llegó la redencion! clamé con llanto
al ver cómo la muerte seca y muda
lenta llegaba hasta el cadáver santo.
Y el Apóstol me oyó; y otros me oyeron;
y cual raudal humilde
que partiendo de fuente cristalina
resbala en la colina,
y llega al valle, y crece, y serpentéa,
y recibe tributo
de nieves, de torrentes y de lagos;
y corre, y corre, y bosa en sus orillas,
y recibe ya masas como mares,
y al fin soberbio avanza
y en mar de espuma sobre el mar se lanza,
Así la fé de Dios, santo arroyuelo,

del Calvario brotó; bajó á los valles;
la Síria y la Judéa
nutrieron su caudál; sangre bendita
tiñó los cáuces del torrente puro;
llegó ráudo á Nerón; se alzó potente
de Vitélio á Constáncio; lanzó al foro
su rápida corriente
arrastrando flamínes, y vestáles,
dioses de barro y oro,
y coronas de encina y pedestales.
Del Eufrates de Dios, las oleadas
subieron mas aun; fuertes cubrieron
los pórticos y arcadas
del circo criminal, y al fin profundo
cumpliendo su destino,
al ensanchar su cáuce Constantino
cual mar de amor desembocó en el mundo.
Roma se hundió; mas ¡ah! que el santo rio
dejó por piedras tumbas dolorosas;
otro calvario en sus arenas gime,
y aun en noche serena,
en la crípta sublime
el dulce canto del martirio suena.
¡Cuanta lucha, Señor! Tu voz llamaba,
y el hombre no la oia,
mi brazo en su conciencia golpeaba.
Roma en ámplio sudario
de columnas y pórticos, cubria
la lépra de su infamia; el ancho seno
de la augusta matrona
que sustentó del mundo la corona,
manaba sangre y cieno.
Los bárbaros placeres,
las termas escitantes al deseo,
los jueces mercaderes,
los siervos miserables
tendidos en el ancho coliseo,
amarradas las manos
y sin ódio, ni amor á sus tiranos.

La Fulvia cortesana
que cual mármol de Aténas,
el pecho libre, la nariz ardiente,
suelto en anchas cadenas
el lúbrico cabello, vil é impura
entre quírites, jueces y señores,
tasaba su hermosura.
Senadores venales
vendiendo su poder; la piedra santa
de la antigua familia, desprendida
del sagrado recinto al peso rudo
de tanta bacanál; pálida y yerta
la estátua del pudor; el pueblo mudo,
su tribuna magnífica desierta.
La gúla coronada
como el único dios; junto á su sólio
el suicidio sombrío
erigido en virtud, mirando inerte
sobre su altar impío,
espléndidas ofrendas á la muerte.
La justicia de Brúto
sin fuerza ni esperanza; el Capitólio
cobarde ante otro Bréno;
la toga de los Césares, flotando
desde Cláudio hasta Gálba, ó sobre el seno
de impúdica Cenobia, que en injuria
al esplendor de su poder profundo,
abrasaba con llamas de lujuria
la corona del mundo.
Cual Babilonia, Nínive y Sodóma
sin freno y sin decoro,
agonizaba miserable Roma,
en tumba colosal de jaspe y oro.»

VI.

«Tendí al mundo los ojos, los placeres
como en Roma satánicos rugian;
mas del raudal sereno
ya los ecos se oian,
al cruzar de la fé por las praderas;
con el apóstol santo
traspasó las murallas
de la ciudad del orbe; entre las rocas
del jardin de Lucína
y del monte Dorado en la caverna,
filtró el agua divina
de salvacion eterna;
y oradando el cimiento
del edificio colosal romano
empezó á destrozar, creciendo á mares,
los bárbaros pilares
de aquel sepulcro miserable y vano.

VII.

«Rompí la breña, y de Jesús al nombre
entré con el raudál bajo las rocas
en que Roma cimenta
sus columnas, vestíbulos, y arcadas.
Ví el mundo de piedad; junto al sepulcro
del Santo Pescador, besé las frentes
pálidas y serenas
que sin ódio soberbio ni delirio
la eternidad miraban,
y en el relój fatídico esperaban
la campanada lenta del martirio.»
«Sentí la salmodía
que del pléctro cristiano
por las naves de tóba se estendia.
Ví espléndida la fé flotando libre
de turba en turba; pálidos é inquietos
ví llegar temblorosos esqueletos
al átrio de la crípta; pobres séres
que el despotismo insano
amarró á los dolores y las penas,
y que en Cristo dejaban sus cadenas
al santo rezo del amor cristiano.»
«Ví al sacerdote levantar ungido
por la gracia de Dios el pán eterno
sobre el ára de piedra; palmo á palmo
ví cejár al infierno,
como cejaba el pedestal de Roma
del sacerdote al sálmo;
abriendo entre el ¡hosána!
de las santas milicias inmortales,
venas de gloria á la piedad humana
por medio de las críptas funerales.»
«El subterráneo se estendió; valiente
se hundió la fé en la noche; de las sañas

del paganismo vil oyó el rugido,
y arrolllándo la sombra en las estrañas
de la roca potente pié de Roma,
fué dilatando cláustros gigantéos;
amasó las arenas para altares;
abrió las grutas, y con paso fijo
rompiendo sombras y materias viles,
espantó con su llama á los reptíles
y elevó en la caverna el crucifijo.»
«El Tíber rojo retembló en su lecho
al sentir de la fé las esplosiones
debajo de sus aguas cenagosas;
el Capitolio, el Circo, Roma entera
fué cúpula por lúgubre ironía
de la ciudad austéra;
y en tanto que Vitélio
cantaba en sus terribles bacanales,
las grutas celestiales
rebosaban en fé del Evangelio.»
«¡Oh! mundo del amor! ¡mística palma
del corazon amante...! flor bendita...!
ójiba pura de la luz del alma...!
¡Yo te saludo...! Alzad! tumbas sublimes
vuestra llama triunfal; cantad amores....
sepulcros hacinados
de vírgenes, plebeyos, y señores....
seguid, aguas sagradas
repitiendo en el cláustro solitario
la fé del sacramento; dád tranquilas
vuestras luces solemnes,
lámparas que alumbrais las inscripciones
del mártir vencedor; alzád con brio
nieblas de los sepulcros
vuestra voz funeral; que el pecho sienta
palpitar la verdad en esas tumbas
en que el héroe cristiano
con Jesús por cincél, talló valiente
venciendo al hádo adverso,
el código del mundo soberano

y la Iglesia triunfal del Universo.»
«Allí la edad presente
vé su vida brotar; allí.... en la muda
pálida sombra en que la luz vacila,
empieza el culto; allí del sacerdote
la tribuna se eleva; allí se apila
la primer muchedumbre
que se nutrió en la Crúz; allí ensalzada
la piedra del hogar, se transfigúra
por Dios y el sacramento consagrada;
allí la caridad cáva en la peña
santo granero para mies bendita
que hóz de fúria segó; seca allí agota
su ancha fáuce el placer, junto á la fuente
que espera al catecúmeno; allí flota
la esencia de Jesús, y dulce puebla
con su luz inmortal la santa niebla.»
«Yo ví llegar al místico recinto
cataráta de muertos
en arco vencedor ancho y constante;
ví los nichos desiertos
llenarse y rebosar; ví palpitante
el lábio del cristiano
rozar la faz marchita
del niño, del anciano,
de la vírgen bendita,
de los que en fúria destrozó el tirano.»
«Ví entre palmas y flores
llegar la dulce Inés; blanca.... serena....
rota la fáz de amores
por la implacable hiena,
y aun valerosa y fuerte
sonriendo á Jesús desde la muerte.»
«Ví á Ursula, á Fabiola
y á mil mártires mas; aguas sagradas
de la constante ola
que tinta en sangre los sepulcros riega,
y alimenta el rocío
de la flor de la fé; y en Dios se mira;

y crece mas; y hasta sus plantas llega,
y en lo infinito de su amor suspira.»
«¡Ejemplo sin igual! ya está formada
la iglesia de los mundos; bajo el manto
de cien Césares fué; creció entre sangre;
brilló en la destruccion y en la gangrena
del pueblo rey; se levantó potente
al eco augusto de piadosa Eléna
que la alzó de las grutas; su divino
signo augusto de amor, fué á la victoria
en el lábaro audáz de Constantino,
cual nuevo signo de bondad y gloria
que marcaba á otros tiempos el camino.»
«Ya és el orbe cristiano; en los aduáres
del oriente vencido
se replegan los dioses; el británo,
el cántabro valiente; el gálo austéro,
el bélico germáno,
cual corriente de alúdes
que precipita Dios, del norte ruedan
para aplastar los muros
de la nueva babél; la Europa oscura
que en los bosques del Rhín ó en los bretónes
se revuelve y fulgura
impregnada de Cristo en las lecciones,
roca tras roca sobre el pueblo salta;
lo aplasta, lo aniquila;
nunca una turba falta
sobre Roma intranquila;
ancho volcan de pueblos y de gentes
no cesa de rugir; ya se alza escuéto
el pueblo vencedor; ya en las pendientes
de sus dulces colinas
reposa en esqueleto;
ya rueda entre los arcos y las flores
el rey de los señores;
un mundo destruido
queda en la tierra; espumas de ruinas
se besan sobre el mundo sumergido,

y en tanto soberano
sobre aquel occeáno
que desventuras canta,
asoma el sol de Dios, y se levanta
el mástil santo del bajél cristiano.»

VIII.

«Nació otra edád; apareció triunfante
sobre la fuerte roca
la Iglesia militante.
La esperanza, la fé, la dulce calma
de la piedad escélsa; la sublime
plácida caridad jugo del alma
y cien virtudes mas, pueblos y leyes
fundieron en crisól de amor bendito;
y destrozando enconos,
unieron á los siervos con los reyes
y á las pobres cabañas con los tronos.»
«Yo ví en la edad naciente
de la Iglesia cristiana,
aparecer espléndidos varones
luz y gloria del culto; ví á la ciencia
gravitar en sus frentes pensadoras;
sentí de la elocuencia
saturáda en la crúz, altos acentos
que mares y montañas dominaban;
ví á los mundos sedientos
presentir la verdad, tras la cortina
rica en gotas de oro

que oculta el fóco de la luz divina.»
«Ví poderoso y fuerte
al ánimo cristiano
desgarrando las sombras de la muerte
con la Crúz en la mano;
ví á la razon con indomable anhélo
sobre Átlas colosal mover sus alas,
y entre música y galas
por vez primera remontar el vuelo;
ví inflamada la idea
sobre el peñon que descendió hasta el átrio
desde la cumbre en que la nube ondéa;
ví horizontes sin límite, estendidos
ante el pléctro de oro
y ante el buríl y ante el pincél cristiano;
campos que levantó la fantasía
llenos de vagos séres,
de cándida poesía,
de místicos placeres,
de cascadas de luz y de armonía.»
«El amor, la ventura,
la esperanza del bien, la dulce calma;
la fuente que murmura
donde entre rosas desfallece el alma;
la aspiracion á Dios, el alto triunfo
del espíritu fuerte
que arrollando las sombras del averno
se eleva en su victoria,
y contempla en las cimas de la gloria
las arboledas del amor eterno;
el potente heroismo
que abandona la tierra
por acercarse á Dios; el ascetísmo
que errante y solitario
en breñales cavernas ó desiertos
se levanta un calvario
para orar por los vivos y los muertos;
la esperanza, el placer, la fé, el gemido,
todo halló en la cristiana fantasía

rayo de luz, ambiente y colorido,
espléndido poder, fuerza del dia.»
«La paleta de Apéles,
esconde entre los mármoles de Aténas
sus marchitos laureles
que otro génio abrasó; Fídias suspira
ante la imágen de Jesús que brota
del cristiano tallér; Vénus liviana
tiembla en mármol desnuda,
al contemplar el busto doloroso
que canta la agonia
con que lloró junto á la Crúz María;
y en tanto que el buríl anima y créa
y en cítara elocuente
resplandece la idea,
otro arte soberano
dejando en mí sus planos inmortales,
abre cáuce triunfal de catedrales
para que corra el pensamiento humano.»
«La libertad nació; Cristo bendito
la colocó bajo mi noble egída;
ya las aguas del mundo
partiendo de raudales diferentes,
límpidas y corrientes
se dirigen á un fin; ya los tiranos
si existen.... es sin Dios; ya en la armonía
de amor y caridad rueda la esfera;
y en esplosion constante,
altas empresas dignas de renombre
se elevan á mi voz; las muchedumbres
levantando la cruz en las espadas,
se lanzan esforzadas
á aplastar las antiguas servidumbres.»
«Yo ví la ardiente tropa
de la revuelta Európa
lanzarse sobre el viejo continente
en cruzada inmortal; miré las turbas
del Ásia envilecida
levantarse al empuje

de todo un mundo; en bélicos afanes
cuyo eco sordo en los anales ruge,
ví dos mundos titánes
sobre la tumba de Jesús luchando;
y ví sobre montones
de cadáveres yertos,
hundirse religiones,
brotar nuevas edades,
abrirse costas, piélagos y puertos,
estrecharse las manos las ciudades;
y en pós de la cruzada
ví á la Europa vencida
alzarse en su poder regenerada,
y al Ásia destructóra
desplomarse en la tumba vencedora...!»
«Espléndidas tribunas,
escuelas eminentes,
piélagos de abadías,
bosques de estátuas, lienzos inmortales,
sábias filosofías,
todo surgió á mi voz; mas ¡ah! que triste
del tiempo en la carrera,
ví levantarse al fanatismo oscuro
en altar de la fé; ví de las llamas
el esplendor violento,
queriendo sofocar la luz hermosa
del libre pensamiento;
ví á la fé sollozar, y ví al abismo
rugir de gozo en sus cavernas fieras,
al ver como arrojaba el fanatismo
astillas de la Crúz en las hogueras.»

IX.

«La sombra, en pabellones
se fué estendiendo lenta; «¡de rodillas!»
gritó con voz de trueno
la incansable pasion; «yo con mi soplo
apagaré el destello de Dios mismo;
¡hundir generaciones
la frente dolorida en el abismo....
lóbregos panteónes
las conciencias serán; mi sombra densa,
fiero dogal de la razon que piensa!»»
«Y la razon espléndida, en mi sólio
se levantó clamando....
«yo soy hija de Dios; Él, me dá brio;
alzaré el Capitólio
de mi noble poder; desde su cumbre
bendeciré al Señor, analizando
del Universo entero las verdades;
y tras la lumbre que al infierno aterra,
seré sombra de Dios; luz de la tierra.»»
«Y se elevó y brilló; montes y mares,
astros de fuego y oro
cedieron al saber; la luz brillaba
en raudales de gloria
sobre las cumbres del saber humano;
á su rayo inmortal, cáuce potente
abrió en Magúncia al noble pensamiento
Gutembérg soberano;
y la brújula fué; y el yerto polo
vió fija en sus montañas temblorosas
la mirada del hombre; y hubo un dia,
en que al rodar el sol tras de los Ándes
empujó hasta Colón de todo un mundo
la sombra colosál; sombra que ardía
en la mente que Dios iluminaba;

mundo que gravitaba
sobre la gran razon que lo sentía.»
«Cien mil generaciones se asomaron
sobre el borde del mar, y nada vieron;
y el náuta apareció; y en la ribera
donde flota con gloria
la gótica bandera,
aparejó el bajél; rompió la espuma
con la tajante próra; en lontananza
muda España lo vió, cual leve bruma;
cual soplo de esperanza
que en el ántro fatal se sumergía,
y adelante pasó; domó los vientos;
dominó los rencores
del trueno y de la mar, y en santa hora
miró la Europa sobre el mar profundo
su ciencia hecha pedazos,
y el bautismo de un mundo
que se elevaba de Colón en brazos.»
«Sin trégua ni reposo
el mundo antiguo al eco de Castilla,
se lanza al ancho foso
que su orilla separa
de la lejana orilla.»
«El bélico español llega á las cumbres
del fiero Potcapél; sobre la mesa
donde el alto Soráta
cual hércules alzado entre titánes
con los astros sus pisos eslabona,
brota la cruz; el rudo Chimborázo
que tiene por corona
nieves de la creacion, dobla su frente
al escuchar los sálmos celestiales
que parten de la fuente
madre del Evangelio; en lucha santa
altos bosques de mástiles ondéan
sobre el trémulo mar; bajo la sombra
de la vela latina,
cruza el cláustro los mares

por dar á otra region agua divina;
ciencia, culto, y altares;
pán de verdad eleva el sacerdote
sobre el barco glorioso
audáz en la borrasca; por dó quiera
brilla la fé con esplendór hermoso;
que al eco de mi voz la vieja Europa
en sin igual cruzada
se dirige á la incógnita ribera,
con David en la espada
y con la crúz de Cristo en la bandera.»

X.

«Y ví sobre las altas
cúspides de la edad, que en noble brio
la ciencia levantó, surgir terrible
duda infernal; los bosques seculáres
del gálo y del bretón, cuyas encinas
se alzáron en altáres;
altas cruces; imágenes divinas
de apóstoles y mártires; la selva
de gótica estructura, cuya pompa
vió crecer la borrasca
que de las cimas del poder cristiano
llegó hasta Roma, bélica tribuna
miró en su seno alzarse
para retar á Dios; la Holanda, cuna
de vírgenes y ardientes confesores,
sintió de secta impía
ciega escuela brotar; el Evangelio
cayó en garras de indómitas hienas,
y sus salmos de oro,
sus trompas poderosas,
sus cántigas ardientes,
sus vides, sus perfumes y sus rosas
alzáron a Jehová potente grito,
al ver como el orgullo en sus corrientes
llegaba al fruto del rosal bendito.»
«Sobre el cedro inmortal de Palestina
leñadores brutales
descargaban el hacha de la duda;
y tras golpes fatáles,
sus ramas desgajaban
y en zonas sin calor las arrojaban.»
«El cisma que otras horas
con Arrio y Fócio se elevó pujante,
y tras luchas traidoras

abrió profundas simas
de la Europa en el seno,
agitando del vicio el ronco trueno;
el que á Stambúl y á Atenas
llegó con nuevo culto, y enlazado
del tártaro fatal á las cadenas,
quiso ahogar la plegária
del hijo del apóstol; y hundió el busto
del santo Redentor, que en plan divino
trazó la estatuaria
para enseñar á la oracion camino.»
«¡La soberbia.... Satán...! el ángel malo,
que rebelado en la eternal morada
de un abismo á otro abismo
fué rodando en la nada,
mordiendo sombras, hasta dar un dia
en la planicie colosal de un mundo
que obedeciendo á la creacion surgia;
aquel que en su fiereza
sobre el globo luchando, alzó los ojos
de Dios á la grandeza
y hundió su garra ruda
del hombre en el espíritu indeciso
sazonando la duda
en la flora inmortal del paraiso;
el orgullo.... el incógnito veneno
que en la sangre serpéa
de la doliente humanidad, sin calma
buscando nueva forma y nueva idea
se hundió hambriento en el alma
de la arrogante edad indagadora;
y queriéndola alzar en vuelo insano,
con fuego eterno le abrasó la mano.»
«Infamando mi nombre
se alzáron ondeantes
cadalsos, tajos, bárbaras picotas
que desgarraban con letal encono
los miembros palpitantes;
la Alemánia, la Gália,

la Bretaña, la Ibéria,
la dolorida Italia,
vieron formarse ejércitos impíos
que pasando los Alpes ó el Piréne
ó remontando el Rhín, ciegos corrian;
y pueblos y naciones destrozaban,
¡y columnas de Cristo se decian!»
«¡Guerra de religion!» gritó la Europa
al ver pasar por valles y collados
la turbulenta tropa;
mi nombre con la guerra
formó consorcio en la razon humana;
mas nunca en Dios; que si humilló la tierra
mi corona de amor, allá en el cielo
la infinita ciudad con grito fuerte
declaró el lema falso;
«no es mi cetro la muerte,
ni brota mi esplendor sobre el cadalso...!»
«La guerra asoladora
siguió agitando al orbe; el signo eterno
aurora de verdad, flotó en las manos
de ardientes enemigos
que se llamaban en la Crúz hermanos.
Y fué subiendo la espumante ola
de fanatismo y de razon soberbia;
y el insensato orgullo,
en diluvio de error salvó las cumbres
de la verdad y de la fé; implacable
turbia la mar subia,
«yo llegaré á los cielos» esclamaba,
y en escalon de sombras se empujaba.»
«Costumbres, ritos, códigos y altares,
arrastró en su furor; la fé, su veste
vió tendida en los mares
de la pasion impía;
recuerdos de otra gloria,
amor y religion, piedad, historia,
todo giró en errante torbellino;
y al fin sobre la oscura

cúspide yerta del furor del hombre
cayó la cruz; se levantó liviana
la prostituta en el altar; llorosa
la caridad cristiana
se detuvo en la aguja vagarosa
pidiendo fuerza á Dios, y á mis gemidos
contestaron los cielos,
al ver al hombre en infernales duelos
querer llegar á Dios por los sentidos.»
«¡Señor! grité; la tierra, no es mi solio;
y Dios me dijo.... «humillarás la ciencia;
torpe la humanidad, en su delirio
levanta otra babél; vé á su conciencia;
sé su amor, su esperanza, ó su martirio;
y escondida en el ser que piensa y llora,
te elevarás del mundo vencedora.»
«Y en la conciencia entré y en ella giro;
en vano las humanas convulsiones
golpearán mis blasones;
yo floto en el suspiro
de dulce madre que en la tumba llama;
yo soy la fuerte idea
cimiento que proclama
á la eterna Salém; yo si golpéa
la pena en la familia,
soy la copa amorosa
donde beben espumas de esperanza
el aterido huérfano y la esposa;
yo soy la confianza
que tiene el hombre en Dios; cobarde en vano
la masa de revueltas sociedades
pretenderá aplastar con el ruido
de viejas tempestades
los ecos de mi voz; que si la tierra
sumergida en los vicios y en la guerra
no vé mi mano amiga,
por mas que en el tumulto no me aclame,
no hay tumba que al abrirse no me llame
ni pena que al llorar no me bendiga.»

XI.

«Nací en Adan, y la corriente humana
sustenta mi bagél, que en letras de oro
dice el nombre de Dios; razas, naciones,
todo me lleva en sí; yo soy del cielo
irrecusable prueba
que al espíritu calma; el Ser divino
me arrojó de la vida á las espumas,
y sobre ellas aliento;
venzo todo destino;
humillo al mar, á la borrasca, al viento,
y cumpliendo precepto soberano,
cuando termine el mundo su corrida
cerraré con mi mano,
los párpados ardientes de la vida.»

EL ARTE Y EL SIGLO.

LOA,

ESCRITA PARA SOLEMNIZAR EL NATALICIO

DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Á MI QUERIDO AMIGO

D. JOSÉ MORENO CASTELLÓ.

PERSONAJES.

El Siglo XIX.
El Siglo XVII.
El Arte.
El Sentimiento.
La Razon.
La Soberbia.
La Duda.

LOA.

Escena.—El centro del Teatro, un bosque; en el fondo sobre una colina el templo del arte; á la derecha sobre rocas, el templo de la razon; en el pórtico de este una lámpara; un poco por cima del templo de la razon, el de la duda: á la izquierda árboles, etc.

ESCENA PRIMERA.

LA DUDA.

Ya se acerca mi hora; el sol cansado
al borde eterno de su linde llega,
y las sombras con paso misterioso
bájan callando á las dormidas selvas;
en breve de la noche el manto oscuro
besará con amor mi frente negra,
y cantaré á la noche y á la tumba
con la insondable voz de las tinieblas.
Esta és mi hora; allá cantos de vida
como un concierto por el aire suenan;
oigo gritos de amor, oigo suspiros,
hondos acentos, bárbaras blasfemias;
son amantes que cantan sus amores,
torpes artistas que sus glorias sueñan,
madres que quieren arrancar con llanto
al hijo muerto de la tumba fiera.
En breve altiva lanzaré mis alas
por ese mundo que en la sombra piensa;
yo soy la duda, le diré á la madre
que un cielo hermoso para el hijo anhela;
soy la duda, al ferviente sacerdote

que cansado de orár el mármol besa;
y en la frente que altiva se levanta
sobre mundos espléndidos y esferas,
dejaré mis crespónes funerarios
y haré brotar de la razon tinieblas.
(Señalando á la izquierda.)
Mas allí.... de la indómita cascada
que ruge y se revuelve, sombra fiera
miro salir; su planta conmovida
retumba con furor; en las cavernas
los mónstruos se destrozan, y los pinos,
los aludes, los troncos y las peñas,
la saludan al paso; me estremece
esa horrible deidad.

ESCENA II.

LA DUDA, LA SOBERBIA.

SOBERBIA *(saliendo).*

Salud, oh reina!
mi acento te saluda.

DUDA.

Dí quien eres
tú que tranquila hasta mi planta llegas?

SOBERBIA.

¿No me conoces?

DUDA.

De tu aliento impuro
un eco siento; mas la sombra densa
que siempre me ofuscó, no me permite
del mundo ni de mí tener conciencia;
habla, y tu acento alumbrará mi mente.

SOBERBIA.

¿Me quieres conocer? Escucha y tiembla.
Mi cuna fué el edén; cuando en el éter
no rodaban hirvientes las esferas;
cuando el sol en el cielo no lucia
ni el mar bramaba al azotar la tierra;
cuando el coro seráfico cantaba
en arpas de oro la eternál grandeza,
y á las plantas de Dios, la nada umbrosa
cadáver se arrastraba en las tinieblas,
un ángel, mas hermoso que el recuerdo
de la vírgen de amor que el alma sueña,
osó arrancar de las sagradas manos
el cetro rey que á la creacion gobierna.
Aquel ángel cayó; y en su caida
cuando rodaba por la sombra densa
orlando con la espuma de su rábia
de su frente encendida la diadema,
yo nací con espanto, al choque rudo
del bárbaro furor y la blasfemia.
¿Me conoces ahora?

DUDA.

Á tus rugidos,
reconozco el furor de la soberbia.

SOBERBIA.

Ese es mi nombre; desde aquel momento
me dió furor lo grande; en mi fiereza
yo abracé los espacios y las sombras;
al nacer á la vida las esferas,
cuando al grito de Dios Adán maldito
lloró espantado de su propia pena,
á empujes de Satán me lancé al mundo
mordiendo ansiosa tan amada presa;

por mi aliento feroz, el fratricida
con la sangre de Abél manchó la tierra;
por mí las razas hasta Dios se irguieron;
por mí fué tumba la creacion entera;
por mí elevó la impúdica Sodóma
su eterna maldicion entre pavesas;
por mí el Creadór desde el celeste coro
de su misma creacion tuvo vergüenza.

DUDA.

¿Y qué quieres de mí?

SOBERBIA.

Yo, desde el fondo
de la montaña cóncava en que rueda
el terremoto rudo, de tus ecos
sentí piedad y me lancé á la tierra
á consolar tus negras agonías;
pues madre de la Duda es la Soberbia.

DUDA.

¡Oh! sí... es verdad; cuando la mente humana
abusó de su mísera grandeza,
empujada por tí vine á la vida
entre los velos del infierno envuelta;
obra terrible con afan impío
levanté sobre el mundo; la fé ciega
luchó con mi poder, y brazo á brazo
en sangre hundimos la espantada tierra.
Al choque rudo de mi oscura boca
con la pobre y humilde inteligencia,
nació el escepticismo maldiciendo
del crímen vil entre la nube densa;
hubo un siglo despues, en que á mi rábia
vaciló la verdad; el alma fiera
empujada por mí, quiso arrancarse

de veinte siglos la cancion inmensa;
el cadalso cantó mi poderío
con su roja cuchilla; en las Iglesias
rodaron las imágenes sagradas
á mi loco furor; tu luz horrenda
tiñó mi faz, y montes de sepulcros
fueron horror de la espantada esfera.
Despues me hundí...

SOBERBIA.

Pues bien; desde mi trono
yo percibí tus gritos y tus quejas,
y rabiosa en mi fúria arrebatada
vengo á luchar; escucha.... el siglo piensa
orgulloso arrancar cuantos secretos
hay desde el mundo á Dios; yo su soberbia
empaparé en mi lumbre....

DUDA.

Sí; te entiendo,
ahogarás su razon en mis tinieblas
y le harás vacilar.

SOBERBIA.

Los enemigos
que siempre á nuestro paso se presentan
son el arte, la fé y el sentimiento;
sofócalos....

DUDA.

¡Oh! si; con rábia eterna
lucharé paso á paso;

SOBERBIA.

Yo su orgullo

morderé sin cesar; mas en la selva
las flores se estremecen; oigo un cántico
que repiten las flores y las peñas
contando sus secretos; bella imágen
de frente pensativa aquí se acerca.

DUDA.

Es la razon; prepárate á la lucha.

SOBERBIA.

Lucharé con furor mientras que pueda.
(La duda sube á su templo, mientras que la razon aparece por el fondo.)

ESCENA III.

LA SOBERBIA, LA RAZON.

RAZON.

Cómo á mi aliento divino
canta el valle y el sol canta;
bendito Dios que levanta
su grandeza en mi camino.
Yo he visto brillar las flores
en el valle y en la loma,
y he comprendido su aroma
y el porqué de sus colores.
Vencí á la naturaleza,
y ví con potente calma
toda la esencia del alma
y el mundo de la belleza;
y abarcando mi mision
me duermo con risa grata
ante esa gran serenata
de los mundos en monton.

SOBERBIA *(adelantándose).*

Adónde señora vás?

RAZON.

Qué quieres?

SOBERBIA.

Génio brillante
quiero al verte tan gigante
que te eleves mucho más.

RAZON.

Alas me sobran...!

SOBERBIA.

Tu lumbre
brilla indómita y segura;
avanza, llega á la altura
de esa magnífica cumbre;
de tu ráudo vuelo en pós
has roto del mundo el velo;
alza tu rápido vuelo
para comprender á Dios.
En su altar te adornarán
los láuros de la victoria;
tu dosél será la gloria,
los mundos tuyos serán;
y selvas, montes y mares
á tí cantarán, y en coro
serán los astros de oro
antorcha de tus altáres.

RAZON.

Este magnífico acento

me estremece y me embriaga.

SOBERBIA.

Esa atmósfera que vaga,
esos mares, ese viento,
cantan la gloria de un sér
infinito, omnipotente;
que será tu rayo ardiente
sin llegarlo á comprender!. .
Muerte, vida, humanidad,
palabras son que en un coro,
forman cántico sonoro
que llega á la eternidad;
y piden ya su espresion
en el libro de la vida.
(La razon que durante esta esposicion habrá estado agitada.)

RAZON.

De tanta frase escondida
yo hallaré la traduccion.

SOBERBIA.

Oh placer! (su orgullo grita;)
ven, corramos.

RAZON.

Mas brillante
mi antorcha arderá delante
de esa lumbrera infinita.
Yo volaré por do quier
con vuelo rápido y fuerte,
veré á Dios, veré á la muerte,
veré las almas nacer;
corramos, vamos de aquí
que el mundo mi antorcha apaga....

SOBERBIA.

En mi aliento se embriaga....
miserable te vencí...!

(La soberbia dá la mano á la razon y la lleva hasta el templo de la duda; un momento queda la escena sola, la razon sale del templo y adelanta pausadamente por la escena.)

ESCENA IV.

LA RAZON.

Cuanta niebla...! cuanto horror...!
ésta antorcha alumbra y ciega;
yo tiemblo, y siento el rumor,
de la duda que navega
por un mar asolador.
Quise alzarme á la verdad....
y ahora tiemblo; pobre llama...!
tu brillante claridad,
en la miseria se inflama
de una pobre realidad...!
Hasta el cielo me elevé
y aun mas mi orgullo soñó;
á Dios encontrar pensé,
y cuando su luz brilló
en tinieblas me encontré.
Y ahora la borrasca impura
ruge en mí con hondo anhelo;
¡oh qué noche tan oscura...!
¡parece que ha sido el cielo
de mi luz la sepultura!

ESCENA V.

EL SENTIMIENTO, LA RAZON.

SENTIMIENTO.

Lloras...! desde el templo mio

percibí tu triste canto.

RAZON.

Cuánta noche.... qué vacío....

SENTIMIENTO.

Yo vengo á calmar tu llanto
que en mi dulce amor confío.

RAZON.

No te acerques; de tu aliento
no cabe en mí la dulzura.

SENTIMIENTO.

Detén tu trémulo acento,
que es calma de tu amargura
la vida del sentimiento.

RAZON.

Huye de mí; la ambicion
quiso alzarme en vuelo rudo
sobre la eterna region,
y es tan honda mi afliccion
que de mi existencia dudo.

SENTIMIENTO.

Si la soberbia mas fiera
en tu conciencia no grita,
alza tu frente altanera;
que eres la luz mas bendita
de la humanidad entera.
Por ser tan grande tu anhelo
en vano tu pena exhalas;
no abátas tu ráudo vuelo

que Dios te concede alas
para que llegues al cielo.
A Dios lo puedes tú ver
si es la fé quien te conduce,
sin tu grandeza perder;
que estrella que por Dios luce,
á Dios no puede ofender.
Yo por distintos caminos
lo busco; mi amor lo adora
en la noche y en la aurora,
y en los conciertos divinos
de la mar murmuradora.
Porque el cielo en su bondad
con santo amor nos destina,
á tí á alumbrar la verdad;
á mí á estender su divina
conciencia en la humanidad.

RAZON.

Ya la soberbia me agita
á luchar en mi arrebato;

SENTIMIENTO.

No escuches su voz maldita...!

RAZON.

Ya es tarde.... su aliento grato
potente á volar me incita.
Hay en mi orgullo tal vuelo,
tal fuerza de poderío,
que alguna vez en su anhelo
siente que le sobra brio
para el mundo y para el cielo.
Cuando allá en la noche oscura
vacila la humana mente
ante mi luz insegura,

buscando con fé potente
otro mundo, otra hermosura....
entonces el dique salta
que á las plantas de Dios llega;
fuerza indómita me asalta....

SENTIMIENTO.

Y la mente queda ciega
sobre una region tan alta.
Á esa espléndida region
no se llega razonando
que es muy pobre la razon;
hunde tu frente, y rezando
te alzará la religion.
Por eso el siglo brillante
será el que razone y sienta;

RAZON.

Con la razon es bastante.

SENTIMIENTO.

Pues mira un siglo gigante
(Señalando al siglo XIX.)
que con su poder no cuenta.

ESCENA VI.

EL SIGLO XIX, EL SENTIMIENTO, LA RAZON.

SIGLO XIX.

Génios del monte y del mar;
murmullos del bosque umbrio,
blandas nubes de rocio
que vais flotando al azár;
rocas que sentís mi aliento
latir en vuestras entrañas;

inaccesíbles montañas
base de mi pensamiento;
volcanes, roncos rumores,
montes de ruda belleza....
dedicád á mi grandeza
vuestros cánticos mejores...!

SENTIMIENTO.

No tan altivo te aclames;

RAZON.

Sigue cantando tu aliento.

SIGLO XIX.

¡La razon y el sentimiento...!

SENTIMIENTO.

Es justo que nos proclames....

RAZON.

Yo te escuché, y mis amores
te aclaman por poderoso,
como el mas alto y hermoso
sobre los siglos mejores.

SENTIMIENTO.

¡Ah! bien lo pudiera ser...!

SIGLO XIX.

¿Pues qué á mi grandeza falta?

SENTIMIENTO.

Que esa duda que te asalta

la llegues, siglo, á vencer.

SIGLO XIX.

¿Y cómo?

SENTIMIENTO.

Escucha.

RAZON *(al siglo)*.

Jamás,
que es su aliento soplo frio;
ven á mí, y al canto mio
tu grandeza abarcarás;
no escuches su torpe aliento
que sostiene una quimera;

SIGLO XIX.

¡Ah! si yo hermanar pudiera
la razon y el sentimiento...!

SENTIMIENTO.

En esa lucha en que estás
la razon te alza á la duda;

RAZON.

Ven y la verdad desnuda
en mi seno encontrarás.

SIGLO XIX.

Busco á Dios y quiero ver
cómo se forma la vida;

RAZON.

Sigue, sigue tu corrida
cabalgándo en mi poder;
verás de mi vuelo en pós
los secretos mas profundos;
verás formarse los mundos
bajo el aliento de Dios;
verás la muerte y la vida;
comprenderás la existencia;
verás á Dios en esencia
sobre su gloria encendida,
y escuchando la razon
yo segura te prometo,
que no guardará un secreto
á tu rayo la creacion.

SIGLO XIX.

Dáme, dáme ya la mano
para subir á la altura...!

SENTIMIENTO.

Detente, la niebla impura
te ofusca con aire vano.
¿Á dónde vás, loco? tén
ese anhelo delirante;
tu orgullo te vé gigante;
mis ojos pobre te ven.
No es bastante la razon
para subir en tu ayuda;
loca, conduce á la duda
matando á la religion.
Bien que su rayo profundo
los astros del cielo cuente
y nuestros mundos aumente
con un mundo y otro mundo;

pero llegar hasta ver
al mismo Dios en esencia,
arrancar á la conciencia
la realidad de su sér;
volar del talento en pós
hasta la gloria, y aun más,
eso no será jamás
porque no lo quiere Dios.
Si el hombre en su afan se alzára,
hasta la esencia divina
y arrancáse la cortina
que del mundo le separa,
entonces ya vencedor
el espíritu sería,
y mas alto se veria
que su vencido Creadór.
Ante esta ley depresiva
del orgullo y la locura,
era mas grande la hechura
que la esencia primitiva;
y esto no és ya religion
ni de ciencia es elemento;
ni al rayo del sentimiento
ni á la luz de la razon.
Si quieres á Dios llegar,
vélo, en la creacion palpita;
Él, en el aire se agita,
se revuelve sobre el mar;
está en el dulce rumor
que vaga por ese monte,
El, es luz, y es horizonte,
y es perfume, y es vapor;
cuando llora el alma humana
porque un alma llega á puerto,
Él, flota en el canto á muerto
que repite la campana;
vive en la lágrima pura
de los cándidos amores,
en el cáliz de las flores

y en la luz de la hermosura;
por eso no busques más
á Dios en su pura esencia;
si acaso á buscarlo vás,
en el mundo y la conciencia
siéntelo y lo encontrarás.

RAZON.

Me hacen pensar sus razones....

SIGLO XIX.

Ya en mi grandeza no fío.

RAZON.

No tiembles.

SIGLO XIX.

En tí confío.

SENTIMIENTO.

Medita en mis reflexiones;
y tú, razon soberana
no desprecies mi hondo anhelo.

RAZON.

Con sus palabras, un velo
se descorre en mí; liviana
la desgreñada locura
me empujó, y mi luz navega
por una atmósfera ciega
como noche muy oscura.

SIGLO XIX *(á la razon).*

Ven, yo quiero meditar;

siento un dulcísimo coro,
blando, tranquilo y sonoro,
en mi seno resonar.

SENTIMIENTO.

Es el arte que lo inflama.

RAZON.

(Despues de luchar interiormente.)

Nó, yo mi cetro no cedo;
ven á mi templo, yo puedo
alumbrarte con mi llama.
(Suben al templo de la razon, en tanto dice el....)

SENTIMIENTO.

Vá al templo de la razon;
el arte rendirlo puede;
lo llamaré, y si no cede,
llamaré á la religion...!

ESCENA VII.

EL SENTIMIENTO, EL ARTE.

SENTIMIENTO,

Hermano....

ARTE.

Escuché tu acento
y vengo á escuchar tus quejas;
qué me quieres?

SENTIMIENTO.

Que me ayudes;

que ante el siglo que se aleja
de nosotros, tú desplegues
tus creaciones gigantescas.

ARTE.

Es verdad; el siglo errante
entre luces y tinieblas,
no se decide; mis obras
tímidamente se elevan
en su seno, y es preciso
que el último esfuerzo sea.

SENTIMIENTO.

Sí, deténlo....

ARTE.

Con tu ayuda,
porque tu amor es mi esencia;
por última vez potente
voy á apoyarme en mis fuerzas;
á su mente pensadora
presentaré mal envueltas
sobre el tiempo, mis creaciones
mas grandes; le haré que lea
en mis estátuas y templos,
en mis lienzos y poemas.
Calderón, Dánte, Petrarca,
Cervántes, Lope de Vega,
cuantos génios en mis brazos
se agigantáron, con fuerza
levantaré; y él que es grande,
quizá incline su cabeza
ante mi altar; mas ya sale
del templo; en aquellas selvas
escondámonos á oirle.

SENTIMIENTO.

Señor, que tu causa venza...!

ESCENA VIII.

EL SIGLO XIX.

(Descendiendo del templo de la razon.)

Cuán grande soy! á mi acento
se sepáran las tinieblas
y todo lo abarco; el dia
brilla en mí con mayor fuerza
que en esos siglos esclavos
que vivieron en la espesa
sombra del error; un punto
no hay sobre toda la tierra,
donde mi aliento no cante
mi poder y mi grandeza.
Con cuanto placer veria
á esas mil edades muertas
llegar á mí; con qué encanto
contemplára sus tinieblas
confundidas ante el fuego
de mi gloria; mis ideas
van á volver á otros tiempos
para asombrarlos; ya llegan
á mi mente; oscuro el siglo
diez y siete se presenta
ante mi vista; qué triste
es su mirada; qué negras
sus ropas; qué vacilantes
las llamas de sus hogueras
llenas de gritos; qué nubes
su lívida frente besan.

ESCENA IX.

EL SIGLO XVII; EL SIGLO XIX.

SIGLO XVII.

(Apareciendo por el fondo.)

Quién me llama?

SIGLO XIX.

Siglo oscuro
ven á contemplar mi gloria.

SIGLO XVII.

Esta brisa me estremece
y estos rumores me asordan.
Sentí en mi sepulcro inmenso
una voz terrible y honda
que me llamaba, y al mundo
vuelvo á aparecer; me asombran
(Con creciente asombro.)
esos estraños rumores
que por los vientos se chocan;
este es el múndo; sí, el mundo;
mas no el que regí; esas olas
venden los hondos secretos
que guardaban afanosas;
los castillos ya no se alzan
sobre las montañas cóncavas;
ciudades, casas y villas
cual bandada de palomas,
sobre las crestas azules
tranquilamente reposan;
en esta selva hay rumores,
que no los mueven las hojas,

y miro pasar rugientes
por el seno de las rocas,
como volcanes que ardiendo
generaciones transportan.
(Durante este monólogo gran escitacion y asombro.)
¿Dónde estoy?

SIGLO XIX.

Anciano llega.

SIGLO XVII.

Tu luz ardiente me enoja.

SIGLO XIX.

Llega y baña en mis raudales
tu manto teñido en sombras.

SIGLO XVII.

¿Quién eres, ángel ó génio,
que así de la tumba evocas
á los siglos que pasaron
por el mundo y por la historia?

SIGLO XIX.

Yo soy el siglo que vive
sobre los siglos ahora.

SIGLO XVII.

¿Y qué me quieres?

SIGLO XIX.

Que admires
mi grandeza; que esta gloria,

orgullo de las naciones
que entre mis brazos reposan,
haga inclinarse esa frente.

SIGLO XVII.

En vano siglo me evocas.
Si á la luz del falso brillo
con que tu orgullo se honra,
glorioso te ves, ansiando
que te contemple la historia,
yo que presentí tu aliento
al oscilar de las sombras;
yo que en el templo brillante
de las musas españolas
sentí resonar canciones
cual preludios de tu gloria;
yo que enemigo fuí siempre
de esa lumbre portentosa,
jamás hundiré mi cetro;
jamás cantaré tu gloria.
(Con voz reconcentrada.)
Yo era el siglo de la noche
y eran mis luces las sombras;
al rayo de cien hogueras
cuyas cenizas aun flotan
por los vientos y los mares
maldiciendo mi memoria,
miré tan esclavo al mundo
que me espanté de mi obra.
Yo acumulé las tinieblas
en la mente pensadora;
escondí á Dios en el seno
de otras tinieblas mas hondas.
De la fé antorcha divina
que á Dios presiente y no nombra,
hice un muro; y al que altivo
pensó derribar mi obra,
le dí por trono el cadalso,

la hoguera lívida y ronca,
ó esas tumbas cuyos ecos
en maldiciones rebosan.
El fanatismo y la rábia
me adoráron; en mis sombras
alzó el despotismo rudo
su cabellera espantosa,
y hasta en el altar de Cristo
fijó su ardiente corona.
Negro, triste y silencioso
llegué á mi tumba; la hora
de mi muerte se marcaba
en el tiempo; negras hórdas
de espíritus infernales
me cercaban; horrorosas
borrascas, en mi conciencia
gritaban rudas y hondas;
entonces alcé la frente
para contemplar mi obra,
y ví al pensamiento muerto;
á la guerra vencedora;
á las hogueras rugientes;
al despotismo entre sombras,
y al hombre dejando el alma
como una carga enojosa.

SIGLO XIX.

Calla.... detén tu voz....

SIGLO XVII.

Mi voz te espanta?

SIGLO XIX.

A mi pesar.... á mi pesar se agita
mi espíritu de horror; tu sombra es tanta,
que mi luz infinita

parece que mas tímida se estiende
por ese mundo que mi amor comprende.
Porque aun la sombra de tu noche oscura
un leve punto en mi horizonte empaña,
mas ya el reflejo de mi lumbre pura
hasta la esencia de los mundos baña;
así tras noche de borrasca impura
se refugia la nube á la montaña,
mientras que el sol con su reflejo oréa
el hondo valle y la tranquila aldea.
Ahora tu asombro ten, y oye mi historia
para mengua de tí; yo ví la vida
cuando á la luz de verdadera gloria
se despertó la humanidad dormida;
cuando al hacer de su baldón memoria
miró con pena su profunda herida,
y hundió en el fondo del sepulcro oscuro
de veinte siglos el sudario impuro.
Á mi voz los recuerdos se chocaron
en la humana conciencia; hasta la cumbre
mas alta del saber libres se alzaron
las alas de la altiva muchedumbre;
montes y mares con terror dejaron
sus secretos en mí, y ante la lumbre
con que el Creadór mi frente iluminaba
resucitó en el cuerpo el alma esclava.
«¿Quién eres...?» me gritó con poderío
el irritado mar rudo y potente,
al ver brillar el pensamiento mio
de su abismo mas hondo en la corriente;
«en mis ántros de horror sepulcro impío
á tu audacia daré;» yo alcé la frente,
y al rudo empuje de mi aliento bravo,
con ronca voz se confesó mi esclavo.
Los vientos y los montes y los mares
hoy se inclinan á mí... ¡páso...! murmuro,
y ruedan las montañas seculáres
con hondo espanto y cántico inseguro;
en el seno del mar elevo altares

á mi poder audáz, y es tan seguro
mi indomable valor, que en mi victoria
me falta mundo en que estender mi gloria.
Yo conté las esferas que sonoras
á Dios invocan murmurando apenas,
y mandé fabricar locomotóras
del esclavo infeliz con las cadenas;
el tiempo prolongué, vencí las horas,
numeré las innúmeras arenas,
y hasta el espacio me elevé sereno
por ver formarse junto á Dios el trueno.
Y crucé por los cielos cabalgando
gigante en la razon; y yo subia
montes y mares tras de mí dejando
al rudo impulso de la ciencia mia;
y volaba... ¡y volaba..! y siempre andando
á mi carrera término no habia,
y hubo un instante en que pensé altanero
si era yo el Dios del universo entero.
Mas entonces temblé; la negra duda
ofuscó mi razon; hondo gemido
saltó feroz de mi conciencia muda
al verme en noche funeral hundido;
sobre el altar de Dios mi mano ruda
se posó con afan; y al encendido
rayo terrible que abrasó mi mente,
tembló de horror mi corazon valiente.

SIGLO XVII.

Tú tambien....

SIGLO XIX.

Tambien mi orgullo
llegó hasta ofender al cielo....

SIGLO XVII.

Los dos somos criminales

sobre la tierra; yo, ciego
por sofocar entre sombras
la razon; tú, por soberbio
querer arrancar al alma
y á Dios mismo sus secretos.
Tú abusas de la razon;
yo abusé del sentimiento;
en mi seno guardé esclavos
miserables; en tu seno
tienes almas asquerosas
que dudan de Dios...!

SIGLO XIX.

Su acento
me arrebata; huye á la tumba
fantasma terrible y negro.

SIGLO XVII.

Adios, coloso del mundo....

SIGLO XIX.

¡Será mi remordimiento...!

ESCENA X.

EL ARTE; EL SIGLO XIX; EL SIGLO XVII.

ARTE.

(Apareciendo por el lado izquierdo.)
Detenéos...!

SIGLO XIX.

El Arte...!

SIGLO XVII.

El Arte...!

SIGLO XIX.

¿Qué me quieres?

SIGLO XVII.

¿Qué deséas?

ARTE.

Escuchadme.

SIGLO XIX.

No en mi seno
rápido hundirte pretendas
para ceñir la corona
que otros siglos te pusieran;
hoy tus creaciones adornan,
mas no iluminan ni enseñan.

ARTE.

No vengo siglo á pedirte
esa corona; en las selvas
flotaba en el sentimiento;
escuché vuestras querellas,
y vengo amante á deciros
que no son vuestras ideas
tan enemigas; que acaso
unas en esencia sean.
Unos son los sentimientos
que os acarician; la ciencia
divina, en la misma forma
en vuestras almas se encuentra.
El sentimiento del arte
que tú, á tu pesar desprecias
y que tú adoraste, vive
igual en vuestras conciencias;

por eso quizá mi esfuerzo
uniros por siempre pueda.
Escuchadme.

SIGLO XVII.

Ya te escucho
con dulce placer.

SIGLO XIX.

Empieza.

ARTE.

Tú de la razon te espantas;
(Al siglo XIX.)
tú de la sombra que ciega;
yo soy luz, y yo soy sombra,
yo soy cielo, yo soy tierra,
y he unido siglos distintos
y diferentes riberas.
Yo cuando al mundo vinieron
las generaciones viejas
que fueron tronco robusto
de las razas que hoy lo pueblan,
fuí el plácido idióma
de sus mas santas ideas.
Yo fijé sus pensamientos
sobre las rocas severas;
hundí los montes mas altos,
crucé las lóbregas selvas,
y á Dios le escribí canciones
con árboles y con piedras.
Despues, cuando ya las razas
se apiñaron en la tierra;
cuando los Fídias y Apéles
se alzáron hasta mi esencia,
desde el Rhin hasta el Eurótas,

desde el Gánges hasta el Sena,
el volcán de mis creaciones
repartió su lava inmensa;
y fué un libro cada estátua,
y cada lienzo un poema.
Por mí los cántos de Homéro
se levantan en la tierra;
por mí los templos se hunden
en las lóbregas cavernas;
por mí los peñascos gritan;
por mí el Partenón se eleva;
por mí las altas Pirámides
que en el Egipto soberbias
se alzan humillando siglos
que pasmados las contemplan,
cantan himnos á la muerte
por sus tumbas entreabiertas;
por mí las razas lejánas
que solo por mí, se encuentran,
en mis cantos ó en mis lienzos
se comprenden y se besan;
por mí Píndaro se inflama;
por mí Dánte escribe y tiembla;
y por mi aliento divino
potente levanta Herrera
sobre el alto monasterio
esa corona de piedra,
que es muy grande para el mundo
aunque es para Dios pequeña.

SIGLO XVII.

Arte, mi voz te saluda;
yo me humillo á tu grandeza.

SIGLO XIX.

Tu hermosura soberana
me levanta y me consuela.

ARTE.

¡Ah! pues porqué no me quieres
tanto como yo quisiera...!

SIGLO XIX.

¿Por qué? porque ya los pueblos
sienten poco y mucho piensan;
porque la razon ahoga
al sentimiento; porque ella,
dice con voz poderosa
que el arte es una quimera;
porque....

ARTE.

Calla.... no prosigas,
y un instante considera
cuánto es necesario al mundo
ese aliento que desprecias.
Hay una escala divina
de misteriosas esencias,
que desde el mundo del alma
hasta los ángeles llega.
Cuando al sentimiento tocan
los cálculos de la tierra,
los ángeles que en el cielo
la escala santa sugetan,
se estremecen, y á Dios miran,
baten sus alas, y rezan.
Porque amor y sentimiento
son dos palabras diversas
que arrancadas de un gran libro
tan solo un concepto espresan;
y sentimiento y amor,
son arte; y al ser belleza,
son religion y son Dios,

y son verdad, y son ciencia.
Si la razon orgullosa
del sentimiento se aleja,
entonces el amor muere
y el arte su consecuencia;
y al morir amor y arte
se alza la duda soberbia;
y la religion padece,
y al par la divina idea;
porque Dios, á un tiempo mismo
es razon, gloria, y belleza.

SIGLO XIX.

¡Oh! sus hermosos acentos
en mi corazon resuenan;
mas siempre esta sombra.... siempre...!
(Aparece la duda.)

DUDA.

Vacila....

SIGLO XVII.

Su faz, la niebla
cubre de duelo infinito.

ARTE.

(Al siglo XIX.)

Siglo, elévate...! ¡despierta...!
(no se decide...! Dios mio....
no brota de su conciencia
la claridad!) sentimiento...!
dulce hermano.... corre, vuela,
pón en mí tus manos santas,
sostén mis cansadas fuerzas....

ESCENA XI.

EL SENTIMIENTO, LA DUDA, EL ARTE, EL SIGLO XIX, EL SIGLO XVII. LA RAZON Y LA SOBERBIA DESPUES. EL SENTIMIENTO SE ACERCA AL ARTE.

SIGLO XIX.

¿Por qué tiemblo? ¿no soy grande?
¿por qué mis ánsias flaquean?
yo vencí al mar y á los montes....

DUDA.

Sé valiente, y la alta empresa
completarás de tu gloria.
Tuyo es el mundo; tu fuerza
puede hacer del universo
trono del hombre; no cedas;
Dios si existe, con tu mano
lo puedes tocar; la densa
niebla que la fé acumúla
sobre tu grandeza espléndida,
no es poderosa guirnalda
de tu arrogante cabeza:
¡vive en mí!

SIGLO XIX.

No sigas.... calla...!
dame luz, razon serena....
baja de tu templo.... ayúdame
porque esta lucha me aterra...!
(Sale precipitadamente la razon; tras ella, la soberbia; esta al ver á la primera dirijirse al siglo, pretende detenerla.)

SOBERBIA.

(A la razon.)

Ofúscalo...!

RAZON.

Aparta....

SENTIMIENTO.

(A la soberbia.)

(Fiera
que muerdes la mente humana,
huye.... vuelve á tu caverna....)
¡Razon! el cielo nos hizo
para honrar la inteligencia
no para hundirla; ¡sé noble...!
sé digna de tu alta empresa;
no abandones tu camino;

RAZON.

(Al siglo XIX.)

¿Qué quieres?

SIGLO XIX.

Que me dés fuerzas.
Yo quise llegar al cielo,
y empapáda está en tinieblas
mi frente; del fanatismo
quise hundir la audáz miseria,
y he herido á la fé; en mi alma
la religion forzagéa
con Cristo en la mano; el arte

constantemente despliega
sus templos y sus canciones
ante mí; míralos....
(abstraido) lenta
procesion vá transcurriendo
por los cláustros; ¿vés? no cesa....
dá vuelta al mundo; sus guias
son sepulturas inmensas
que talló el amor doliente
para dar forma á la pena;
las siguen templos augustos;
átrios, columnas esbeltas,
arrogantes abadías
en cuyas torres de niebla
las oraciones detienen
un punto el vuelo, y se elevan
despues al Señor; estátuas
donde el dolor reverbera
de la madre santa, siguen
tras de naves gigantéas;
y en pós, santos crucifijos,
y apóstoles, que en la piedra
grabó el cincél; otras formas
marchan tras de las primeras.
¡Ves! mas pasan...! lienzos puros
donde el cielo se refleja
aparecen yá; ¿qué dicen?
¿qué es lo que sienten? ¿qué espresan?
son vírgenes sin contorno;
mártires; milicia escélsa
de elegidos, que á los mundos
bajáron desde la eterna
mansion, al potente soplo
de la artística grandeza.
¿Mas qué dulce imágen sigue
tras la procesion? ¿qué cierra
esa prolongada fila
de monumentos? ¡ah! llega....
es la fé.... mírala en hombros

de libros, lienzos y piedras,
animada por el brillo
de la religion; espléndida
vé cual su véste levanta
llena de noble opulencia;
lleva una luz en la mano....
hogueras de gloria ondéan
tras de su marcha; las músicas
repiten dulces cadencias,
y templos, arcos, estátuas,
libros, lienzos, y poémas,
dicen «quien á Dios ver quiere,
á Dios en la fé contempla.»

ARTE.

¡Qué placer! en mí se apoya;
mis creaciones le embelesan.

SENTIMIENTO.

Vencerémos...!

RAZON.

(Con entusiasmo.)

Ya soy libre!
Siglo, tu vision me eleva.
¡Génio! ¡sentimiento! ¡arte!
¡santa religion! ¡grandeza
del amor! ¡fé omnipoténte,
que haces vivir á las piedras,
llegad á mí!

SIGLO XIX.

¡Gracias... gracias!
(A todos.)

Yo os uniré....

SOBERBIA.

(Al siglo XIX.)

Ya te ciegan
las falsas luces; cobarde
tiembla tu mano; flaquéas
cuando remontas la cima
de tu poder....

SIGLO XIX.

Vil soberbia
huye; tu fatal veneno
no cabe en mí; corre negra
duda; en el sepulcro
hundir con vuestra miseria
vuestra ambicion; ¡sentimiento!
¡razon potente! ¡fé escelsa!
¡religion! yo aquí os invoco....

(La razon, el sentimiento y el arte, se abrazan al siglo XIX. La soberbia y la duda desaparecen.)

ESCENA ULTIMA.

LA RAZON, EL SENTIMIENTO, EL SIGLO XIX, EL ARTE, EL SIGLO XVII.

RAZON.

¡Ah! se calma mi dolor!

SENTIMIENTO.

(A la razon.)

Proclámo tu luz bendita.

SIGLO XIX.

Ya en mi conciencia se agita
con dulce soplo el amor.

SENTIMIENTO.

(Al siglo XIX.)

Cuando á Dios busques, en tí
le dará forma la fé.

ARTE.

Yo con mis templos, haré
que lo percibas en mí.

RAZON.

Mis obras siempre valientes
serán tu esplendor y gloria;
alto te verá la historia
sobre cumbres eminéntes;
unida á mi augusto nombre
llevaré á tu mente sana
toda la verdad cristiana
que pueda apreciar el hombre;
y al par que haré en mis afanes
brillar del saber las teas,
y haré cruzar tus ideas
por piélagos y volcanes,
humilde ante Dios seré;
sabré su gloria acatar;
contigo iré hasta su altar;
contigo lo invocaré.

SIGLO XIX.

¡Qué podér!

ARTE.

¡Sí! tu proscénio,
se eleva;

SIGLO XIX.

Dame tu mano,
quiero en su altar soberano
rendir ofrendas al genio.
El noble pléctro, el pincel,
honrados por mí serán....

SIGLO XVII.

(Durante esta escena y la anterior habrá estado en constante ansiedad; al oir los últimos versos dice arrebatadamente al siglo XIX.)

Comprendo tu noble afan;
tege opulento laurel,
y órna la frente serena
del gran génio sin segundo;
de aquel orgullo del mundo
blason de la hispana escena.
Del que llegó á percibir
con la alta razon por guia,
desde mi cumbre sombria
la luz de tu porvenir;
de aquel que del arte dueño
fué de la ciencia coloso;
honra siglo, al portentoso
autor de *La vida es sueño*.

SIGLO XIX.

Jamás mis ojos llegaron
á ver en tí la belleza.

RAZON.

No desdéñes la grandeza
de los siglos que pasaron;
calma ese postrer afán
de la soberbia vencida;
la humanidad, vive unida
desde la cuna de Adán.
Los siglos no se contienen
y en los siglos se confunden;
los que en la tumba se hunden
preparan á los que vienen.
Á razas que por Dios fueron,
no tu soberbia demande;
respeta siglo lo grande
que otros mundos produjeron.
Tu poder, tu libertad,
tu ciencia noble y valiente,
se ha formado en la corriente
de toda la humanidad.
Mira.... el Egipto sombrio
la luz de Grecia prepara,
y Roma entera, se ampara
de Grecia en el poderio.
La Crúz que sobre el peñon
marca al mundo otro destino
y le abre cáuce divino
al grito de ¡redencion...!
al contemplar el tesoro
del arte que Roma encierra,
si sus crímenes aterra,
respeta el circo y el fóro.
Roma se hunde ante el germáno,
y rueda ante el godo rudo;
ancho alúd, el norte crudo
llega hasta el pueblo romano;
y si lo vence y lo doma,
al admirar sus portentos

restáura los monumentos
y los códigos de Roma.
Nuevas naciones y edádes
al pié de la Crúz se apilan;
luces y sombras oscilan
en ardientes tempestades;
el amor divino canta
sobre su pueblo fecundo;
al fin sobre todo el mundo
su templo la Crúz levanta;
y sigue el curso violento,
se agita la muchedumbre,
de la edad media en la cumbre
asoma el renacimiento,
y la ciencia, y la razon,
que forman noble himenéo,
y el vapor, y Galiléo,
y Gutembérg, y Colón,
van preparando al correr
en ola ráuda y constante,
esa corona brillante
que ornamenta tu poder.
No hay edad sin otra edad;
todo en la union vive y crece;
la humanidad, se engrandece
por la misma humanidad.

SIGLO XIX.

Sí.... verdad.
(Al siglo XVII).
Siglo, á mí llega;
perdóname.... ante mi vista,
tu rico manto de artista
con régia pompa desplega.

SIGLO XVII.

Desde la historia asombrado

recibo en tí mí bautismo;
despreciando al fanatismo,
me siento regenerado.
(Al arte.)
Levanta por alto ejemplo
de mis hijos la memoria;
Arte.... que surja la gloria...,
llévanos hasta su templo;
que un poder mi génio abone
con su esplendor soberano;
que del gran siglo la mano,
á mi gran génio corone.

(El arte estiende la mano, y aparece su templo en el centro del de la gloria; en medio de las estátuas de Moreto, Racine, Lope, Tirso, Moliere y Alarcon, las de Calderon y Shaskpeare; en los demás términos estátuas de poetas, artistas, etc.)

TODOS.

¡Gloria á Calderón!

SIGLO XIX.

Laureles
dádme; tejedme coronas;
¡flores de todas las zonas,
brotad de vuestros vergeles...!
que hoy en noble admiracion
por la inspiracion divina,
todo mi poder se inclina
dando culto á Calderón;
(Al siglo XVII.)
Él nos une.

RAZON.

(Al sentimiento y al arte.)
Él nos hermana.

ARTE.

Juntos honremos al génio.
(El arte, el sentimiento y la razon, tejen una corona de laurel y la ponen en manos del siglo XIX.)

SIGLO XIX.

¡Subid! ¡subid al proscénio
de la alta grandeza humana.
Corramos, y con amor
prestemos culto á su nombre;
que honrando al génio del hombre
se honra tambien al Señor.
(*El siglo XIX se acerca al busto de Calderon y coloca en su pedestal la corona. Todos se inclinan. Momento de pausa. El arte despues de haber contemplado al gran poeta, dice dirigiéndose al siglo XIX.*)

ARTE.

Él, con noble inspiracion
fué del universo pásmo;
voz le falta al entusiasmo
para decir.... Calderon!
la sátira y la pasion
las unió en dulce cadena;
y con su mente serena
difundiendo fé y verdad,
fué luz de la humanidad
al ser titán de la escena.
Sus autos, creacion bendita,
fuente són de donde mana
toda la vida cristiana
con su pureza infinita;
en sus comedias, palpita

con fé la verdad severa;
Dios en su luz reverbera
y hace que en sus mil creaciones,
brillen los santos blasones
de la virtud verdadera.
Sol del proscenio valiente,
dá vida á todas las zonas;
monte de eternas coronas
fatiga su noble frente.
¡Siglo!
(*Al siglo XIX.*)
su númen potente
presintió tu aparicion;
saluda á la inspiracion
que en creaciones inmortales,
celebró los esponsáles
del génio y de la razon.

FIN DE LA LOA.